

Javier Marías: Tu rostro mañana. 1. Fiebre y lanza.

**Santillana Ediciones Generales, S.L.
Punto de Lectura, S.L. Febrero 2007. Madrid**

Es muy delgada la línea que separa los hechos de las figuraciones, y aun los deseos de sus cumplimientos, y lo ficticio acaece, aunque nada de esto sea así para el sentido común ni para las leyes, que por ejemplo establecen una abismal diferencia entre la intención y el delito, o entre su comisión y su tentativa. Pero la conciencia no tiene presentes las leyes, ni el sentido común le interesa ni atañe, sólo a cada conciencia su sentido propio, y esa línea tan delgada se difumina a menudo según mi experiencia, y ya no separa nada cuando desaparece, así que he aprendido a temer cuanto pasa por el pensamiento e incluso lo que el pensamiento aún ignora, porque he visto casi siempre que todo estaba ya ahí, en algún sitio, antes de llegar a él, o de atravesarlo. He aprendido a temer, por tanto, no sólo lo que se concibe, la idea, sino lo que la antecede o le es previo. Y así yo soy mi propio dolor y mi fiebre. (p 30)

[Vivencia de la separación de su mujer]

Pero uno debe hacerse a la idea de que no hay ningún duelo ni tal respecto por nuestro recuerdo ni por lo que decidimos ahora erigir en símbolos tardíamente, entre otras razones porque Luisa no es viuda ni nos hemos muerto ni yo me he muerto, sino que no estuvimos lo bastante atentos y nada nos es debido, y sobre todo porque el tiempo de ella que envuelve y arrebata a los niños es ya muy otro que el nuestro, el suyo avanza sin incorporarnos y yo no sé bien qué hacer con el mío, que avanza igualmente sin incorporarme o al que aún no he sabido subirme, quizá ya nunca me ponga al día y siga sólo siempre la estela de ese tiempo mío. Pronto habrá un individuo a su lado encargándose de las tortillas y haciendo méritos cotidianos ante ella y los niños, disimulará su fastidio durante meses por no disponer para él solo de ella y a cualquier hora, se hará el paciente y el comprensivo y el solidario, y con medias palabras y preguntas solícitas y sonrisas de lástima retrospectiva cavará mi tumba aún más hondo, en la que ya estoy sepultado. Eso es lo previsible, pero quién sabe... (p 46)

...Quién sabe quién nos sustituye, sólo sabemos que se nos sustituye siempre, en todas las ocasiones y en todas las circunstancias y en cualquier desempeño, en el amor, la amistad, en el empleo y en la influencia, en la dominación, y en el odio que también acaba por cansarse sobre nosotros... (p 47)

...; y también sabemos quién va a amarnos, hasta la muerte y más allá y a nuestro pesar a veces, más allá de la muerte suya o de la mía o de ambas... contra nuestra voluntad a veces... Pero nadie quiere ver nada y así nadie ve casi nunca lo que está delante, lo que nos aguarda o depararemos tarde o temprano, nadie deja de entablar conversación o amistad con quien sólo nos traerá arrepentimiento y discordia y veneno y lamentaciones, o con aquel a quien nosotros traeremos eso, por mucho que lo vislumbremos en el primer instante, o por manifiesto que se nos haga. Intentamos que las cosas sean distintas de lo que son y de cómo aparecen, nos empeñamos insensatamente en que nos guste quien nos gusta poco desde el principio, y en poder fiarnos de quien nos inspira desconfianza aguda, es como si a menudo fuéramos en contra de nuestro conocimiento, porque así lo sentimos muchas veces, como conocimiento más que como intuición o impresión o corazonada, nada tiene que ver todo esto con las premoniciones, no hay nada sobrenatural ni misterioso en ello, lo misterioso es que no atendemos. Y la explicación ha de ser simple, de algo tan compartido por tantos; es sólo que sabemos y lo detestamos; que no toleramos ver; que odiamos el conocimiento, y la

certidumbre, y el convencimiento; y nadie quiere convertirse en su propio dolor y fiebre... (pp 53-54)

... Su mirada pálida resultaba sin embargo burlona aun sin la intención de serlo –luego expresiva también en los momentos de inexpresividad-, y bastante acogedora o debería decir apreciativa, ojos a los que nunca es indiferente lo que tienen delante y que hacen sentirse dignas de curiosidad a las personas sobre quienes se posan, como si su disposición tan activa diera desde el primer instante la impresión e ir a desentrañar lo que hubiese en el ser u objeto o paisaje o escena avistado por ellos. Es un tipo de mirada que apenas si sobrevive en nuestras sociedades, se la reprueba y se la está desterrando. Desde luego en Inglaterra no abunda, donde la tradición ya antigua manda que sean veladas u opacas o ausentes; pero tampoco en España, donde sí se daba y ahora nadie ve nada ni a nadie ni tiene el menor interés en ello, y donde una especie de tacañería visual lleva a comportarse a la gente como si no existieran los otros, o sólo en tanto que bultos u obstáculos que deben ser sorteados o en tanto que meras apoyaturas para sostenerse o trepar por ellas y si aplastándolas aún mejor, y donde parece que fijarse desinteresadamente en el prójimo sea concederle una inmerecida importancia que además menoscaba la de quien se fija en él. (pp 66-67)

... hasta lo más descabellado e inverosímil tiene su tiempo para ser creído. A veces dura días tan sólo, ese tiempo, pero a veces dura ya siempre. La verdad es que todo tiende a ser creído, en primera instancia. Es muy raro, pero así sucede. (p 89)

- ¿Fue eso lo que te pasó con Luisa? ¿Sólo que vosotros no estirasteis, ni seguisteis juntos? – Me miró un segundo con aquella compasión suya que corregía o rebajaba pronto. No es que la perdiera ni la desestimara ni la retirara, en modo alguno, tan sólo la matizaba tras el brote primero, que era muy sincero y espontáneo. Pero nunca podía durarle en ese estadio de inocencia, o de elementalidad, habría sido tal vez su palabra, de haber sido él quien se describiera.
- No, no dejé, o no dejamos que eso llegara. Fue otra cosa, quizá más simple, sin duda más rápida. Menos pegajosa. Quizá más limpia.
- Algún día tienes que hablarme un poco más de eso. Si tú quieres, claro, y si sabes hacerlo, a veces resulta imposible explicar lo más decisivo, lo que más nos ha afectado, y guardar silencio es lo único que nos salva en lo malo, porque las explicaciones suenan casi siempre algo tontas respecto al daño que uno hace o le han hecho. No suelen estar a la altura del mal padecido o causado, y no se aguantan, ¿verdad? Yo no lo entiendo, lo vuestro, aunque entiendo que yo no entienda. Los dos me gustabais mucho. Bueno, es absurdo que lo diga en pasado: los dos me gustáis mucho. Supongo que es debido a que como matrimonio parecéis ser pasado, por el momento. Porque nunca se sabe, ¿no?, con los vínculos, da lo mismo de qué clase. Vínculos. – Se paró un instante, como sopesando esa palabra, o rememorando alguno concreto suyo-. Lo que he querido decir es que me gustabais juntos, y a uno suelen parecerle mejor las personas por separado, cada una por su cuenta, sin adherencias conyugales ni familiares. Aunque ahora que lo pienso, no sé si a Luisa la he visto sin ti, si la he visto nunca sola, ¿tú te acuerdas? Tengo idea de que sí, pero no acabo de estar seguro.
- Creo que no, Peter, creo que no la ha visto sin mi compañía. Sí han hablado por teléfono, desde luego. – Debí de sonar reacio a esta derivación última y para mí inesperada. Pero no se me escapó que si Wheeler y Luisa no se habían visto sin mí (tampoco tenía la certeza absoluta, me rondaba algún recuerdo inasible y vago), lo que él había venido a afirmar era que me prefería con ella que solo, como me había

conocido. La inferencia no me ofendió: no me cabía duda de que ella me mejoraba, me hacía más alegre y ligero, no tan cavilador, mucho menos peligroso, mucho menos enturbiado. *'My dear, my dear'*, pensé, y lo pensé en inglés porque era la legua que estaba hablando y además hay cosas que avergüenzan menos en una que no es la propia, incluso si sólo son para el pensamiento. *'Si se me diera el olvido'*, pensé ahora ya en español. *'Si me lo dieras tú, tu olvido'*. (pp 120-121)

... De joven, ya sabes, uno tiene prisa y teme no vivir lo suficiente, no disfrutar de experiencias lo bastante variadas y ricas, uno se impacienta y acelera los acontecimientos, si puede, y se carga de ellos, hace acopio, la urgencia del joven por sumar cicatrices y forjarse un pasado, esa urgencia es bien extraña. Nadie debería tener ese miedo, lo viejos deberíamos enseñárselo a la gente, aunque no sé cómo, hoy no los escucha nadie. Porque al final de cualquier vida más o menos larga, por monótona que haya sido, y anodina, y gris, y sin vuelcos, habrá siempre demasiados recuerdos y demasiadas contradicciones, demasiadas renunciadas y omisiones y cambios, mucha marcha atrás, mucho arriar banderas, y también demasiadas deslealtades, eso es seguro. Y no es fácil ordenar todo eso, ni siquiera para contárselo a uno mismo. Demasiada acumulación. Demasiado material brumoso y amontonado y a la vez muy disperso, demasiado para un relato, aun para uno solamente pensado. Y no hablemos de las infinitas cosas que caen bajo el punto ciego del ojo, cada vida está llena de episodios literalmente invisibles, uno ignora lo que pasó porque simplemente no lo vio, no hubo posibilidad de verlo, buena parte de lo que nos afecta y nos determina está tapado, cómo decir, no se ofreció a la visión, se sustrajo y no hubo ángulo. La vida no es contable, y resulta extraordinario que los hombres lleven todos los siglos de que tenemos conocimiento dedicados a ello, empeñados en contar lo que no se puede, sea en forma de mito, de poema épico, de crónica, anales, actas, leyenda o cantar de gesta, romances de ciego o corridos, de evangelio, santoral, historia, biografía, novela o elogio fúnebre, de película, de confesiones, memorias, de reportaje, da lo mismo. Es una empresa condenada, fallida, y que quizás nos haga menos favor que daño. A veces pienso que más valdría abandonar la costumbre y dejar que las cosas sólo pasen... (p 127)

... y en fin, ya sabe, lo más arduo de las ficciones no es crearlas sino que duren, porque tienden a caerse solas. Un esfuerzo sobrehumano, sostenerlas en el aire... (p 134)

... hay personas que asumimos que estuvieron siempre destinadas a sus funciones, que nacieron para lo que hacen o las vemos ya haciendo, cuando nunca nadie nació para nada, ni hay destino que valga ni nada está asegurado, ni siquiera para los nacidos príncipes o más ricos que todo pueden perderlo, ni para los más pobres o esclavos que pueden ganarlo, aunque esto último rara vez suceda y casi nunca sin rapiña o sin latrocinio o sin fraude, sin ardidés o sin traiciones o engaño, sin conspiración, sin derrocamiento o sin usurpación o sin sangre. (p 169)

... soy tan egoísta y miserable y cobarde como sabía que era, pero saberlo no es lo mismo que contemplarlo, y ver que tiene sus consecuencias'. .. (p 174)

... a veces nos sucede eso con lo que se niega o se calla, con lo que se guarda y sepulta, va difuminándose sin remedio y llegamos a descreer que en verdad existiera o se diera, tenemos a desconfiar increíblemente de nuestras percepciones cuando ya son pasado y no se ven confirmadas ni ratificadas desde fuera por nadie, renegamos de nuestra memoria a veces y acabamos por contarnos inexactas versiones de lo que presenciamos, no nos fiamos como testigos ni de nosotros mismos, sometemos todo a traducciones, las hacemos de nuestros

nítidos actos y no siempre son fieles, para que así los actos empiecen a ser borrosos y al final nos entregamos y damos a la interpretación perpetua, hasta de lo que nos consta y sabemos a ciencia cierta, y así lo hacemos flotar inestable, impreciso, y nada está nunca fijado ni es definitivo nunca y todo nos baila hasta el fin de los días, quizá es que no soportamos apenas las certezas apenas, ni siquiera las que nos convienen y reconfortan, no digamos las que nos desagradan o nos cuestionan o duelen, nadie quiere convertirse en eso, en su propio dolor y su lanza y su fiebre... (p 176)

‘Tal vez’, pensé, tal vez es una forma de agarrarse al presente, una resistencia a desaparecer que también oponen los objetos y lo inanimado, no las personas tan sólo, tal vez es la tentativa de dejar su huella de las cosas todas, de hacer más difícil su negación o su difuminación o su olvido, es su manera de decir “Yo he sido”, o “Soy aún, luego es seguro que he sido”, y de impedir que los demás digamos “No, esto no ha sido, nunca lo hubo, no cruzó el mundo ni pisó la tierra, no existió y nunca ha ocurrido”... (p 178)

... Nadie sabe de la próxima vez, aunque haya habido una previa, ninguna anterior nos obliga a nada, ni nos condena al filo de las repeticiones, y quien fue ayer generoso y valiente puede resultar traicionero y huidizo mañana, quien fue cobarde y delator hace siglos puede ser hoy leal y entero, y acaso el futuro nos condiciona y obliga más que el pasado, lo por conocer que lo conocido, lo no probado que lo de contado, lo por venir que lo acontecido, lo posible que lo que ya se ha dado. Y a la vez, sin embargo, tampoco nada de lo que hubo se borra jamás del todo, ni siquiera la mancha de sangre frotada y limpiada y su cerco, un analista habría encontrado sin duda algún vestigio microscópico sobre la madera al cabo del tiempo, y en el fondo de nuestra memoria –ese rara vez visitado- hay un analista que espera con su lupa o su microscopio (y por eso el olvido es tuerto siempre). O aún peor, a veces está ese analista en la memoria de otros a la que no accedemos (‘¿Lo recordará, estará al tanto?’), nos preguntamos aprensivamente. ‘¿Lo tendrá presente o se le habrá olvidado? ¿Se acordará de mí o me verá como alguien desconocido y nuevo? ¿Estará enterado?... (p 182)

... ¿Cómo era posible que se hubieran dado y se dieran tantas traiciones, o tantas con éxito, es decir, que no llegaran a ser sospechadas ni detectadas antes de su cumplimiento? ¿Qué extraña proclividad tenemos hacia la confianza? O quizá no sea a eso, sino a no querer ver ni enterarnos, o hacia el optimismo o hacia el consentido engaño, o es una soberbia la que nos lleva a creer que a nosotros no va a pasarnos lo que a nuestro iguales sí pasa y les ha sucedido siempre, o que vamos a ser respetados por quienes ya –y ante nuestros ojos- fueron desleales con otros, como si fuéramos distintos de éstos, y la que nos induce a pensar sin motivos que estaremos a salvo de los reveses sufridos por nuestros antepasados y aun de las decepciones que alcanzan a nuestros contemporáneos: a los que no son ‘yo’, supongo, a cuantos no lo son ni lo serán ni lo han sido. Vivimos, supongo, con la esperanza inconfesa de que alguna vez se rompan las reglas y el curso y la costumbre y la historia, y de que eso se dé en nosotros, en nuestra experiencia, que sea a nosotros –es decir, a mí solo- a quienes toque verlo. Aspiramos siempre, supongo, a ser unos elegidos, y es improbable que de otro modo estuviéramos muy dispuestos a recorrer el trayecto entero de una vida entera, que corta o larga nos va rindiendo... (p 191)

... Algunas veces lo vi [a mi padre] dolerse en silencio por su azarosa situación, y lo vi pasarlo mal. Pero nunca lo vi amargado, ni nos transmitió a sus hijos resentimiento alguno, y el que podamos tener lo hemos desarrollado nosotros solos. Tampoco lo oí quejarse, ni decir en voz alta los nombres de sus delatores fuera del círculo familiar y de los amigos íntimos...

.. ¿Cómo era posible que mi padre no hubiera sospechado ni detectado nada? Era un hombre inteligente y culto, ningún tonto, y bastante precoz, aunque desde luego un optimista irredento, confiado en principio con todo el mundo... ¿Cómo puede no verse en el tiempo largo que quien acabará y acaba perdiéndonos nos va a perder? ¿No intuirse ni adivinarse su trama, su maquinación y su danza en círculo, no oler su inquina o respirar su desdicha, no captar su despacioso acecho y lentísima y languideciente espera, y la consiguiente impaciencia que quién sabe durante cuántos años habría tenido que contener? ¿Cómo puedo no conocer hoy tu rostro mañana, el que ya está o se fragua bajo la cara que enseñas o bajo la careta que llevas, y que me mostrarás tan sólo cuando no lo espere?... (pp 198-199)

[...]

‘Pues más a mi favor’, aproveché para decir en seguida. ‘Razón de más para que te preguntases, ¿no? Si no te bastaba la explicación más sencilla, y la que todos daban por buena pero tú no’.

‘No, no me bastaba’, había replicado entonces mi padre con un leve dejo de amor propio intelectual. ‘Pero eso no significa que diera con la explicación compleja, ni que encontrarla me interesara lo suficiente para dedicar mi tiempo a ello o volver a dirigir la palabra a aquel hombre, ya no iba a pedirle cuentas. Hay personas cuyos móviles no merecen la indagación, aunque las hayan llevado a cometer actos terribles o precisamente por eso. Esto, lo sé, va totalmente en contra de la tendencia actual. Hoy en día todo el mundo se pregunta por lo que conduce a un asesino reiterado o masivo a asesinar masiva o reiteradamente, a un coleccionista de violaciones a incrementar siempre su colección, a un terrorista a despreciar todas las vidas en nombre de alguna primitiva causa y acabar con el mayor número posible de ellas, a un tirano a tiranizar sin límites, a un torturador a torturar sin límites, lo haga burocrática o sádicamente. Hay una obsesión por comprender lo odioso, en el fondo hay una malsana fascinación por ello, y a los odiosos se les hace con esto un inmenso favor. Yo no comparto esa curiosidad infinita e nuestro tiempo por lo que en ningún caso tiene justificación, aunque se le encontrasen mil explicaciones distintas, psicológicas, sociológicas, biográficas, religiosas, históricas, culturales, patrióticas, políticas, idiosincrásicas, económicas, antropológicas, lo mismo da. Yo no puedo perder mi tiempo en indagar sobre lo malo y lo pernicioso, su interés es mediano siempre en el mejor de los casos y a menudo nulo, te lo aseguro, he visto mucho. El mal suele ser simple, aunque a veces no *tan* simple, si eres capaz de apreciar el matiz. Pero hay indagaciones que manchan, y hasta las hay que contagian sin dar nada valioso a cambio. Hoy existe un gusto por exponerse a lo más bajo y vil, a lo monstruoso y a lo aberrante, por asomarse a contemplar lo infrahumano y por rozarse con ello como si tuviera prestigio o gracia y mayor trascendencia que los cien mil conflictos que nos asedian sin caer en eso. Hay en esa actitud un elemento de soberbia, también, uno más: se ahonda en la anomalía, en lo repugnante y mezquino como si nuestra norma fuese la es respeto y la generosidad y la rectitud y hubiese que analizar microscópicamente cuanto se sale de ella: como si la mala fe y la traición, la malquerencia y a voluntad de daño no formaran parte de esa norma y fueran cosas excepcionales, y merecieran por ello todos nuestros desvelos y nuestra máxima atención. Y no es así. Todo eso forma parte de la norma y no tiene mayor misterio, no mayor que la buena fe. pero esta época está dedicada a la tontería, a las obviedades y a lo superfluo, y así nos va. Las cosas deberían ser más bien al revés: hay acciones tan abominables o tan despreciables que su mera comisión debería anular cualquier curiosidad posible por quienes las cometen, y no crearla ni suscitarla, como tan imbécilmente sucede hoy... (pp 217-218)

[...]

‘Puede ser’, había dicho, ‘tú tienes una propensión a engancharte en las cosas, Jacobo, de algunas te cuesta zafarte, no siempre sabes dejar atrás. Pero sobre todo es señal de que todavía te sientes muy joven. Aún crees disponer de un tiempo ilimitado, tanto como para malgastarlo. Quizá no te sea fácil ver esto, pero intentar vengarme habría sido tan sólo perder más tiempo por causa suya, y los meses de cárcel ya me fueron bastante. Además le habría dado una especie de justificación, un falso asidero, un motivo anacrónico para su acción. Ten en cuenta que en el conjunto de una vida lo cronológico va perdiendo importancia, no se distingue tanto lo que vino antes de lo que vino luego, ni los actos de sus consecuencias, ni las decisiones de lo que desencadenan. Él habría podido pensar que al fin y al cabo yo le había hecho algo, qué más daba cuándo, y haberse ido a la tumba más conforme consigo mismo. Y no fue así, no ha sido así. Yo nunca lo perjudiqué, nunca le hice ni le había hecho nada, ni antes ni después ni desde luego entonces. Y quizá fuera eso lo que no tolerara, lo que le doliera. Hay personas que no perdonan que se porte uno bien con ellas, que les tenga lealtad, que las defiendan y les preste su apoyo, no digamos que les haga un favor o las saque de algún apuro, eso no puede ser la sentencia definitiva para el bienhechor, me juego lo que sea a que conocerás tus ejemplos. Parece como si esas personas se sintieran humilladas por el afecto y la buena intención, o pensarán que con eso se las hace de menos, o no soportarán, o no soportan creerse en imaginaria deuda, u obligadas a la gratitud, no sé. Claro que esos individuos no querrían lo contrario tampoco, válgame el cielo, son de una gran inseguridad. Y perdonarían aún menos que se portase uno mal y con deslealtad, que les negara favores y los dejara metidos en sus atolladeros. Hay personas que simplemente resultan ser imposibles, y lo único sabio es apartarse de ellas y mantenerlas lejos, que no se te acerquen, ni para bien ni para mal, que no cuenten contigo, no existir para ellas, ni siquiera para combatir las. Claro que eso es *desideratum*. Por desgracia uno no resulta invisible a voluntad y según su elección... (pp 219-220)

... Y si Tupra no lo dijo con igual claridad fue sin duda porque él jamás hablaría e eso ni emplearía palabras como desconfianza, amistad, enemistad, confianza, o no en serio, no relacionadas consigo mismo, como si ninguna pudiera incumbirle o tocarlo ni cupiera en sus experiencias. ‘Es el estilo del mundo’, decía a veces, como si fuera en verdad cuanto podía decirse al respecto y todo lo demás fuera adorno y quizá innecesario tormento. No esperaba nada, yo creo, no lealtad pero tampoco traiciones, y si se encontraba con lo uno o lo otro no parecería sorprenderse, ni tomar más medidas que las recomendables de tipo práctico. Y no esperaba aprecio ni afecto pero tampoco malquerencias ni inquinas, pese a bien saber que de éstas y aquéllos está infestada la tierra, y que a menudo los individuos no pueden evitar unos ni otras y además no quieren hacerlo, porque son mecha y pábulo de su combustión, también de su combustión y su lumbre. Y que no precisan de motivo ni meta para nada de ello, de finalidad ni causa, de agradecimiento ni agravio o no siempre, o según Wheeler, que fue más explícito, ‘llevan sus probabilidades en el interior de sus venas, y sólo es cuestión de tiempo, de tentaciones y circunstancias que por fin las conduzcan a su cumplimiento’.

Nunca supe, así pues, si me gané nunca la confianza de Tupra, ni su la perdí ni cuándo, no hubo posiblemente un momento ni otro para esas dos fases o movimientos del ánimo, o no podría haberseles dado un nombre, esos nombres, el de ganancia, el de pérdida. Él no hablaba de eso, en realidad no hablaba a las claras de casi nada, y de no haber sido por las explicaciones de Wheeler aquel domingo oxoniense, es posible que nunca hubiera sabido nada preciso ni impreciso de mis funciones, y que no hubiera ni adivinado su sentido u objeto. Desde luego no llegué nunca a saberlo ni a entenderlo todo: qué se hacía con mis dictámenes o impresiones o informes, a quién iban destinados en última instancia o exactamente para qué servían, qué consecuencias traían ni si traían alguna o pertenecían por el contrario a esa clase de tareas y actividades que se realizan en algunos organismos e instituciones porque se han

venido haciendo desde hace mucho, pero sin que nadie recuerde por qué se iniciaron ni se planteen por qué seguirlas., a veces pensé que se archivaban tan sólo, por si acaso. Qué fórmula rara, pero que lo justifica todo: por si acaso. Hasta los más absurdo... (pp 231-232)

... Tupra era un gran preguntador, jamás olvidaba nada de lo ya contestado y así era capaz de volver sobre ello cuando menos lo esperaba el interrogado y cuando menos lo esperaba el interrogado y cuando éste sí se había olvidado, olvidamos lo que decimos mucho más que lo que escuchamos, lo que escribimos mucho más que lo que nos alcanza, por eso no contamos apenas con las ofensas que infligimos y sí en cambio con las que sufrimos, y por eso casi todo el mundo le tiene alguna guardada a alguien. (pp 246-247)

... Y para esa mayoría se necesitaba en efecto lo que él había llamado distraídamente, como para restar solemnidad a aquellas dos expresiones sólo contradictorias en primera instancia o ni siquiera en esa, ‘el valor para ver’ y ‘la irresponsabilidad de ver’. Yo sentí mucho más lo segundo durante bastante tiempo, hasta que un día me acostumbré, y al acostumbrarme me despreocupé. Y entonces... Ah sí, entonces, es cierto, la gran irresponsabilidad. (p 271)

... lo que cambia las cosas no es lo que se diga e uno sin uno saberlo –no lo que las varía en nuestro interior-, sino lo que alguien con autoridad o tan sólo insistencia nos dice a la cara sobre nosotros mismos, lo que descubre y explica y nos induce a creer. Es el peligro que acecha a todo artista o político, o a todo individuo que reciba opiniones e interpretaciones acerca de su actividad. A un director de cine, a un escritor, a un músico empieza a llamárselos genios, lumbreras, reinventores, gigantes, y no es difícil que acaben por admitirlo todo como posibilidad. Se hacen entonces conscientes de su valía, y les entra el miedo a defraudar, o –lo que es más ridículo e insensato, pero no otra es la formulación- a no estar a la altura de sí mismos, es decir, de quienes resulta que fueron –ahora les cuentan, se dan cuenta ahora- en su tan elevada obra anterior. ‘Así que no fue producto de la casualidad, ni de mi intuición, ni siquiera de mi libertad’, pueden pensar, ‘sino que había coherencia y propósito en cuanto yo iba haciendo, qué honor enterarme pero también qué maldición. Porque ahora no me queda sino atenerme a ello y alcanzar cada vez ese condenado nivel para no desmerecer de mí mismo, qué desastre, qué enorme esfuerzo, y cuánta desolación para mi quehacer.’ Y eso mismo puede ocurrirle a cualquiera, aunque no sean públicos su trabajo ni su personalidad, basta con que oiga una explicación plausible de sus inclinaciones o su proceder, una encantadora descripción de sus actos o un análisis e su carácter, una valoración de su método –saber que existe, o se le atribuye-, para que cualquiera pierda su bendito rumbo mudable, imprevisible, incierto, y con ello su libertad. Tendemos a pensar que hay un orden oculto que desconocemos y también una trama de la que quisiéramos formar parte consciente, y si de ella vislumbramos un solo episodio que nos da cabida o así lo parece, si percibimos que nos incorpora a su débil rueda un instante, entonces es fácil que no sepamos volver a vernos desgajados e esa trama entrevista, parcial, intuitiva –una figuración-, ya nunca más. Nada peor que buscar el sentido o creer que lo hay. O sí lo habría, aún peor: creer que el sentido de algo, aunque sea del detalle más nimio, dependerá de nosotros o de nuestras acciones, de nuestro propósito o nuestra función, creer que hay voluntad, que hay destino, e incluso una trabajosa combinación de ambos. Creer que no nos debemos enteramente al más errático y desmemoriado, divagatorio y descabezado azar, y que algo consecuente se puede esperar de nosotros en virtud de lo que ya dimos o hicimos, ayer o anteayer. Creer que puede haber en nosotros coherencia y deliberación, como cree el artista que la hay en su obra o el poderoso en sus decisiones, pero sólo una vez que alguien los ha convencido de que sí las hay. (pp 271-273)

Ya no queda apenas gente así, Jacobo. Nunca hubo mucha, más bien poquísima, de ahí lo reducido que siempre fue el grupo, y lo disperso. Pero en estos tiempos la escasez es absoluta, no es tópico ni exageración decir que estamos en vías de galopante extinción. Nuestros tiempos se han hecho ñoños, melindrosos, en verdad mojigatos. Nadie quiere ver nada de lo que hay que ver, ni se atreve a mirar, todavía menos a lanzar o arriesgar una apuesta, a precaverse, a prever, a juzgar, no digamos a prejuzgar, que es ofensa capital, oh, es de lesa humanidad, atenta contra la dignidad: de prejuzgado, del prejuzgador, de quién no. Nadie osa ya decirse o reconocerse que ve lo que ve, lo que a menudo está ahí, quizá callado o quizá muy lacónico, pero manifiesto. Nadie quiere saber; y a saber de antemano, bueno, a eso se le tiene horror, horror biográfico y horror moral. Se requieren para todo demostraciones y pruebas; el beneficio de la duda, lo que así se ha llamado, lo ha invadido todo, sin dejarse una sola esfera por colonizar, y ha acabado por paralizarnos, por hacernos formalmente ecuánimes y escrupulosos e ingenuos, y en la práctica idiotas, completos necios. –Esta última palabra la dijo así, en español, sin duda porque en inglés no existe ninguna que se le asemeje fonética ni etimológicamente: ‘utter necios’, le salió al mezclar-. Necios en sentido estricto, en el sentido latino de *nescius*, el que no sabe, el que carece de ciencia, o como dice vuestro diccionario, ¿conoces la definición que da? ‘Ignorante y que no sabe lo que podía o debía saber’, te da cuenta: *lo que podía o debía saber*, es decir, el que ignora a conciencia y con voluntad de ignorar, el que rehúye enterarse y abomina de aprender. El satisfecho insipiente. – Y tanto para la cita como para este adjetivo último recurrió también al español: siempre se recuerdan términos de las leguas ajenas que sus hablantes ya no usan ni casi conocen-. Y es así, para necia, como se educa a la gente desde la niñez, en nuestros países tan pusilánimes. No es ni una evolución ni una degeneración naturales, no es casual, sino algo procurado, deliberado, institucional. Todo un programa para la formación de las conciencias, o para su anulación (para la anulación (para la anulación del carácter, *ça va sans dire!*). Hoy se detesta la certidumbre: eso empezó como moda, quedaba bien ir contra ellas, los simples las metieron en el mismo saco que a los dogmas y las doctrinas, los muy ramplones (y hubo entre ellos intelectuales), como si todo fueran sinónimos. Pero la cosa ha hecho fortuna, ha arraigado, y hasta qué punto. Hoy se aborrece lo definitivo y seguro, y en consecuencia lo ya fijado en el tiempo; y es en parte por eso por lo que también se detesta el pasado, a menos que se logre contaminarlo con nuestra vacilación, o que pueda contagiárselo de la indefinición del presente, ya se intenta sin cesar. Hoy no se tolera saber que algo ha sido; que haya sido ya y haya sido así, como fue, a ciencia cierta. En realidad no se tolera no ya saberlo, sino su mero haber sido. Sin más, sólo eso; que haya sido ya y haya sido así, como fue, a ciencia cierta. En realidad no se tolera no ya saberlo, sino su mero haber sido. Sin más, sólo eso: que haya sido. Sin nuestra intervención, sin nuestra ponderación, cómo decir, sin nuestra indecisión infinita ni nuestra escrupulosa aquiescencia. Sin nuestra tan querida incertidumbre como imparcial testigo. Esta época es tan soberbia, Jacobo, como no ha habido otra desde que yo estoy en el mundo (ríete tú de Hitler), y se me hace difícil creer que la pudiera haber antes. Ten en cuenta que cada día que me levanto he de hacer un notable esfuerzo, y recurrir a la ayuda de amigos más jóvenes como tú mismo, para olvidarme de que guardo memoria directa de la Primera Guerra Mundial, o como la llamáis vosotros para mis mayores escozor y escarnio, de la Guerra del 14. Ten en cuenta que una de las primeras palabras que yo aprendí o retuve, a fuerza de oírla, fue ‘Gallipoli’, parece increíble que ya viviera cuando ocurrió aquella matanza. Tan soberbia es la época que en ella se da un fenómeno que yo imagino sin precedentes: el rencor que hacia el pasado siente el presente: hacia lo que osó suceder sin nosotros aquí, sin nuestra cauta opinión ni nuestro dubitativo consentimiento, y lo que todavía es peor, sin nuestro provecho. Lo más extraordinario es que ese resentimiento no obedece, en apariencia al menos, a la envidia de esplendores pretéritos que se fueron sin incluirnos, a la aversión por una excelencia de la que tuviéramos percepción y a la que no contribuimos, que

no probamos y nos perdimos, que nos desdeñó y no presenciamos, porque la jactancia de nuestro tiempo es de tal calibre que no puede admitir la idea, ni siquiera la sombra o la niebla o el vaho e ninguna superioridad antigua. No, es tan sólo el rencor hacia lo que nos ha podido abarcarse y nada nos debe, hacia lo que ya concluyó y por tanto se nos escapa. Escapa a nuestro control y a nuestras maniobras y decisiones, por mucho que los gobernantes vayan hoy pidiendo perdón por las tropelías de sus antecesores, y hasta viendo de repararlas con ofensivos dineros a los descendientes de los dañados, y por mucho que esos descendientes se los embolsen de grado y aun los reclamen, a su vez unos aprovechados, unos caraduras. No se ha visto estupidez mayor ni mayor farsa, por ambas partes: cinismo en los que dan, cinismo en los que reciben. Y un acto más de soberbia: ¿cómo se arrogan un Papa, un Rey o un Primer Ministro el derecho a atribuir a su Iglesia, a su Corona o a su país, a los de su tiempo, las culpas de sus predecesores, las que éstos nunca vieron así ni reconocieron hace siglos? ¿Quiénes se creen que son nuestros representantes, nuestros gobiernos, para pedir perdón en nombre de quienes fueron libres de hacer e hicieron, y ya están muertos? ¿Quiénes son para enmendarlos, para contradecir a los muertos? Si fuera sólo simbólico, sería una memez, nada más, engolamiento y propaganda. Pero no hay simbolismo posible si además hay ‘compensaciones’, grotescamente retrospectivas y nada menos que monetarias. Cada persona es cada persona y no se prolonga en sus remotos vástagos, ni siquiera en los inmediatos, que a menudo son infieles; [...]. Y así hoy nadie quiere enterarse de lo que ve ni de lo que pasa ni de lo que en el fondo sabe, de lo que ya se intuye que será inestable y movable o será incluso nada, o en un sentido no habrá sido. Nadie está dispuesto por tanto a saber con certeza nada, porque las certezas se han abolido, como si estuvieran apestadas. Y así nos va, y así va el mundo. (pp 297-301)

... El esfuerzo de captación, de afinación a que se me iba obligando no era menor, y tenía la impresión de que podría ir siempre en aumento: cuanto más se satisfacen las expectativas, más éstas se agrandan y mayores sutilezas y precisiones se exigen... (p 316)

No, no era raro. Quien se pasa los días dictaminando, pronosticando y aun diagnosticando –no hablemos por ahora de vaticinios-, opinando a menudo sin fundamento, empeñándose en haber visto aunque haya visto poco o nada –si es que no fingiéndolo-, aguzando el oído a la búsqueda de extraños énfasis o vacilaciones, de atropellamientos y temblores del habla, atendiendo a la elección de palabras cuando los observados disponen de vocabulario para elegir entre varias (y eso no es lo frecuente, algunos ni siquiera encuentran la única que es posible y entonces hay que guiarlos y sugerírsela, y se hace fácil manipularlos), aguzando el ojo para detectar las voluntariosas miradas opacas y los parpadeos exagerados, el retroceso de un labio al preparar su mentira o la vibración de mandíbula del ambicioso descabellado, escrutando los rostros hasta no verlos ya más con rostros vivos y en movimiento, observándolos como a pinturas, o como a dormidos o muertos, o como al pasado; quien tiene por quehacer no fiarse acaba por percibirlo todo a esa luz suspicaz, recelosa, interpretativa, inconforme con las apariencias y con lo evidente y llano; o mejor dicho: inconforme con lo que hay. Y entonces se olvida fácilmente de que lo que hay en la superficie o en primera instancia puede serlo todo a veces, sin vuelta de hoja y sin doblez ni secreto, al haber quien no esconde por ignorar cómo hacerlo, o hasta las mismas noción y práctica del ocultamiento. Llevaba ya meses desempeñando mi tarea casi a diario, [...] Había recorrido un buen trecho en el proceso típico de los atrevimientos (si es que no fue más bien envalentonamiento). Uno empieza por decir ‘No lo sé’ con frecuencia, ‘Lo ignoro’; o por matizar y precaverse al máximo: ‘Podría ser’, ‘Apostaría a que...’, ‘No estoy seguro, pero...’, ‘Lo veo posible’, ‘Tal vez sí’, ‘Quizá no’, ‘Es improbable’, ‘Acaso’, ‘Puede’, ‘No sé si es ir demasiado lejos, pero...’, ‘Esto es mucho suponer, sin embargo...’, ‘*Perhaps*’, ‘*It might web be*’, el arcaico

'*Mithinks*', el americano '*I daresay*', hay todas las coloraciones en ambos idiomas. Sí, uno evita en su lengua las afirmaciones y ahuyenta de su cabeza las certidumbres, sabedor de que traen las otras las unas tanto como las unas las otras, hay casi simultaneidad, no hay apenas diferencia, es excesivo cómo se contaminan, el pensamiento y el habla. Eso es al principio. Pero pronto se va animando: se siente felicitado o reconvenido por una mirada oblicua o por un comentario suelto, sin aparente destinatario y pronunciado en tono neutro pero que uno entiende que lo alude, sabe aplicárselo. Note que el 'No sé' no gusta mucho, que la inhibición no es apreciada, que se viven como decepción las ambigüedades y caen los miramientos en saco roto; que no cuenta ni se recoge lo demasiado inseguro y cauto, lo dudoso no convence ni de la duda misma, las reservas son casi un chasco; que el 'Quizá' y el 'Tal vez' son tolerados por el bien de la empresa o del grupo, que no quiere suicidarse pese a su tanta audacia, pero jamás suscitan entusiasmo ni apasionamiento, ni aprobación siquiera, se encajan como medrosidad o mansedumbre. Y a medida que uno se va atreviendo, las preguntas se le multiplican y se le atribuyen más facultades, la perspectiva e lo cognoscible está siempre en un tris de perderse, y uno se encuentra un día con que de él se espera que vea lo indiscernible y esté enterado de lo inverificable, que conteste no ya a lo probable e incluso a lo sólo posible, sino a lo incógnito e insondable.

Lo más llamativo de la cuestión, lo peligroso, es que uno mismo se va sintiendo capaz de verlo y de sondearlo, de enterarse y de conocerlo, y por tanto de aventurarlo. La osadía no se está quieta nunca, mengua o crece, se dispara o se encoge, se sustrae o avasalla, y si acaso desaparece tras algún revés enorme. Pero si la hay se mueve, no es nunca estable ni se da por contenta, es todo menos estacionaria. Y su propensión primera es al ilimitado aumento, mientras no se la cercene o frene en seca, brutalmente, o se la obligue a retroceder con método. En su periodo expansivo las percepciones se alteran mucho o se embriagan, y la arbitrariedad, por ejemplo, deja de parecérselo a uno, que cree basar sus dictámenes y sus visiones en criterios sólidos por subjetivos que sean (una mal menor, qué remedio); y llega un momento en que poco importa la capacidad de acierto, sobre todo porque en mi actividad éste era rara vez comprobable, o si lo era no solían comunicármelo, eso es lo cierto. De mi permanencia allí, de la solicitud de mis prestaciones –digamos burocrática y ridículamente–, de mi despido, infería que mi porcentaje era bueno, pero también me preguntaba de vez en cuando si tal cosa era averiguable, y si en el caso de serlo se molestaba en averiguable, y si en el caso de serlo se molestaba en averiguarla nadie. Yo soltaba mis opiniones y veredictos y mis prejuicios y juicios: se leían o se escuchaban; se me hacían preguntas concretas: las respondía, ampliando así o acotando, detallando, puntualizando o sintetizando, yendo por fuerza siempre demasiado lejos. Luego no sabía qué se hacía con todo aquello, si tenía consecuencias, si era útil y con efectos prácticos o nada más carne e archivo, si de hecho favorecía o perjudicaba a alguien; no solía haber más, no se informaba con posterioridad apenas, todo quedaba –para mí al menos– en aquel primer acto dominado por mis discursos y un breve interrogatorio o diálogo; y que a mis ojos no hubiera segundo ni tercero ni cuarto hacía que pareciera todo en conjunto (en la cotidianidad, lo que más cuenta) un juego sin gran trascendencia, o hipotéticas apuestas, sesiones de ejercicios en fabulación y en perspicacia. Y así, durante mucho tiempo, nunca tuve la sensación ni loa idea de poder estar dañando a nadie. (pp 317-321)

... la costumbre y la convivencia tienden a nivelar a veces, se establecen un cierto desmayo o una cierta atonía en los diálogos y en las respuestas, y llega un día en que lo importante y lo insignificante, lo verdadero y lo falso, reciben la misma escasa dosis de énfasis. (p 339)

...-Ella le es infiel sin embargo, me juego el cuello.- Siempre acaba uno por arriesgar al máximo. Quizá era el orgullo desafiado, quizá que iba viendo cada vez más claro, según uno

hablaba; o se convencía. Qué peligroso es decir. no es sólo que otros ya no puedan evitar tenerlo en cuenta, lo que uno ha dicho. Es que también uno mismo se ve obligado a contar con ello, una vez que ha flotado en el aire y no sólo en su pensamiento, donde todo es aún descartable. Una vez que ha sido oído y ha pasado a formar parte del saber de esos otros, los cuales pueden ahora hacer uso de ello, y hasta apropiárselo, y hasta volverlo en contra nuestra. (p 341)

... El problema de casi toda la gente, sus limitaciones, provienen de la falta de persistencia, de su pereza o fácil contentamiento, también de su miedo. Casi todo el mundo recorre un breve trecho y se frena, se para pronto y toma asiento y se repone del susto o se adormece, y entonces se queda corto. A alguien se le ocurre una idea y normalmente con eso le basta, con la ocurrencia, se detiene complacido ante el primer razonamiento o hallazgo y ya no continúa pensando, ni escribiendo con mayor hondura si escribe, ni exigiéndose ir más lejos; se da por satisfecho con la primera hendidura o ni siquiera eso: con el primer corte, con atravesar una sola capa, de las personas y de los hechos, de las intenciones y las sospechas, de las verdades y los embelecos, nuestro tiempo es enemigo de la insatisfacción íntima y por supuesto de la constancia, está organizado para que todo canse en seguida y la atención se muestre saltarina y errática y el vuelo de una mosca la distraiga, no se soportan la indagación sostenida ni la perseverancia, el quedarse de veras en algo, para enterarse de ese algo. Y no se consiente la mirada larga, la que tenía Tupra y la que acaba afectando a lo que así es mirado. Los ojos que se demoran hoy ofenden, y por eso han de esconderse detrás de cortinas y de prismáticos y teleobjetivos y remotas cámaras, y espiar desde sus mil pantallas.

En un sentido –pero sólo en uno- Tupra me recordaba a mi padre, el cual no nos permitía nunca, a mis hermanos ni a mí, conformarnos con la apariencia de una victoria dialéctica en nuestras discusiones, o de un éxito al explicarnos. ‘Y qué más’, nos decía después de que hubiéramos dado por concluidos, exhaustos, una exposición o un argumento. Y si le contestábamos ‘Nada más, Ya está. ¿Te parece poco?’, él respondía, para nuestro momentáneo desquiciamiento: ‘Sí, no has hecho más que empezar. Sigue. Vamos, corre, date prisa, sigue pensando. Pensar una sola cosa, o divisarla, es algo, pero también es apenas nada, una vez asimilada: es haber llegado a lo elemental, a lo cual, es cierto, ni siquiera la mayoría alcanza. Pero lo interesante y difícil, lo que puede valer la pena y lo que más cuesta, es seguir: seguir pensando y seguir mirando más allá de lo necesario, cuando uno tiene la sensación de que ya no hay más que pensar ni nada más que mirar, que la consecuencia está completa y que continuar es perder el tiempo. Lo importante está siempre ahí, en el tiempo perdido, en lo gratuito y en lo que parece superfluo, más allá de la raya en la que uno se siente conforme, o bien se fatiga y se rinde, a menudo sin reconocérselo. Allí donde uno diría que ya no puede haber nada. Así que dime qué más se te ocurre y qué más arguyes, qué más ofreces y qué más tienes. Sigue pensando, corre, no te pares, vamos, sigue’.

[...] Lograba que lo ilusorio adquiriera verbo y tomase cuerpo. Y que se plasmase. A veces yo lo sentía como un acto de fe por su parte: fe en mis capacidades, en mi perspicacia, en mi don supuesto, como si estuviera seguro de que ante su adecuada insistencia –guiado por ella, adiestrado por ella-, yo acabaría por entregarle siempre el dibujo o el texto, por brindarle el retrato que me pedía, o que necesitaba. (pp 343-345)

[Cfr. informe sobre él mismo]

‘Es como si no se conociera mucho. No se piensa, aunque él crea que sí (tampoco lo cree con gran ahínco). No se ve, no se sabe, o más bien no se ausculta ni se investiga. Sí, más bien es esto: no es que no conozca, sino que ese es un conocimiento que no le interesa por demasiado antiguo, tiene escasa curiosidad por sí mismo. Se da por descontado, o se tiene sabido. Pero la gente va cambiando. Él no se ocupa de registrar ni analizar sus cambios, no está al día de

ellos. Es introspectivo. Y sin embargo mira hacia fuera cuando más parece mirar hacia dentro. Sólo la interesa el exterior, los demás, y por eso ve tan bien. Pero los demás no le interesan para intervenir ni influir en sus vidas, ni por utilitarismo. Puede que no le importe gran cosa lo que le suceda a nadie. No es que no lamente ni celebre los hechos, es solidario, no le resultan indiferentes. Pero de un modo algo abstracto. O acaso es que es muy estoico, con lo de los demás y con lo propio. Las cosas ocurren y él toma nota, sin ningún propósito definido, sin sentirse atañido las más de las veces, menos aún involucrado. Quizá por eso percibe tantas. Tantas no se le escapan, que casi da miedo imaginar lo que sabe, cuánto ve y cuánto sabe. De ahí, de ti, de ella. Sabe más de nosotros que nosotros mismos. Quiero decir de nuestros caracteres. O todavía más, de nuestros moldes. Con un saber que nos es ajeno. Juzga poco. Lo más raro de todo es que no hace uso de su saber. Es como si viviera paralelamente una vida teórica, o una vida futura que aguardase turno en la recámara. [...] No hace uso de su saber, es muy raro. Pero la tiene. Y si un día sí hiciera uso, habría que temerlo entonces. Yo creo que no perdona. A veces lo vio como un enigma. Y a veces creo que lo es también para sí mismo. Entonces vuelvo a pensar que no se conoce mucho. Y que no se presta atención porque en realidad ha renunciado a ello, a entenderse. Se considera un caso perdido con el que no ha de malgastar reflexiones. Sabe que no se comprende y que no va a hacerlo. Y así, no se dedica a intentarlo. Creo que no encierra peligro. Pero sí hay que temerlo.' (pp 346-347)

... Ese me parece el principal motivo posible, pero supongo que no sería imprescindible que su vida corriera peligro, si, como pienso, en cierto sentido le importa más su historia, más el relato de esa vida que la vida misma. Aunque él ignore eso, probablemente... (p 355)

Le gusta su imagen, le gusta su historia en conjunto, con su fase odontológica y todo, nunca la pierde de vista, nunca la olvida. Él tiene siempre presente su trayectoria entera: su pasado, también su futuro por tanto. Se ve a sí mismo como un cuento, cuyo final debe cuidar, pero no menos su desarrollo. [...] cuando cada mañana se mire al espejo y piense en 'Dick Dearlove' como en un todo, una idea, o como si fuera un título un título de novela o película, y además ya clásicas. No es nada relacionado con la moral, ni con la vergüenza, no es eso, de hecho casi todo el mundo se mira a la cara sin el menor problema, siempre se encuentran excusas para los propios desmanes, o para negarse que lo sean, la mala conciencia y el arrepentimiento desinteresado ya no son de este tiempo, hablo de otra cosa. Él se ve desde fuera, sobre todo desde fuera, no tiene dificultad en admirarse. Y quizá lo primero que al despertar se diga algo parecido a esto: 'Oh caramba, no ha sido un sueño: soy Dick Dearlove, nada menos, y tengo el privilegio de verme y tratarme a diario con semejante leyenda'. En realidad eso no es nada raro, tanto si se deja como si se quita la palabra 'leyenda'. Se sabe de escritores que recibieron el Nobel y que se pasaron lo que les quedó de vida pensando cada poco rato: 'Soy Premio Nobel, lo soy, yo soy un Nobel y cómo brillé en Estocolmo', y a veces diciéndoselo en voz alta, fueron oídos por sus preocupados próximos. Pero también conozco a bastante gente sin significación objetiva ni fama que sin embargo se percibe de ese o parecido modo, y que asiste a su vida como si estuviera en el teatro. Un teatro permanente, eso sí, reiterativo y monótono hasta la náusea, que no escatima un detalle ni dos segundos de tedio. Pero esas personas son espectadores muy benévolo y contentadizo, no en balde son también cada una el autor, el actor y el protagonista de sus respectivas obras dramáticas (es un decir, lo de dramáticas). Ya sabe que Internet ha hecho efectiva esa forma de vivir y verse. Tengo entendido que hay individuos que incluso ganan dinero mostrando eso, cada soporífero y mísero instante de sus existencias, enfocadas ininterrumpidamente por una cámara estática. Lo asombroso, lo cerebralmente enfermizo, lo vitalmente malsano es que haya quienes estén dispuestos a contemplar eso, y pagando; quiero decir espectadores distintos de los propios

autores, actores, protagonistas, en ellos no es muy anómalo, en ellos sí se explica. (pp 356-357)

... También podría matar por algo así, es sólo un posible ejemplo, habría otros. El horror narrativo, la repugnancia. Eso le hace perder el control, estoy convencido, lo obceca. He conocido a otras personas con esa aversión, o esa alerta, y eso que ni siquiera eran famosas, la fama no es un factor decisivo en esto, hay muchos individuos que sienten su vida como materia de un minucioso relato, andan instalados en ella pendientes de su hipotético o futuro cuento. No se lo plantean mucho, es sólo una manera de vivir las cosas, una manera acompañada, digamos, como si hubiera expectores o permanentes testigos, aun de las nimiedades mayores y de los momentos muertos. Tal vez sea un sucedáneo de la antigua idea de la omnipresencia de Dios, que con su ojo estaba atento a cada segundo de la vida de cada uno, era muy halagador en el fondo, muy reconfortante pese al elemento implícito de amenaza y castigo, y tres o cuatro generaciones no bastan para que el hombre acepte que su trabajosa existencia transcurre sin que nadie asistan la contemple nunca, sin que nadie la juzgue ni la repruebe. Y lo cierto es que hay uno siempre, en efecto: un oyente, un lector, un espectador, un testigo; y un relator y un actor simultáneos, que coinciden con aquéllos: son los propios individuos quienes se van relatando su historia a sí mismos, cada uno la suya, quienes se asoman a ella y se la miran y remiran a diario, desde fuera hasta cierto punto; o desde un falso fuera, mejor dicho, la generalización del narcisismo, llamado a veces 'conciencia'. Por eso hay tantos que no soportan la burla, la vejación, el ridículo, la subida de la sangre al rostro, es desaire, eso menos que nada... (pp 361-362)

... En momentos así esos hombres no ven, no ven lo que sólo tres minutos más tarde se les hará manifiesto: que resulta menos difícil hacer desaparecer unas fotos que un cadáver, menos arduo taponar la boca a alguien que limpiar sus muchos litros derramados de sangre. Ya le digo: he conocido a tipos así, a tipos que no eran nadie y que sin embargo tenían ese miedo superlativo a su historia, a la que podría contarse y por tanto habrían de contarse también ellos. A su historia emborronada y fea. Pero es siempre desde fuera, insisto, lo determinante es lo externo: poco tiene que ver todo esto con la vergüenza, el pesar, el remordimiento, el desprecio de uno mismo, aunque sean factores que puedan hacer efímero acto de aparición en algún instante. Esos individuos sólo se ven obligados a contarse de veras sus acciones o sus omisiones, buenas o malas, valerosas, ruines, cobardes o desprendidas, si hay otros que también las conocen (si es la mayoría, mejor dicho) y así quedan incorporadas a lo que de ellos se sabe, es decir, a sus oficiales retratos. No es un asunto de conciencia en realidad, sino de representación, o de espejos. Lo que no es reflejado por éstos se puede poner en duda al poco tiempo, y creer que fue ilusorio, envolverlo en la neblina de la difusa o mala memoria y decidir por último que no se dio y no hay recuerdo, porque no puede haberlo de lo no sucedido. Y así ya no es posible que los atormente, a esos individuos: es increíble la capacidad de alguna gente para convencerse de que no hubo lo habido y sí existió lo no existido. Lo grave para Dick Dearlove, lo insostenible, no sería haberse cargado a un malhechor callejero o a un taimado adolescente, sino que se supiera, y que quedara adherido el hecho (como si dijéramos) a su expediente. Dentro de su obnubilación en el momento el homicidio, él quizá sabe que eso, aunque con dificultad enorme, resulta posible ocultarlo... (pp 363-364)

... :Lo inmaduro y lo no acabado, eso es lo más insondable, como los cuatro trazos de un dibujo incompleto y abandonado muy pronto, que ni siquiera permiten cábalas sobre la figura a que aspiraban o iban encaminados... (pp 379-380)

... Quien está dispuesto a ver, al final ve casi siempre, no digamos quien está empeñado, o quien hace su profesión de ello, como tú y como yo, tú crees no haber empezado pero has empezado hace mucho, te falta ser retribuido y ahora lo serás, muy pronto; pero es así como ya vives. Somos tan pocos los que tenemos valor y paciencia para seguir merando que nos pagan bien por eso ('Vamos, corre, date prisa, sigue pensando y sigue mirando más allá de lo necesario, también cuando sientas que ya no hay más, nada más que pensar, todo pensado, ni que mirar, todo mirado'), para ahondar en lo que se aparece liso y opaco y negro como un campo de sable heráldico, una tiniebla compacta... (p 380)

... Ambos sienten, quizá juzgan, que el mundo vive en deuda con ellos; cuanto les llega de bueno les es tan sólo debido, qué menos; desconocen el contento y la gratitud por tanto; jamás tienen en cuenta los favores que se les dispensan ni la clemencia con que son trataos; ven aquéllos como pleitesía, ésta como debilidad y miedo e quien tuvo la vara en la mano y se abstuvo de apalearlos. son gente intratable, que jamás aprende ni escarmienta. Se sienten acreedores del mundo siempre, aunque lleven la vida entera agraviándolo y despojándolo, a través de incontables vástagos suyos que se les han puesto a tiro. Y si por edad la chica no había podido abatir aún a muchos, no me cupo duda de que se resarciría pronto del tiempo intolerable de espera a que el perezoso crecimiento físico somete a los caracteres resueltos con celeridad y gran adelanto. Es entonces, al reconocer esa expresión envanecida y cruel, acomplejada –presagio de cólera siempre-, es al ver ese nexo nefasto cuando uno deja de mostrar curiosidad hacia la joven, de observarla por simpatía, de halagarla con sus cautivadoras preguntas de adulto. Y ella, que soportaba mal eso y desdeñaba las atenciones por venir de quien venían –un amigo de los padres, tan pesado, alguien antiguo-, soporta todavía menos la suspensión de sus deferencias. Por eso se termina a la postre a toda prisa, se levanta de la mesa, se marcha sin despedirse. Ha padecido, ha acumulado, ha coleccionado otra ofensa. (pp 383-384)

‘... la guerra deforma la visión hasta extremos inconcebibles, la mitad de la gente ve fantasmas y brujas por todas partes y en la otra mitad se agudiza la habitual tendencia a no ver nada, y también a procurar no verlo. Pero fue la Guerra la que nos trajo, sólo se nos ocurren las cosas cuando nos son necesarias, hasta las más simples’ (p 387)

... La gente exageraba sus miedos con vistas a no creérselos en el fondo, a concluir a la postre que nada podía ser tan maligno como se lo imaginaba, es algo que hacemos todos, pensar lo peor a propósito pero sin aparente conciencia, de forma paranoica, descabellada, figurarnos lo más truculento para así acabar descartándolo en nuestro fuero interno: al término del proceso, e ese atroz viaje mental, llamémoslo, nos decimos: bah, no será tanto. Lo gracioso o lo tétrico es que la verdad sí suele serlo: será tanto o todavía más. Según mi experiencia, según mis conocimientos, la realidad coincide a menudo con lo más cruel de lo presentado y aun lo deja corto a veces, es decir, coincide precisamente con lo que fue rechazado en el apogeo o culminación del miedo... (p 390)

... En tiempo de paz es del todo imposible hacerse a la idea o entender qué es una guerra, de hecho ésta es inconcebible, y ni siquiera son recordables las ya vividas, las que ya se dieron y además aquí mismo, en las que uno incluso tomó o tuvo parte; del mismo modo que en el tiempo de guerra es la paz lo que no resulta recordable, ni concebible. La gente no es consciente hasta qué punto lo uno niega lo otro, lo suprime, lo repele, lo excluye de nuestra memoria y lo ahuyenta de nuestra imaginación y nuestro pensamiento (como el dolor o placer cuando no están presentes), o a lo sumo lo convierte en ficticio, uno tiene la sensación de que nunca ha conocido ni experimentado de veras lo que en cada tiempo está ausente; y eso

ausente, si lo hubo antes, no funciona igual, no se asemeja al pasado, o al resto de lo que ya es pretérito, sino a las novelas y a las películas... ‘Nos cuesta indeciblemente darle crédito luego, en cuanto la guerra se acaba; nada más encontrarnos con la derrota o con la victoria, sobre todo con una victoria. Son como compartimentos estancos, el estado de paz, el estado de guerra... (pp 390-391)

... A uno se le ocurre guardar las menudencias cuando se dan, en su tiempo, cuando existen naturalmente, se tiene la sensación de que están a mano y de que siempre van a estarlo. Luego se convierten en verdaderas rarezas, yantes de que se dé uno cuenta son ya reliquias, no hay más que ver las tonterías que hoy se subastan, por el solo motivo de que ya no se fabriquen y resulten inencontrables... Es una maldición, el presente, no nos deja ver ni apreciar casi nada. A quién se le ocurriría que vivamos en él, nos jugó una mala pasada’ ... (p 396)

... entonces yo completé la otra cita para mis adentros, de Cervantes..., que él no me había dejado acabar y que testimoniaba también esa creencia: ‘Adiós, gracias; adiós donaires; adiós, regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida’. Eso esperaba Cervantes, pensé, no quejas ni acusaciones, no reproches ni ajustes de cuentas ni resarcimiento por los sinsabores y agravios terrenos, a él le tocó sufrir unos cuantos. Ni tan justicia última, que es lo que más se echa en falta desde el descreimiento. Sino la reanudación de las gracias y donaires, del regocijo de los amigos, contentos también en la otra vida. Es lo único de lo que se despide, lo único que desearía seguir conservando en la eternidad, allí donde vaya. Varias veces había oído hablar a mi padre de esos adioses escritos no tan célebres como deberían serlo, están en el libro que casi nadie lee y que quizá, sin embargo, sea superior a todos, hasta al *Quijote*. Me habría gustado recordarle a Wheeler esa cita entera, pero no me atreví a insistir, a desviarlo de su camino con eso. Así que me limité a acompañarlo, y dije:

‘La misma idea de Juicio Final anunciaba que era eso lo que más iba a hacerse según las expectativas comunes, después de muertos: contar historias enteras de todos, luego hablar, relatar, exponer, argumentar, refutar, apelar, y al término escuchar sentencia. Y además un juicio tan monumental, a cuantos por el mundo pasaron en una sola jornada, todos al mismo tiempo, los faraones egipcios mezclados con nuestros ejecutivos y nuestros taxistas, los emperadores romanos con nuestros pordioseros y nuestros gánsteres y nuestros astronautas y nuestros toreros, no sé. Imagínese qué algarabía, Peter, convertida en un gallinero la historia del mundo con todos sus casos particulares. Y hartos de esperar los muertos más remotos y antiguos, de contar el incontable tiempo que faltaba para su Juicio, sublevados seguramente por la tardanza infinita, nunca mejor dicho. Ellos sí callados y solitarios durante millones de siglos, a la espera del último muerto y de que no hubiera ya ningún vivo. En realidad esa creencia nos condenaba a todos a un muy largo silencio. Eso sí que era [...] ‘los azotes y los escarnios del tiempo’, ‘la dilación de la justicia’, dije en su lengua. ‘Y según ella, según esa creencia, a día de hoy estaría aún contando sus horas de soledad enmudecida, las pasadas y las por pasar, el primerísimo muerto de todos los tiempos; y si yo fuera él, estaría deseando con egoísmo que se acabara de una vez el mundo y por fin no hubiera nada’.

[...]

‘Eso es, justamente’, me contestó. ‘Un silencio *sine die*: eso en el mejor de los casos y cuando la fe era firme. Pero todo con el agravante de que por entonces, durante nuestra Segunda Guerra, no se creía ya apenas en ese parlamento o justificación o relato último de cada individuo al final de los tiempos, y costaba mucho pensar que las cabezas y miembros que noche tras noche despedazaban las bombas arrojadas sobre estas ciudades pudieran reunirse alguna vez, y gritar más tarde: “Morimos en tal lugar”; y consolaba poco que las causas fueran justas y menos importaba si eran o no buenas, cuando la principal causa del morir y el

matar pasó a ser sólo la supervivencia, de uno mismo o de quienes quería uno. Lo más probable es que se creyera ya poco desde bastante antes, tal vez desde la Primera, que no fue menos atroz para el mundo que la contempló y que también es el mío, no lo olvides, tanto como este que nos tolera hoy a ti y a mí, o que nos arrastra. Las atrocidades vuelven incrédulos a los hombres en el fondo de sus conciencias y en el de sus sentimientos, incluso si deciden aparentar lo contrario por un reflejo de superstición, otro de tradición y otro de rendición mezclados, y se congregan en las iglesias a cantar himnos para sentirse más juntos e infundirse entereza y conformidad más que coraje, de la misma manera que los soldados cantaban al avanzar casi indefensos con sus bayonetas en ristre, más que nada para anesthesiarse un poco con sus alaridos antes del impacto o del golpe o de volar por los aires, para aturdirse el pensamiento herido mucho antes que la carne, y acallar los ruidos de la muerte variados que andan por allí de caza fácil. Eso yo lo sé, yo he visto eso en los campos. Pero no son sólo las salvajadas, las crueldades, las que se padecen y las que llega a cometer uno mismo, por la tan justa como injusta causa de la supervivencia. Es también la terquedad de los hechos: que nadie haya venido nunca a hablarnos después de muerto, por mucho que se empeñen los espiritistas, los visionarios, los fantasmófilos, los milagristas y hasta nuestros actuales y descreídos creyentes, residuales o por inercia todos aunque aún queden millones de ellos...; toda esa larga experiencia nos ha obligado a saber al correr de los siglos, tal vez en lo más recóndito y acaso sin pronunciárnoslo, que los únicos que no poseen lengua y jamás hablan ni cuentan ni icen nada son ellos, son los muertos.' Peter se detuvo y bajó de nuevo la vista, y añadió en seguida sin alzarla: 'También, así pues, nosotros, cuando engrosemos sus filas. Pero sólo entonces, y no antes'. (Tu rostro mañana, I, Fiebre y lanza. pp 424-425)

... Y cuanto menos consciente se sea, más peligroso uno se vuelve. Parece una exageración, pero en realidad nadie está a salvo de desencadenar calamidades, desastres, crímenes, malentendidos trágicos y venganzas por hablar tan sólo, inocente y libremente. Siempre es posible *irse de la lengua*, qué expresión tan hermosa, a la vez amplia y precisa, tenéis vosotros en castellano, que cubre tanto la intencionalidad como la involuntariedad del hecho'... (p 429)

... Sí me gusta hablar contigo. Los ingleses rehúyen cuanto no sea anécdota, dato, hecho y apostilla o glosa irónica; la especulación les desagrada, el razonamiento les es superfluo: lo que a mí más me divierte. Sí, me gusta mucho hablar contigo. Deberías venir más a menudo: aparte de todo, estás muy solo ahí en Londres. Aunque quizá lo estés pronto bastante menos. Aún he de proponerte algo, y pedirte el favor de que lo aceptes sin darle demasiadas vueltas ni hacerme muchas preguntas. Tampoco vas a perder un tiempo que ya das por perdido, el de las convalecencias sentimentales se llena con lo que sea, el contenido es lo de menos, con lo que esté más a mano y más ayude a empujarlo, se tiene poca exigencia, ¿no es cierto? Luego no se recuerdan apenas, esos periodos, ni lo que se hizo en ellos, como si hubiera estado permitido todo, uno se justifica mucho por la desorientación y el sufrimiento; es como si no hubiera estado permitido todo, uno se justifica mucho por la desorientación y el sufrimiento; es como si no hubieran existido y en su lugar hubiera un blanco. También un vacío de responsabilidades, "¿Sabe? Yo no era yo entonces". Oh sí, el padecimiento ha sido siempre nuestra mejor coartada, la que mejor finge exculparnos de cualquier acto. Quiero decir a los hombres, la mejor coartada del género humano, de los individuos y de las naciones.' (pp 435-436)

... de que nuestras palabras, una vez soltadas, ya no tienen control posible. Es lo que más deja de pertenecernos, mucho más que nuestros actos, que, por así decir, en nosotros se quedan, buenos o malos, sin que otro pueda apropiárselos más que en los casos flagrantes de

usurpación o impostura, que siempre cabe denunciar, abortar, desfacer o desenmascarar, aunque sea tardíamente [...] ‘Nada se entrega tanto ni tan cabalmente como las palabras. Uno las pronuncia y al instante se desprende de ellas y las deja en posesión, o mejor dicho en usufructo, de quien se las ha escuchado. Ese puede suscribirlas, para empezar, lo cual ya es grato porque en cierto sentido se las adueña; o rebatirlas, que no lo es tampoco; pero sobre todo puede transmitir las a su vez ilimitadamente, citando la fuente o haciéndolas suyas según le convenga, según su decencia o según su decencia o según quiera perdersen y delatarnos, depende de las circunstancias; y no sólo eso, también puede adornarlas, mejorarlas o empeorarlas, tergiversarlas, sesgarlas, sacarlas de contexto, cambiarlas de tono, desplazarles el énfasis y así darles un sentido distinto y hasta fácilmente contrario del que tuvieron en nuestros labios. Y por supuesto repetir las con absoluta exactitud, *verbatim*. Eso era lo más temido en la Guerra, por eso muchos procuraron hablar sólo con medias palabras, de forma metafórica o nebulosa, con voluntarias imprecisiones o en lenguajes secretos directamente. Muchos aprendieron a decir sin decir, y se acostumbraron a ello’. (pp 439-440)

...”Hablando se entiende la gente”, decís en español a menudo. “Hablar es bueno”, suele afirmarse, en diferentes situaciones y contextos. Sólo faltaba que los psicólogos y similares metieran esa noción absurda en la cabeza de los parlantes para que éstos dieran rienda aún más suelta a lo que siempre fue su natural tendencia. Hablar no es en sí bueno ni malo, y en cuanto a entenderse haciéndolo, bueno, en tanta medida es fuente de conflictos y malentendidos como de armonía y entendimiento, de injusticias como reparaciones, de guerras como de armisticios, de crímenes y traiciones como de lealtades y amores, de condenas como de salvaciones, de ofensas y furias como de consuelos y apaciguamientos. Hablar es en todo caso el mayor malgasto de la población entera, sin distinción de edad, sexo, clase, riqueza ni conocimientos, el desperdicio por antonomasia. Casi nadie dispone de nada para decir que sus posibles oyentes considerasen en verdad apreciable, digno de atender, o no digamos de ser comprado, ¿quién paga por lo que es gratis siempre salvo en contadísimas excepciones, y aun a veces es obligado? [...]: los hombres y las mujeres explican hasta la saciedad a sí mismos, buscando a quien los escuche o imponiendo sus discursos si pueden, el padre a los hijos, el maestro a los discípulos, el párroco a sus feligreses, el marido a la mujer y la mujer al marido, el comandante a sus tropas y el jefe a sus subalternos, el político a sus partidarios y aun a la nación congregada, las televisiones a sus espectadores, los escritores a sus lectores y hasta los cantantes a sus adolescentes, que encima les corean sus estribillos, para mayor tributo. También los pacientes a sus psiquiatras, sólo que aquí la índole de la relación es reveladora, se trata de una transacción muy clara: cobra quien escucha, paga quien habla. Desembolsa quien raja, se retrata quien larga’. [...] En realidad, si te fijas, hay una permanente y universal disputa por hacerse con la palabra: en cualquier lugar concurrido, privado o público, hay decenas si no centenares de voces incontenibles pugnando por prevalecer o por abrirse paso, y el *desiderium* de cada una de ellas sería elevarse por encima de las demás y acallarlas: ya lo intentan, en la medida de lo tolerable. [...] Y bastan cuatro personas en torno a una mesa para que al menos dos rivalicen por llevar la voz cantante. Yo hice bien ser profesor: durante muchos años gocé sin lucha del enorme privilegio de no verme interrumpido por nadie, o no sin mi consentimiento previo. Y aún gozo de él en mis libros y artículos... (pp 447-448)

‘... lo que no hubo apenas fue malicia en la gente, no fue eso, ni siquiera en los más indiscretos y jactanciosos, en los más botarates.’ Y esta última palabra le salió en español, a veces se le notaba que llevaba tiempo sin pisar mi país, ese es un término que aquí ya no se oye, como otros del mismo estilo, por razones obvias: cuando en una sociedad predominan los mentecatos, los majaderos, los botarates y los mamarrachos, pierde sentido que nadie llame

así a nadie. ‘Y también los hubo que se convirtieron en tumbas. Andantes, ahora no me refiero a los muertos: personas escrupulosas, voluntariosas, con un sentido muy fuerte del deber, muy tenaces, que se sellaron los labios sin vacilar, aunque nadie fuera a enterarse de su actitud obediente ni a felicitarlas por ello... (pp 459-460)

... Quien quiera que fuese -...-, vio que con sólo escuchar debidamente y dejar hablar a la gente deseosa de hablar y de ser escuchada (y aun ni eso era necesario a veces), y observarla con sagacidad, capacidad deductiva, atrevimiento interpretativo y talento asociativo, esto es, con cuanto se les suponía y aun concedía a los alemanes expertos que se nos infiltraban y a los ocultos pronazis que estaban ya en nuestro suelo desde el principio, podía conocerse el fondo o la base de las personas, casi lo esencial de ellas; saberse para qué valían y para qué no y hasta dónde era posible fiarse, cuáles eran sus características y cualidades, sus defectos y limitaciones, si su espíritu era resistente o frágil, corrompible o insobornable, acobardado o intrépido, traicionero o leal, impermeable, acobardado o intrépido, traicionero o leal, impermeable o sensible al halago, egoísta o desprendido, arrogante o servil, hipócrita o franco, resuelto o dubitativo, pendenciero o manso, cruel o piadoso, todo, cualquier cosa, todo. También podía saberse de antemano quién sería capaz de matar a sangre fría y quién de dejarse matar si se hacía preciso o se le ordenaba, aunque esto último es siempre lo más difícil de asegurar en todos; quién se echaría atrás y quién daría cualquier paso adelante, hasta el más demente; quién delataría, quién respaldaría, quién enmudecería, quién se enamoraría, quién envidiaría o sentiría celos, quién nos abandonaría a la intemperie o nos cubriría siempre. Quién podría vendernos; y quién caro y quién barato. Puede que las personas que hablaban rara vez contaran nada muy grave ni interesante, pero acababan por decirlo casi todo sobre ellas mismas, hasta cuando fingían. Eso fue lo que comprobaron. Eso es lo que sigue ocurriendo hoy en día, y es eso lo que sabemos.’ (p 463)

... Ya te he dicho que el mayor problema es que no solemos querer ver, no nos atrevemos. Casi nadie se atreve a mirar de veras, porque a menudo no es grato lo que se contempla o vislumbra con esa mirada que no se engaña, con la más profunda que no se conforma nunca con atravesar todas las capas, sino que después de la última todavía insiste. Es así generalmente, tanto en lo que se refiere a los otros como a uno mismo, y la mayoría necesita engañarse y ser un poco optimista para seguir viviendo con algo de confianza y calma, yo no sólo lo comprendo sino que a lo largo de mis numerosos días he echado eso muchísimo en falta, el sosiego y la confianza: es desagradable y áspero, vivir sabiendo y no esperando. Pero mira: lo que se planteó o se propuso ese grupo fue justamente averiguar de qué serían capaces los individuos con independencia de sus circunstancias y conocer hoy sus rostros mañana, por así decir: saber ya desde ahora cómo serían en el mañana esos rostros; y averiguar, por citar tus palabras o las de tu padre, si una vida decorosa lo habría sido de todas formas o lo era sólo de prestado, es decir, porque no se había presentado ninguna oportunidad de ensuciarla, ninguna amenaza sería de imborrable mancha.’ [...] ‘Eso puede saberse, porque los hombres llevan sus probabilidades en el interior de sus venas, y sólo es cuestión de tiempo, de tentaciones y circunstancias que por fin las conduzcan a su cumplimiento. Puede saberse. Con equivocaciones, claro, pero con muchos aciertos... (pp 464-465)

Tu rostro mañana.

2. Baile y sueño.

III. Baile

Ojalá nunca nadie nos pidiera nada, ni casi nos preguntara, ningún consejo ni favor ni préstamo, ni el de la atención siquiera, ojalá no nos pidieran los otros que los escucháramos, sus problemas míseros y sus penosos conflictos tan idénticos a los nuestros, sus incomprensibles dudas y sus meras historias tantas veces intercambiables y ya siempre escritas (no es muy amplia la gama de lo que pueden intentar contarse), o lo que antiguamente se llamaban cuitas, quién no las tiene o si no se las busca, ‘la infelicidad se inventa’, cito a menudo para mis adentros, y es una cita cierta cuando son desdichas que no vienen de fuera y que no son desdichas inevitables objetivamente, no una catástrofe, no un accidente [...], de ellas está llena la Historia y también la nuestra [...] Ojalá nadie se nos acerque a decirnos ‘Por favor’, u ‘Oye’, son las palabras primeras que preceden a las peticiones, a casi todas ellas: ‘Oye, ¿tú sabes?’, ‘Oye, ¿tú podrías decirme?’, ‘Oye, ¿tú tienes?’, ‘Oye, es que quiero pedirte, una intercesión, o consuelo, una gracia, que me guardes este secreto o que cambies por mí y seas otro, o que por mí traiciones y mentas o calles y así me salves’. [...]: nadie parece nunca acumular bastante, nadie se contenta nunca ni se para nadie, como si a todos se les dijera: ‘Tú pide, pide por esa boca, tú pide siempre’. Cuando lo cierto es que a nadie se le dice eso.

Y uno entonces va y oye, oye las más de las veces, tantas temeroso y tantas también halagado, nada es tan lisonjero en principio como estar en situación de conceder o negar algo, nada –eso también llega muy pronto- tan pegajoso y desagradable: saber, pensar que uno puede decir ‘Sí’ o ‘No’ o ‘Ya veremos’; y ‘Tal vez’, ‘Voy a mirarlo’, ‘Te daré mañana una respuesta una respuesta’ o ‘Esto otro querré a cambio’, según tenga el día y a su absoluto arbitrio, según esté inactivo, dadivoso, aburrido, o lleve por el contrario una prisa enorme y le falten paciencia y tiempo, según su humor o que quiera poner a otro en deuda o mantenerlo a la espera en vilo o desee uno comprometerse, porque al conceder o negar – en ambos casos, o es ya sólo por prestar oído-, queda envuelto con el suplicante, y se enreda o anula acaso.

Si uno da una limosna un día a un mendigo del vecindario, a la mañana siguiente será más difícil negársela, porque él la esperará (nada ha cambiado, sigue siendo igual de pobre, yo no soy aún menos rico, y por qué hoy no si ayer sí) y en cierto sentido uno habrá contraído una obligación con él: si lo ha ayudado a llegar a esa nueva jornada, tiene la responsabilidad de que ésta no se le vuelva en contra [...], y así un día tras otro quizá indefinidamente, no es tan rara ni gratuita esa ley de algunos pueblos elementales –o son más bien lógicos- según la cual quien le salvaba la vida a alguien se convertía en el guardián o responsable perpetuo de esa vida y de ese alguien (a menos que se diera un día la estricta correspondencia y así quedarán en paz y pudieran separarse entonces...

Y si por el contrario niega uno el primer día la limosna a su pordiosero vecino, tendrá la impresión al segundo de estar en deuda, y quizá esa sensación va a ir en aumento al tercero y al cuarto y quinto, pues si el mendigo ha franqueado y vencido esas fechas sin ayuda mía, ¿cómo no reconocerle el mérito y agradecerle lo que ya me he ahorrado? [...] (Pero esto sólo atañe a quienes se fijan en los harapientos, y la mayoría los pasa por alto, pone la mirada opaca y sólo los ve como hatillos) (pp 21-23)

... Así que Luisa no reparó en el grupo en tanto que grupo lastimoso en sí mismo, como hay tantos, sino que los individualizó, le llamaron la atención la joven bosnia y su centinela niño, quiero decir que los vio a ellos, no le parecieron indistinguibles ni intercambiables como objetos de compasión, vio a las personas más allá de su condición y su función y sus necesidades, éstas sí tan extendidas y compartidas. No vio a una madre pobre con unos niños, sino a aquella madre concreta con aquellos niños concretos, con el mayor sobre todo.

[...]: ‘Me recuerda un poco a Guillermo, cuando era así de pequeño. También en él me daba lástima eso, no es sólo porque estos sean pobres. Verlo tan impaciente por incorporarse al mundo, o a las responsabilidades y a las tareas, tan deseoso de enterarse de todo y e echar una

mano, tan consciente de mis esfuerzos y de mis dificultades. Y también de los tuyos aunque te viera menos, aún más intuitivamente, te acuerdas. O más deductivamente’.

No me lo preguntaba, me lo recordaba tan sólo, o afirmaba mi recuerdo. Yo seguía acordándome incluso en Londres, cuando no veía al niño, y empezaba a temer por él, era muy paciente y protector con su hermana y a menudo compartía de más y cedía, como quien sabe que lo noble y recto es que cedan siempre los fuertes frente a los débiles no tiránicos o abusivos, un principio anticuado, porque hoy suelen ser desalmados los fuertes y despóticos los débiles; era también protector con su madre y no sabía si hasta conmigo mismo, ahora que me sentía desterrado y solitario y lejano, huérfano según su criterio o su entendimiento, sufren mucho en la vida quienes hacen de escudo, y los vigilantes, con su ojo y su oído siempre despiertos. Y los que quieren jugar limpio a ultranza, incluso cuando combaten y está en peligro su supervivencia o la de sus seres queridos imprescindibles, sin los cuales tampoco se vive, o ya no enteramente.

‘Y todavía no ha cambiado’, le dije a Luisa. ‘Desearía que no lo hiciera, pero también a veces que sí. Lleva las de perder, tal como va el mundo. Creí que aprendería a guardarse más en cuanto fuera al colegio y probase allí la amenaza, pero ya van años y no parece. A veces me pregunto si no estaré siendo mal padre por no adiestrarlo, por no enseñarle lo que conviene: tretas, argucias, intimidaciones, cautelas, quejas; y más egoísmo. Uno debería preparar a sus hijos, pienso. Pero no es fácil inculcarles lo conveniente, si eso a uno no le gusta. Y él es mejor que yo, por ahora’. (pp 27-29)

- Te quiero pedir un favor –dijo [Pérez Nuix]-. Grande para mí, para ti no tanto. ‘Ah, es pedir’, pensé. ‘No proponer ni ofrecer, en ella habría sido posible pero no ha ocurrido. No es desahogarse, ni confesarse, ni tan siquiera contarme, aunque toda petición encierra algún cuento. Si la dejo continuar ya estaré envuelto; quizá enredado y tal vez me anude, luego. Siempre es así, aunque le niegue el favor y a nada me preste, siempre algún lazo. ¿Cómo sabe que para mí no tanto? Eso nunca se sabe, ni ella ni yo, hasta después de hecho el favor y pasado el tiempo y echadas las cuentas o acabado el tiempo. Pero sólo con esa frase ya me ha envuelto, me ha inyectado al vuelo un sentimiento de obligación o deuda, cuando obligaciones no tengo ni recuerdo con ella deudas. Quizá debiera contestarle sin más: “Qué te hace creerte en condiciones de pedirme un favor, cualquiera o ninguno. Porque no lo estás, como en realidad no lo está nadie, si bien se piensa, hasta la devolución de un millar de favores recibidos es voluntaria, no hay ley que lo exija, o no es una escrita”. Pero nunca nos atrevemos a contestar eso, ni siquiera al desconocido que se nos acerca y además no nos gusta o nos a mala espina. Parece ridículo, pero las más e las veces no hay escapatoria en primera instancia, y con la joven Pérez Nuix yo no la tengo: es una compañera; ha venido hasta casa en una noche de perros; es medio compatriota; la he dejado entrar; me habla en mi lengua; me enseña sin deliberación los muslos y son agradables; me está sonriendo; y yo soy aquí más extranjero que ella. Sí, soy nuevo’. (pp 45-46)

[*Descripción que hace Pérez Nuix de Tupra*] ...Recela tanto de lo indudable que modifica su veredicto por eso, en contra de su propia certeza, no digamos de las nuestras. Es infrecuente, porque casi nunca se da un convencimiento pleno ni él podría la mano en el fuego por un ser humano, Tupra sabe bien que no hay nadie de una pieza, o que nadie persevera indefinidamente en quien es, ni en quien fue, ni siquiera en quien aspira a ser y aún no ha sido un solo día. ‘*That’s the way of the world*’, ya sabes; dice eso y continúa, nada espera y nada le extraña. –‘Es el estilo del mundo’, sí, se lo había oído ya un par de veces-. Pero cuando cree poder afirmar convencido, entonces niega o suspende la afirmación, eso que a nosotros no nos permite. Para eso está solo él, para introducir la objeción, la sospecha, para contradecirnos y contradecirse, y corregir cuanto haga falta. Raro es el caso de una certidumbre suya, pero se

ha dado de tarde en tarde: y si alguien le parece muy de fiar o muy íntegro, tanto que no cabe dudar, lo más probable es que en la práctica lo trate como a un rufián al acecho, y que desaconseje confiar en él a quien le haya solicitado el informe. Y al revés, lo mismo: si a un sujeto lo encuentra desleal sin remedio, casi por vocación, dijéramos, es posible que entonces sugiera contar con él una vez al menos, probarlo. Eso sí, advirtiéndoselo al cliente: una vez y no más hasta ver, en negocio de poca monta y sin mucho riesgo. (pp 48-49)

... Y bueno, no es lo mismo informar a la Corona, al Estado, que a un particular cualquiera, yo creo.

-Ah lo crees –dijo ella. No con ironía (aún no podría habérsela permitido), quizá sí con sorpresa-. ¿Y en qué ves la diferencia?

Ah sí, en qué la veía. Su pregunta me hizo sentirme de pronto ingenuo, absurdamente más joven que ella o más inexperto (era más nuevo, me había dicho), y se me convirtió en algo difícil de contestar sin parecer demasiado idiota, un pardillo. Pero no me quedaba sino intentarlo; yo la había propiciado, no podía retirar mi observación vencida a las primeras de cambio, no podía conceder sin más: ‘Tienes razón’, decirle, ‘No hay diferencia ni yo puedo verla’.

- Al menos en la teoría –dije protegiéndome al máximo-, el Estado vela por el interés común, por el del conjunto de los ciudadanos, no ha de tener otro que ese. Al menos en la teoría –insistí: creía poco en lo que decía, según lo iba diciendo, y por eso me salía lento; no se le pasaría a ella por alto-, es sólo un intermediario, un intérprete. Y sus componentes, circunstanciales siempre, no están sujetos a pasiones propias, individuales, privadas, ni por lo tanto a bajas ni a elevadas. Cómo decir: son representantes, una parte del todo, nada más que eso, y sustituibles, intercambiables. Han sido elegidos allí donde suelen serlo, y lo son en nuestros países, dentro de lo que cabe. Se supone que obran por el bien general. Tal como lo entiendan ellos, claro. Y pueden equivocarse, cierto, y aun fingir equivocarse para disfrazar de error su provecho particular y egoísta. Eso ocurre desde luego en la práctica y quién sabe cuánto. Quizá sin pausa y en todos los sitios, desde las cloacas hasta Palacio. Pero hay que presuponerles la buena fe, la teórica, o si no no podríamos vivir en paz nunca. No la hay sin el sobreentendido de que nuestros Gobiernos son legítimos, incluso rectos, porque lo son nuestros Estados. (O sin esa ilusión, si prefieres.) Así que uno les presta servicio desde esa buena fe teórica, que también lo alcanza o lo envuelve o lo ampara a uno en su misión, en sus funciones, o en su mera aquiescencia. Y en cambio no serviría a un particular cualquiera sin antes saber bien quién es, qué pretende, qué se propone, si es un criminal o un hombre justo. Y a qué fines contribuirá nuestro esfuerzo.
- Tú lo has dicho. En la teoría [...]. Mira, en todos los años que llevo aquí no he visto a nadie que no sea un particular cualquiera. [...] Ni siquiera en el Ejército, donde más hay que acatar las órdenes y menos hay que tomar decisiones, una maquinaria, dicen. No lo es, nada lo es. Da lo mismo el cargo que las personas ocupen, o a quién representen, que tengan altas responsabilidades o sean unos mandados totales, que hayan sido elegidas o nombradas a dedo, de dónde les venga su autoridad poca o mucha, que su sentido del Estado sea grande o sea nulo, su lealtad da lo mismo, o su venalidad, su afición al chaqueteo. Da lo mismo que todo el dinero que pase por sus manos pertenezca al erario y que no haya suyo un maldito penique. Da lo mismo, manejarán como suyas como propias las cantidades más fabulosas, no digamos las despreciables. No quiero decir que se las queden, no todos, o no necesariamente; sino que las distribuirán a su antojo y a su conveniencia y luego buscarán las razones para ese reparto, nunca antes. ¿Sabes? Siempre hay razones *a posteriori*, claro que lo sabes,

para cualquier acción, hasta la más gratuita o la más infame, siempre se encuentran, a veces ridículas e inverosímiles, mal fundamentadas y que no engañan a nadie o solo al que se las inventa. Pero en todo caso se da con ellas. Y otras veces son buenas y convincentes, impecables, en realidad es más fácil encontrarlas para los hechos que para los planes y las intenciones, los propósitos, las decisiones. La ya sucedido es un punto de partida muy fuerte, muy consistente: es irreversible, y eso ya es una gran pauta, una guía. Es algo a lo que atenerse. O más: a lo que ceñirse, porque ata y obliga, y así resulta que tiene uno en el bote la mitad del trabajo. Cuesta mucho menos explicar con razones lo ya pasado (o lo que es igual, averiguárselas; o tanto da, prestárselas) que justificar de antemano lo que quiere uno que pase, lo que va a procurarse... (pp 53-56)

... En realidad podía preguntarlo todo, una cosa tras otra, dirigía la conversación, ese era mi privilegio. Ya no podría ser 'un momentito', el que ella había anunciado, en seguida todo se alarga o se enreda o todo tiende a adherirse, es como si cada acción llevara su prolongación consigo y cada frase dejara en el aire un hilo de pegamento colgando, que nunca puede cortarse sin que se pringue algo más al hacerlo. A menudo me extraño de que para todo haya respuesta o pueda siempre intentarse, no sólo para las preguntas y las incógnitas, también para las afirmaciones y los saberes, lo irrefutable y la ciencia cierta, y para los titubeos y las miradas y hasta para los gestos. Todo insiste y continúa solo, aunque opte uno por retirarse. Aquello no iba a ser un momentito en modo alguno, nada es breve sin cercenarlo... (p 58)

...'El miedo es la mayor fuerza que existe, si uno logra acomodarse a él, instalarse, convivir con él con buen temple, y no pierde las energías luchando por ahuyentarlo. En esa lucha nunca se gana del todo; en los momentos de aparente victoria se está ya anticipando su vuelta, se vive bajo amenaza, y entonces se sufre parálisis y es el miedo el que se aprovecha. Si uno lo consiente, en cambio (es decir, si uno se adapta, si se acostumbra a que esté ahí presente), posee una fuerza incomparable con ninguna otra y puede aprovecharse de él, puede usarlo. Sus posibilidades son infinitas, mayores que las del odio, la ambición, la incondicionalidad, el amor, el afán de venganza; son desconocidas. Una persona con el miedo asentado, activo pero incorporado a su vida normal, un miedo diario, es capaz de proezas en verdad sobrehumanas. Eso lo saben las madres con hijos pequeños, la mayoría. Y lo sabe cualquiera que haya estado en una guerra. Pero tú no has estado en ninguna, ¿verdad, Jack?, has tenido esa suerte. Eso significa que tu formación será siempre incompleta. Habría que mandar a las madres a las batallas con sus niños cerca, a la vista, a mano; llevan el miedo puesto, es permanente; no habría combatientes mejores que ellas'... (p 64)

...'Uno se conforma con lo que le va llegando y hasta bendice que le llegue aún algo o sobre todo alguien, por rebajadas versiones que sean de lo suprimido o interrumpido o de los añorados; es difícil, cuesta mucho suplir a las figuras perdidas de nuestra vida, y se va eligiendo poco o nada, se precisa un esfuerzo de convencimiento para cubrir las vacantes, y qué mal nos resignamos a que se reduzca el elenco sin el cual no nos soportamos ni apenas nos sostenemos, y aun así se reduce siempre si no morimos o si no muy rápido, no hace falta llegar a viejo ni tan siquiera a maduro, basta con tener a la espalda algún muerto querido o algún querido que dejó de serlo para convertirse en odiado u omitido nuestro, en nuestro aborrecido o borrado máximo, o con serlo nosotros de alguien que nos puso la proa o nos expulsó de su tiempo, nos apartó de su lado y de pronto negó conocernos, un encogimiento de hombros al vernos mañana el rostro o al oír nuestro nombre que susurraban anteayer muy suavemente sus labios. Sin decírnoslo, sin formulárnoslo, percibimos esa dificultad enorme el reemplazamiento, así que a la vez nos prestamos todos a ocupar vicariamente los lugares

vacíos que otros van asignándonos, porque comprendemos y participamos de ese mecanismo o movimiento sustitutorio universal continuo de la resignación y la mengua, o del capricho a veces, y que al ser de todos es el nuestro; y así aceptamos ser remedos, y vivir cada vez más rodeados de ellos. Quién sabe quién nos sustituye y a quién sustituimos nosotros, sólo sabemos que sustituimos y se nos sustituye siempre, en todas las ocasiones y en todas las circunstancias y en cualquier desempeño y en todas partes, en el amor, la amistad, en el empleo y en la influencia, en la dominación, y en el odio que también mañana se cansará de nosotros, o pasado mañana o al otro o al otro. Sólo sois y sólo somos como nieve sobre los hombros, resbaladiza y mansa, y la nieve siempre para. No sois ni somos como la gota o mancha de sangre, con su cerco que se resiste a desaparecer y se aferra a la loza o al suero tan furiosamente para hacer más difícil su negación o su difuminación o su olvido; es su manera insuficiente, ingenua, de decir “Yo he sido”, o “Soy aún, luego es seguro que he sido”. No, no sois ni somos como la sangre ninguno, y además ella también acaba por perder su batalla o su pulso o su desafío, y al final no deja rastro. Es sólo que costó más tiempo eliminarlo, y que la voluntad de aniquilación hubo de empeñarse en ello.’ (pp 74-75)

Paseé la mirada veloz, rostros agraciados en general, si Rafita y la señora Manóia se habían introducido allí eran unos insensatos si no unos imbéciles (bueno, él lo era del todo pero aun así no tanto: meterse en un lavabo atestado, teniendo cerca y desierto el de los mutilados); pero ya que estaba dentro tenía que cerciorarme, así que me acerqué a las cabinas con paso firme de inspector o de esbirro (cumplir órdenes, hacer algo por encargo de otro y no por interés ni iniciativa propios, eso ayuda y exime de responsabilidades al ánimo, prestar servicio, eso infunde desenvoltura y desconsideración y hasta puede que crueldad); ... (p 120)

‘*We died at such a place*’, eso me había citado Wheeler en su lengua de Shakespeare, y era de suponer que en ese Juicio Final previsto por la fe firme de entonces, con la historia entera del mundo contada a la vez y en detalle por cuantos la integraron y compusieron, desde el Emperador poderoso que dejó más duradero rastro hasta el recién nacido que salió de la tierra con su primer llanto sin llegar a cruzarla ni a poner pie en ella y no dejó en la memoria de ningún vivo ni su rostro del todo configurado, era de suponer que en ese último día, son todo su espacio y su tiempo convertidos en un gallinero y una algarabía, como le sugerí yo a Wheeler –quizá ya perteneciera a la eternidad ese día, y así sólo tuviera lugar, pero no transcurso-, también habrían de encontrarse y juntarse y volverse a ver las caras los condenados con sus condenadores y los delatados con sus delatores, los perseguidos con sus perseguidores y los torturados con sus torturadores, los mutilados con sus mutiladores, los asesinados con sus asesinos y las víctimas con sus verdugos y con quienes los instigaron o les dieron la orden que fue cumplida, todos ante el juez al que no se miente (juez blando o colérico, implacable o piadoso, eso quién lo sabe). Y habrían de intentar ponerse en aprietos unos a otros alegando la justicia de sus respectivas causas y con ella sus inocencias o la atenuación de sus culpas, era a eso a lo que emplazaban a Enrique V (ahora ya sabía qué rey de Shakespeare era ese) aquellos soldados con los que el campamento se mezcló embozado y de incógnito antes del alba de la batalla, según rememoró y contó Wheeler, todos ya sobre las armas; y había venido a decir uno de ellos: ‘Arduas cuentas habrá de rendir el rey en el día último, si no es buena causa la de su guerra’.

De modo que todos esos muertos se cruzarían entre sí reproches, acusaciones, cargos: ‘Tú me mataste sin que te hubiera hecho nada’. ‘Morí por tu causa y por tus ligeras palabras’. ‘A mí me sacrificaste por aniquilar a otro que fue tu enemigo, de mí no sabías ni la existencia pero no te importó cortarla, para ti fue sólo un número tras un bombardeo o ni siquiera, una mera unidad de ese número que quedó consignado en vuestros archivos

secretos bajo siete llaves.’ ‘Yo morí por mi propia mano porque no pude vivir con aquello, por las muertes por mí causadas; creed que me costó gran esfuerzo y gran miedo, e indecibles remordimientos anticipados, por el otro daño que hacía al matarme; pero no fui capaz de seguir ya más días como si aquello no hubiera pasado, y los muertos no fueran míos.’ ‘A mí me pegasteis un tiro en la cuneta de una carretera que jamás había visto aunque no podía estar lejos, no tardamos en llegar a ella desde la cheka de la calle Fomento de la que me sacasteis de noche y en la que me habíais metido por la mañana tras detenerme en la calle, por llevar corbata, dijisteis, y un carnet juvenil que no os gustaba, “Ahí hay mucha Falange”, eso dijisteis, y que yo me había sacado atolondradamente en imitación de mi hermano el mayor, que andaba entonces escondido, yo tenía diecisiete años y ni siquiera sabía bien su significado, no me dejasteis averiguarlo, ni volver nunca más a mis historietas gráficas por las que vivía y me apasionaba, de política yo no entendía’, diría mi tío Alfonso al encontrarse de nuevo con los milicianos olvidadizos que lo mataron: apenas lo recordarían, aún menos que a la amiga que lo acompañaba y que sufrió igual destino, tiro en la sien o quizá en la nuca, o quizá en el oído. ‘Os ensañasteis y sentí tanto dolor como no habéis imaginado nunca en todos los años de vuestra vida ni en los de vuestra muerte a la infinita espera de este último día, y me acusabais en falso con conciencia plena de vuestra falsedad absoluta, y me exigíais nombres y que confesara traiciones jamás cometidas, a sabiendas de que no podría’, diría Nin a los dos o tres hombres... [...]

Oh sí, en ese día postrero con todos los tiempos juntos, quizá suspendido e inmóvil, resonarían una y otra vez estas frases hasta provocar arcadas en todos los muertos, incluidos los que asesinaron (pero ninguno concibió jamás el resultado de la suma entera, y cuando las cosas acaban tienen su número), y aun en el Juez al que no se miente, que se vería quizá tentado de olvidar su promesa y sus planes y cancelar para siempre la asamblea pestilente: ‘Morí en tal lugar y en tal fecha y de tal manera, y tú me mataste o me pusiste en la trayectoria de la bala, la bomba, la granada o la antorcha, de la piedra, la flecha, la espada o la lanza, me mandaste salir al encuentro de la bayoneta, el alfanje, el machete o el hacha, de la navaja, el mazo el mosquetón o el sable, tú me mataste o tú fuiste la causa. Caiga ahora como plomo sobre tu alma, y siente la punzada del alfiler en tu pecho’. Y los acusados responderían siempre: ‘Fue necesario, defendía a mi Dios, a mi Rey, mi patria, mi cultura, mi raza; mi bandera, me leyenda, mi lengua, mi clase, mi espacio; mi honor, a los míos, mi caja fuerte, mi monedero y mis calcetines. Y en resumen tuve miedo’. (Aquello era también un verso, y me lo repetí más tarde en voz alta, cuando ya estaba acostado: ‘*And in short, I was afraid*’; varias veces, porque aquella noche me lo aplicaba o lo suscribía: ‘*And in short, I was afraid*’.) O bien recurrirían a esto: ‘Fue necesario y evité así un mal mayor, o eso creía’. Porque ante ese Juez harto y con náuseas no podrían aducir: ‘Oh no, yo no quería, yo fui ajeno, ocurrió sin mi voluntad, como en las humaredas tortuosas del sueño, eso fue cosa de mi vida teórica o entre paréntesis, de la que en realidad no cuenta, no pasó más que a medias y sin mi consentimiento pleno: “No ha lugar, aquí no hay causa”, diría el juez que viera esto’. No, no podrían aducirlo ante ese juez que ahora iba a verlo, y aun así algunos lo harían: son inconfundibles, yo los conozco en mi tiempo. Son siempre tantos.

Qué reconfortante tendría que ser esta esperanza remota o compensación aplazada o dilatada justicia, esta perspectiva, esta visión, esta idea, para los humanos de la fe firme durante los muchos siglos en que la dieron por cierta y la prefiguraron y acariciaron, como si formara parte del conocimiento común a todos, iletrados y doctos, acaudalados y menesterosos, y más que una promesa o *desideratum* fuera casi una prescencia. Qué apaciguadora la idea, sobre todo para los juzgados definitivamente, para los que se sabían destinados a sufrir en vida –en su entera vida mansa sin revés ni vuelta-

injusticias y abusos y humillaciones impunes, sin reparación posible para sus agravios ni concebible castigo para sus ofensores, más poderosos o más crueles, o sólo más decididos. ‘Yo no lo veré aquí’, pensarían aquéllos mordiéndose el labio inferior o la lengua hasta hacerse daño, para aflojar entonces la dentellada, ‘no en este mundo tan descompensado y terco, no en su orden inerte que no puedo alterar y que me perjudica tanto, no en esa armonía desequilibrada que lo gobierna y que ya cava mi tumba para expulsarme pronto; pero sí en el otro, cuando acabe el tiempo y nos reunamos todos, convidados sin excepción al gran baile de la aflicción y el contento, y me dé a mí la razón y me premie el Juez al que no se miente porque ya está al tanto de lo sucedido, ha viajado por todas partes y lo ha visto y oído todo, hasta lo más nimio e insignificante en el conjunto del mundo o de una sola existencia; lo que hoy me ha ocurrido, esa afrenta odiosa que olvidaré yo mismo si aún vivo unos cuantos años y no se repite, o bien se repite tanto que confundiré las veces y me acostumaré a ella por mi conveniencia de no verla más como un crimen, no la olvidará ese juez que lo recuerda todo con su abarcador registro o infinito archivo de la historia el tiempo, desde la primera hora hasta el día último’. Qué enorme consuelo para la soledad absoluta creer que éramos vistos y aun espiados en todo instante a lo largo de nuestros escasos y malvados días, con perspicacia y atención sobrehumanas y con la sobrenatural anotación o memoria de cada fastidioso detalle y pensamiento vacuo: así tenía que ser si es que así era, ninguna mente humana habría soportado eso, saberlo y recordarlo todo de cada persona de cada época, saberlo permanentemente si echar jamás en saco roto un solo dato de nadie, por prescindible que fuera y aunque no sumara ni restara nada: una verdadera condena, una maldición, un tormento o aun el mismísimo celestial infierno, quizá estaría arrepentido de su omniscencia el juez con tanto acontecimiento, resentido con los demasiados sucesos aburridos, pueriles, idiotas y bien superfluos, o se habría hecho bebedor para hacerse olvidadizo (copita y adentro, copita y adentro, de vez en cuando), o mejor opiómano (una ocasional pipa tumbado, para vaciarse de conocimientos).

‘Hay muchos individuos que sienten su vida como materia de un minucioso relato’, le había dicho yo a Tupra al interpretarle a Dirk Dearlove, ‘andan instalados en ella pendientes de su hipotético o futuro cuento. No se lo plantean mucho, es sólo una manera de vivir las cosas, una manera acompañada, digamos, como si siempre hubiera espectadores o testigos fijos de sus actividades y pasividades, aun de sus pisadas más fútiles y de los momentos muertos. Esa ensoñación narcisista de tantos contemporáneos, llamada a veces “conciencia”, tal vez no sea sino un sucedáneo de la antigua idea o vago sentido de la omnipresencia de Dios, que con su ojo vigilaba y estaba atento a cada segundo de la vida de cada uno, era muy halagador en el fondo, y un alivio pese a las contrapartidas, es decir, al elemento implícito de amenaza y castigo y a la aterradora creencia de que nunca era nada ocultable del todo a todos y para siempre; sea como sea, tres o cuatro generaciones de duda o incredulidad dominantes no bastan para que el hombre acepte que su trabajosa y no solicitada existencia transcurre sin que nadie asista ni la contemple ni se asome jamás a ella; sin que nadie la juzgue ni la desapruebe.’

Quizá ni el hombre más ateo pueda encajar eso aún fácilmente, sin hacerse racional violencia. Y quizá la repugnancia u horror narrativo que le había mencionado a Tupra –quién sabe si no lo sentimos todos en alguna medida, no sólo los Dearlove del mundo- procedía también de los viejos tiempos de la fe firme, cuando una vida entera de virtudes y de hacer el bien y de cumplir preceptos podía irse al traste por un solo pecado grave cometido a última hora –mortal se llamaba, no se andaba con rodeos el recordatorio-, sin margen para el arrepentimiento ni para ser perdonado, el propósito de enmienda ya apenas creíble por el escaso tiempo restante de quien se lo hiciera, los ancianos debían de recorrer en ascuas sus trechos finales, procurando no caer en tentaciones

intempestivas, o lo que es lo mismo, tratando de evitarse cualquier error o borrón narrativo que los marcara en el desenlace y los condenara en el juicio. Parecía un sistema injusto; no sé si divino pero desde luego poco humano, dependiente en exceso de la sucesión o el orden de las palabras, obras, omisiones y pensamientos, no pude dejar de acordarme de una de las razones que mi padre me había dado para no haber intentado nada contra su delator Del Real, ningún ajuste de cuentas o resarcimiento tardío, cuando por fin le habría sido posible buscarlos tras la muerte del tirano, el ahora remoto Franco al que el traidor prestó un servicio temprano que le fue correspondido con prebendas universitarias y con la protección asegurada de sus leyes bárbaras, en lo referente a ese servicio, durante treinta y seis años y medio. Treinta y seis años inmune, de 1939 a 1975 y de aquel mayo a este noviembre: unos cuantos más de los que tuvo Marlowe, el doble de los vividos por mi tío Alfonso... ‘Le habría dado una especie de justificación a, un falso asidero, un motivo anacrónico para su acción’, había dicho mi padre al preguntarle yo por su amigo. ‘Ten en cuenta que en el conjunto de una vida lo cronológico va perdiendo importancia, no se distingue tanto lo que vino antes de lo que vino luego, ni los actos de sus consecuencias, ni las decisiones de lo que desencadenan. Él habría podido pensar que al fin y al cabo yo le había hecho algo, qué más daba cuándo, y haberse ido a la tumba más conforme consigo mismo. Y no fue así, no ha sido así. Yo nunca lo perjudiqué, nunca le hice ni le había hecho nada, ni antes ni después ni desde luego entonces...’ (pp 136-143)

Sí, mi padre y Wheeler eran ya muy viejos y quizá ambos recorrían en ascuas sus penúltimos trechos, no por pavor religioso sino por aprensión biográfica; o quizá no tanto, y apenas si temían tiznarse. Mi padre parecía bastante conforme consigo mismo y sereno en su presente, con alguna amiga de supervivencia y con sus hijos y nietos que lo visitaban lo conducían a hablar del pasado personal o colectivo, y ese es el gran alivio (yo iba faltando últimamente, desde mi nueva marcha a Inglaterra y mi deliberado aturdimiento para no pensar mucho en el mío, que todavía no me resultaba alivio; él no me decía nada, pero cuando nos llamábamos o nos escribíamos –esto último para complacerlo: ‘No me gusta el buzón siempre vacío, o sólo con propaganda y demás porquerías’-, yo notaba que me echaba de menos, un poco acaso); no debía de prever cambios sensibles, ni ningún episodio maléfico que arruinara a la postre su historia ya trazada en esencia en tiempo mucho más difíciles que los actuales y ya contada a sí mismo, si no con orgullo sí desde luego sin repugnancia ni casi embellecimientos, eso suponía; y tampoco era probable que la estropease a ojos ajenos, ni siquiera a los exigentes ojos de un hijo, ni que defraudase mi confianza por tanto, a menos que hiciera yo un día algún mal descubrimiento, y dejara de ocultarse algo oculto. (Yo sí estaba en condiciones de defraudar la suya y la de cualquiera, inconvenientes de tener la vida tan sólo a medias; y sin duda habría ya defraudado unas cuantas, la de Luisa y la de mis hijos seguro.)

En lo que respecta a Wheeler, tal vez él sí tenía más riesgo, por ser un falso anciano y porque tras su venerable y amansado aspecto aún se escondían maquinaciones enérgicas, casi acrobáticas, y tras sus abstraídas divagaciones una mente observadora, analítica, anticipadora, interpretativa; y que cesar ??? juzgaba... [...] Wheeler no renunciaba a tramar, a encauzar, a manipular y a escenificar, y en ese sentido no sólo se exponía aún a tiznarse con el ascua o la brasa, sino a quemarse. No parecía temerlo, como tampoco mi padre, pero cada uno con su temeridad distinta o incluso opuesta: podía ser que Juan Deza se considerase ya pintado y en regla y listo, y Peter Wheeler sin remedio y garabateado en cambio, desde su mismo nombre sustituido y tachado, así lo veía yo con mi percepción imperfecta; habría sido aventurado, excesivo, injusto, decir que el primero se sentía a salvo y el segundo condenado, aunque fuera en el plano narrativo

sólo, y no en el moral en modo alguno. No sé, tal vez Wheeler sabía aplicarse a sí mismo su convencimiento de que los individuos llevan sus probabilidades en el interior de sus venas, y de que sólo es cuestión de tiempo, de tentaciones y circunstancias que por fin las conduzcan a su cumplimiento; y conocía bien las suyas, puede que de antemano pero ya también por experiencia; y sabía que él había dispuesto de las tres cosas en abundancia, sobre todo de tiempo: para ser persuasivo y encerrar más peligro y volverse más ruín que sus enemigos, y desarrollar una capacidad de fabulación superior o más mortífera que la de ellos; para aprovecharse de la mayoría de la gente, que es tonta y frívola y crédula y en la que es fácil prender un fósforo que dé lugar a un incendio, y que éste a su vez se propague como la peor de las epidemias; para hacer caer a otros en la odiosa y destructiva desgracia de la que jamás se sale, y así convertir a esos sentenciados en bajas, en no-personas, en talados árboles de los que rebañar leña podrida; tiempo para esparcir brotes de cólera, y de malaria, y peste, y poner muchas veces en marcha el proceso de la negación de todo, de quién eres y de quién has sido, de lo que haces y lo que has hecho, de lo que pretendes y pretendiste, de tus motivos y tus intenciones, de tus profesiones de fe, tus ideas, tus mayores lealtades, tus causas... Le constaba que todo podía ser deformado, torcido, anulado, borrado. Y tenía conciencia de que al final de cualquier vida más o menos larga, por monótona que hubiera sido, y anodina, y gris, y sin vuelcos, siempre habría demasiados recuerdos y demasiadas contradicciones, demasiadas renunciaciones y omisiones y cambios, mucha marcha atrás, mucho arriar, mucho arriar banderas, y también demasiadas deslealtades, o quizá eran todas trapos blancos, rendiciones. ‘Y no es fácil ordenar todo eso’, había dicho, ‘ni siquiera para contárselo a uno mismo. Demasiada acumulación... Mi memoria está tan llena que a veces no lo soporto. Quisiera perderla más, quisiera vaciarla un poco. O no, eso no es cierto... Lo que quisiera es que no se hubiera llenado tanto.’ Y después había añadido lo que yo bien recordaba (desde entonces me volvía como un eco de tarde en tarde, o no tan tarde): ‘La vida no es contable, y resulta extraordinario tanto empeño relatarla... A veces pienso que más valdría abandonar la costumbre y dejar que las cosas sólo pasen. Y luego ya se estén quietas’.

Sí, tal vez Wheeler se habría abstenido de tomar la palabra en el famoso último día: habría desdeñado exponer su caso, y abrumar al cansado juez con sus razones argumentadas y la enumeración de sus hechos notables o con su completa historia desde el nacimiento, y solicitar o esperar justicia o la ultrajante misericordia, de haber él vivido y muerto en los tiempos en que ese día aún tenía vigencia para la mayoría de los humanos. [...] Puede que Wheeler hubiera guardado silencio y así le hubiera ahorrado a ese juez un trago o dos, media cachimba, dejándole la tarea en cambio de la ordenación y el recuento, al fin y al cabo lo había visto ya todo y lo había oído, a él no hacía falta contarle con inevitables vergüenza y esfuerzo, sería tirar el tiempo aunque allí ya no lo hubiera o sólo ese tiempo absurdo que sí tendría comienzo pero carecería de término. Y de haber sido interrogado, o si el juez lo hubiera instado a defenderse o a alegar algo –‘¿Qué tienes que decir a esto, Peter Rylands y Peter Wheeler, de Christchurch en la Nueva Zelanda?’, ni siquiera habría respondido ‘Nada’, sino que habría sostenido el silencio, rehuendo la *careless talk* hasta el último instante, también esa y aun en medio de tanta, porque aquel sería el día supremo de la charla indiscreta y la conversación imprudente, de la locuacidad y la verborrea y las cantadas de plano, el instituido para los reproches y las justificaciones máximas, las acusaciones y los descargos, las excusas, las apelaciones, los mentís furiosos y los testimonios sesgados, para algún perjurio iluso y los múltiples chivatazos (‘Oh no, yo no quería, yo fui ajeno’, ‘A mí que me registren’, ‘Yo no he sido’, ‘A mí me obligaron con amenazas’, ‘A mí me pusieron una pistola en la sien, tuve que hacerlo’, ‘La culpa fue de él, fue de ella, fue de ellos, fue de todos excepto mía’); el día más indicado para quitarse de encima los infinitos muertos y echárselos a los

otros siempre. Sí, quizá Wheeler habría renunciado a participar en ese guirigay del mundo, y a jugar ninguna baza en la descompensada partida: ‘Calla, calla y no digas nada, ni siquiera para salvarte. Guarda la lengua, escóndela, trágala aunque te ahogue, como si te la hubiera comido el gato. Calla, y entonces sálvate’. (pp 144-148)

... ‘Mi vida normal’: no acababa de hacerme a la idea de que ya no lo era, había sido expulsado de ella o mi tumba estaba allí bien hundida, cavada hasta lo más hondo; aún conservaba la sensación engañosa de que aquel otro país era un paréntesis, de que aquella segunda estancia inglesa era vida no vivida del todo, esa que no cuenta mucho y de la que apenas si se responde, o sólo al celebrarse el gran baile cada vez más inverosímil –seguramente hoy abolido, cancelado hasta nuevo aviso o más bien nueva creencia-, del tiempo que ya no es tiempo o está helado y sin transcurso. (‘Cuán largo me lo fiais’, parafraseando a Don Juan en el verso de un contemporáneo de Marlowe; ahora se dice menos pero todavía es posible oírlo, cuando el tiempo no es temible y parece que no llegará lo anunciado, de tan lejos.) Quizá aquel periodo mío resultara provisional a la postre, pero nada es nunca provisional ni es periodo mientras no concluye y se cierra, y mientras eso no ocurre el paréntesis se convierte en la frase principal, dominante, y al leer uno se olvida hasta de que se abrió su signo. (pp 158-159)

... Hubo un breve silencio durante el cual temí que me colgara sin más o me sugiriera buscar mi juicio en paradero desconocido, pero lo que vino luego fue una carcajada amigable, conocía bien esa risa, la divertida, la bienhumorada, la inevitable en ella cuando algo le hacía verdadera gracia. En ese momento vi con claridad su cara, y qué simpática era esa cara (la vi con los ojos de la mente, allí en Londres, o bien con los de la memoria, a través de mi ventana).

[...]

... Ya no tenía la menor idea de cómo me consideraba ahora, si sentía por mí mero afecto apaciguado o aún le cabían borrascas, de qué lugar me adjudicaba, si seguía esperando a que se disipara mi olor del todo y me convirtiera en fantasma (en uno bien avenido, o de los que no se malquistan ni abusan y conceden espaciarse sus rondas) o si ya estaba completo el proceso y mis sábanas rasgadas para hacer tiras y paños. En realidad casi nunca sabemos nada de lo que nos atañe directamente, por mucho que interpretemos y conjeturemos y yo lo hacía sin pausa, quizá estaba malgastando mis días en el edificio sin nombre, creía contribuir allí en algo y sin querer estafaba: quizá trabajaba en vacuo. [...] ,, había vivido bastantes años con Luisa y en mis hijos disponía de más datos complementarios, ella se prolongaba en ellos y los hijos son transparentes mientras aún son los niños nuestros, después se acorazan o huyen o se envuelven en sus nieblas...

No pude evitar unirme a su risa, ni lo quise, sino al contrario: la había echado de menos y aproveché la ocasión, ella me la había retirado hacía mucho, pero antiguamente nos la contagiábamos, o ni siquiera eso, solía brotarnos casi al tiempo, la suya conmigo pertenecía a las que no se fuerzan ni van precedidas de una decisión ni un cálculo, también la mía con ella, aunque esta vez fui con retraso, estaba desacostumbrado y no había sabido ver de antemano, por mi cuenta, el lado cómico de mi consulta, supongo que andaba demasiado mentido en mí mismo, en particular aquellos días que siguieron a la noche del miedo nuevo y la no tan nueva desconfianza; pero a ella le había hecho gracia inmediata o casi, tras unos segundos de estupefacción, de no dar crédito a mi llamada para hacer esa pregunta...

‘Serás boba’, le dije, ‘mira que eres boba’, y mientras lo decía reímos juntos...

‘Ah, pues ya me dirás a qué viene esa pregunta tan natural, tan normal. Bueno, a mí me la hacen mis colegas a diario.’ Y aún seguía o seguíamos riendo con gusto, nada como la leve tomadura de pelo mutuo, la que jamás ofende sino que da contento, para demostrarse el

afecto, quiero decir el preliminar cuando estábamos juntos y al cabo de tres frases o cuatro podíamos tocarnos, besarnos, o abrazarnos tumbados y muy despiertos. Pero ahora no habríamos querido, de habernos visto con los ojos físicos... (pp 159-162)

... Sí, todo es ridículo y subjetivo y parcial hasta extremos insoportables, porque todo encierra su contrario, se depende excesivamente del momento y el lugar y la virulencia y la dosis, según cuáles sean éstas hay enfermedad o hay vacuna, o hay muerte o embellecimiento, al igual que todo amor lleva en su seno su hartazgo y su saciedad todo deseo y su empacho todo anhelo, y así las mismas personas en las mismas posición y sitio se aman y no se aguantan en diferentes periodos, hoy, mañana; y lo que en ellas era afianzada costumbre se vuelve paulatinamente o de pronto –tanto da, eso es lo de menos- inaceptable e impropio, y el tacto o roce tan descontado entre ambas se convierte en osadía u ofensa, lo que gustaba y hacía gracia del otro se detesta y estomaga ahora y se maldice y revienta, y las palabras ayer ansiadas envenenarían hoy el aire y provocarían náuseas y no quieren más oírse bajo ningún concepto, y las dichas un millar de veces se intenta que ya no cuenten... (p 184)

IV. Sueño.

‘... Como si envejecer fuera un defecto, o una lacra consentida, una negligencia. Como si se pudiera elegir, y uno fuera culpable de su envejecimiento. O bien pobre, claro, sin medios para disimularlo. Parecer viejo acabará denotando eso, que uno es un paria, ya lo verás. Será otra separación, otra diferencia, por si no hubiera bastantes. Será como si anduviera uno con las ropas raídas. Ojalá no lleguemos a ver eso.’ (pp 191-192)

... pero puede que una de ellas sea amante suya (*del bailarín*) y no tenga nada de raro que se reúnan para bailar a trío, o incluso que ninguna lo sea, y en cambio si ambas lo fueran sí sería algo extraño, supongo, pese a la artificial lenidad de estos tiempos en los que según muchas personas nada tiene nunca demasiada importancia, ni siquiera las acciones violentas, que se perdonan tan fácilmente o ante las que jamás faltan imbéciles con moral imbecil –o es frailuna-, dispuestos a indagar con infinita paciencia en sus nada misteriosas causas y que en todo caso las comprenden, como si estuvieran por encima de ellas (en la punta de la lengua les baila, los tienta permanentemente la vieja frase de los curas, por laicos que se pretendan: “Pero, ¿por qué eres así, hijo mío?”), hasta que los baja de la atalaya alguien que les da de hostias a ellos y entonces ya no comprenden, yo mismo, yo podría ser violento en algunas circunstancias aparte de por defenderme, pero sé que por causas ruines y siempre sin ningún misterio, por frustración o por envidia o revancha o por el trastorno del mezquino miedo, así que es preferible evitarlas, sin más, las circunstancias: yo no podría reunirme con un novio o amante de Luisa para una impensable actividad de los tres juntos, no de momento, quién sabe si dentro de varios años, cuando ya ni un centímetro de piel me escociera y si él además fuera un gran tipo, lo cual dudo; ni ella tampoco, yo creo, con una novia o amante mía que alguna vez existirá sin remedio, y eso que ella y yo no somos eso ni actualmente somos nada, qué seremos o ya vamos siendo, quizá tan sólo pasado, el uno del otro un pasado tan extenso y duradero que nos pareció no ir nunca a serlo... (pp 195-196)

‘Esa preocupación de Luisa tal vez signifique’, pensé, ‘que no ha salido mucho últimamente ni ha recibido visitas estimulantes; que no está entretenida, y eso a su vez –puede ser-, que no me ha sustituido aún del todo, de lo contrario contaría con alguna distracción o pequeña ilusión más o menos cotidiana, aunque sólo consistiese en un rato de conversación telefónica con alguien concreto al término de la jornada, si verse no les fuera fácil por cualquier motivo, qué sé yo, la mujer o los niños de él, los niños nuestros. Ya me doy cuenta de que esta es una

deducción sin base, infundada. Pero tal vez sí signifique, eso al menos, que aún nadie ha entrado en su vida hasta el punto de introducirse también en la casa, quiero decir no a diario o no con la suficiente frecuencia como para que ella ya lo espere, o para que no se sorprenda si él se presenta sin más aviso que llamar desde abajo y decir “Luisa, soy yo, estoy aquí, ábreme”, como si “yo” fuera un inequívoco nombre, y para que además ella se alegre si él decide aparecer así, al llegar la noche o al caer la tarde. No, no debe de haber entrado todavía el hombre adulator, sibilino, aplicado y aun esforzado al principio, el que quiere ayudar con la cena y bajar la basura y acostar a los niños para tornarse –cómo decir- doméstico, y así irse instalando y quedarse, limitándose a ocupar un hueco y procurando no alterar nada de lo que allí ha encontrado dispuesto. Ni el irresponsable y festivo, el inquieto al que en cambio aterra pasar y abandonar el rellano, adentrarse y conocer a mis hijos y aun verlos atravesar fugazmente en pijama desde el quicio de la puerta en el que se apoya mientras espera a que Luisa acabe con sus instrucciones a la canguro y salga de una vez para la farra, el que más bien aspira a sacarla de allí poco a poco, noche a noche a desgajarla o por la costumbre a arrancarla, para que así pueda seguirlo a él sin ataduras y en todo, y a todas partes. Ni ha entrado tampoco el apasionado falso, el oculto tirano débil que irá más bien a separarla de todo lo externo con sus dramatizaciones y sus malas artes, a encerrarla y a confinarla a él, sólo a él como final horizonte, el que juega a la baja para poseer y dominar luego a la alta, el que se justifica siempre en su sentimiento tan fuerte o en su sufrimiento intenso y en eso es como casi todo el mundo, creen tantas personas que sentir muy vivamente y no digamos padecer, y atormentarse, las hace ya buenas y merecedoras y les otorga derechos, y que han de ser compensadas por ello incesantemente, hasta que por quienes no inspiraron su sentimiento ni causaron su sufrimiento ni tuvieron que ver ni en uno ni en otro, para esas personas la tierra entera les está siempre en deuda, y nunca se paran a pensar que el sentimiento se elige o que en él se consiente, eso como mínimo, y que casi nunca viene impuesto, o el destino no se mezcla; nada que uno es tan responsable de él como lo es de sus enamoramientos, en contra de la general creencia que declara y repite la vieja falacia a través de los siglos incansablemente: “Es más fuerte que yo, no está en mi mano evitarlo”; y que exclamar “Es que yo te quiero tanto” como explicación de los actos, como coartada o disculpa, debería ser contestado sin falta con la frase que pocos se atreven a soltar aunque sea la justa cuando el querer no es correspondido y quizá también cuando lo es, “Y a mí qué me cuentas, eso es sólo asunto tuyo”. Y que además a veces –sí, eso es cierto- hasta la desdicha se inventa. No, nadie está obligado a ocuparse del amor que otro le tiene ni aún menos de su abatimiento o despecho, y sin embargo reclamamos atención, comprensión, piedad y aun impunidad por algo que sólo incumbe al que lo experimenta, “Hay que entenderlo”, decimos, “lo está pasando muy mal y por eso maltrata a todos”; o también “Le han hecho daño, está en guerra con la vida porque está destrozado, y en verdad él no podía vivir sin ella”, como si no querer a alguien o dejar de hacerlo fuera algo contra ese alguien, contra el que sí quiere o continúa haciéndolo, una maquinación o una represalia, una decisión para perjudicarlo, cuando justamente jamás es eso. Así que yo no puedo quejarme, y aún menos debo: cuando Luisa me quiso a su lado me beneficié de una gracia que se me renovaba a diario, lo mismo que yo le renovaba a ella otra de valor parecido; y si una mañana no me fue más confirmada, no era cuestión de echarlo en cara ni de verlo como hostilidad voluntaria ni como malquerencia, nada de eso estaba en el ánimo, era espíritu de rendición más bien, y una gran pesadumbre. Ni tampoco de apelar a esas despreciables figuras contemporáneas con las que las entrometidas leyes amparan a los millones de aprovechados que hoy recorren y pueblan todos los senderos y campos: los derechos adquiridos, el tiempo empleado, los acariciados proyectos, la fuerza de la instalación o costumbre, el nivel de vida alcanzado, el futuro con que contábamos y el amor invertido, todo se hace mensurable. Y desde luego los hijos habidos y los contratos firmados. O los no firmados, sino sólo verbales. O los ni siquiera verbales, sino sólo

implícitos, los abusivos contratos implícitos que según nuestro pusilánime mundo prepara y redacta a nuestras espaldas el mero paso del tiempo y además los rubrica por su cuenta y arbitrio, como si el tiempo pudiera ser nunca acumulativo y no empezara a contar desde cero con cada amanecer, y aun a cada instante...’

De repente me sentí ligero, quizá por primera vez desde que dos noches antes me había levantado de la mesa de Manoia y Tupra en la discoteca para cumplir la encomienda de éste... (pp 198-201)

... Es la suerte de los ufanos, jamás se sienten responsables ni padecen mala conciencia porque son del todo inconsciente e irresponsables, los desconcierta y no se explican cualquier castigo o desaire aunque se los hayan buscado con inquebrantable ahínco, ellos nunca están en falta, y a menudo convencen a los demás, como por contagio, de ese convencimiento espontáneo suyo y acaban así librándose. No estaba seguro de que fuera a pasar eso esta vez. Pensé que a Tupra le sentaría mal aquel tono exigente, a De la Garza se le había ofrecido una raya, ni siquiera directamente sino por persona interpuesta (por compatriota y por casi intérprete), y en su feliz mentalidad de fatuo eso era suficiente para permitirse reclamarla siete minutos después, o diez o doce, era como pedir cuentas respecto de un favor o un regalo. (pp 223-224)

... pobre De la Garza, hacía nada yo había pensado ‘Es que le daría de tortas y no acabaría’, lo había pensado en la pista y también luego, con lo de los cordones, y acaso alguna otra vez antes; pero eso era un decir, una forma de hablar figurada, en realidad es muy rara la vez que uno quiere decir literalmente lo que está diciendo y aun lo que está pensando (se es un pensamiento lo bastante formulado), casi todas nuestra frases son de hecho metafóricas en sí mismas, el lenguaje sólo es aproximación, tentativa, rodeo, hasta el que usan los más brutos los más iletrados, o puede que el más metafórico justamente sea el de ellos, quizá sólo se salven el técnico y el científico, y aun así no siempre (los geólogos son muy coloristas, por ejemplo). Ahora yo veía cómo le daban de golpes –no de tortas... (p 249)

Recuerdo que mi padre había hecho una pausa entonces, o que era pausa lo supe luego. Se había quedado callado, yo me pregunté si se habría olvidado de lo que quería hablarme o decirme, no lo creía, él también solía retomar el hilo, o bastaba que yo tirara de él un poco par que regresara al tejido. Se quedó mirando al frente en el cual no veía nada, sus ojos azules y limpios se dirigían hacia aquella época, y ésta sí la discernían con nitidez sin duda, como si tuvieran la capacidad de observarla con unos prismáticos sobrenaturales, era una mirada semejante a la que le había visto a Wheeler en ocasiones, o en concreto cuando subí el primer tramo de su escalera para señalarles a él y a la señora Berry dónde había encontrado la mancha de sangre nocturna que me había afanado en lavar y para la que ni él ni ella tuvieron explicación alguna. Era esa mirada que a menudo se les pone a los viejos aunque estén acompañados y hablando animadamente, son ojos mates de dilatado iris que alcanzan muy lejos en dirección al pasado, como si en verdad vieran sus dueños físicamente con ellos, quiero decir ver los recuerdos. No es una mirada ausente ni ida, sino intensa y concentrada, sólo que en algo a muy larga distancia. También la había advertido en los ojos de dos colores del hermano que conservó el apellido, Toby Rylands. Quiero decir cada ojo de uno distinto, uno de color aceite y el otro de ceniza pálida. Uno agudo y casi cruel, de águila o gato, y el otro e perro o caballo, meditativo y recto. Pero cuando miraban así se igualaban, por encima de los colores. (pp 252-253)

‘A mí me tocó ver lo de aquí, lo de Madrid’, continuó mi padre, ‘y aún oí más de lo que vi, mucho más. No sé qué es peor, si escuchar el relato o presenciar el hecho. Quizá lo segundo

resulta más insoportable y espanta más en el instante, pero también es más fácil borrarlo, o enturbiarlo y engañarse luego al respecto, convencerse de que no se vio lo que sí llegó a verse. Pensar que uno anticipó con la vista lo que temió que ocurriera y que al final no sucedió. El relato es en cambio cosa cerrada e inconfundible, y si es escrito puede volverse a él y comprobarse; y si es oral pueden volver a contárselo a uno, y aunque así no sea: las palabras son más inequívocas que los actos, al menos los que uno oye, respecto a los que ve. A veces éstos sólo son vislumbrados, es como una ráfaga de visión, no dura nada, un fogonazo que además ciega los ojos, y eso es posible manipularlo después con la memoria, adecentarlo, que en cambio no nos permite demasiada tergiversación de lo oído, de lo relatado. Claro que relato es mucho decir, y mucho llamarlo, para lo que por ejemplo me alcanzó una mañana en el tranvía, un par de frases dichas al desgaire, a las pocas semanas de estallar la Guerra, las de más furia asesina y un descontrol absoluto, mucha gente cedió e iba llena de ira, y si tenía armas hacía lo que quería, y aprovechaba el pretexto político para ajustar cuentas personales y tomar venganzas exageradas. Bueno, ya sabes. Lo mismo en las dos zonas: en la nuestra se le puso algo de coto a eso más tarde, aunque no el suficiente; en la otra, apenas ninguno durante los tres años, ni tampoco luego, con el enemigo ya vencido. Pero tanto me impresionó aquella violencia que me fue referida –en principio no a mí sino a cualquiera que estuviera a tiro, eso es lo tremendo–, que de lo que me acuerdo perfectamente es de por dónde pasaba el tranvía en aquel momento, en el momento en que llegó a mis oídos. Torcíamos desde Alcalá para entrar en Velásquez, y una mujer que iba sentada en la fila de delante señaló con el dedo hacia una casa, un piso alto, y le dijo a la otra con la que viajaba: “Mira, ahí vivían unos ricos que nos los llevamos a todos y les dimos el paseo. Y a un crío pequeño que tenían, lo saqué de la cuna, lo agarré por pies, di unas cuantas vueltas y lo estampé allí mismo contra la pared. Ni uno dejamos, a la mierda la familia entera”. Era una mujer con aspecto algo bruto, pero no más que el de tantas otras mil veces vistas en el mercado, en la iglesia o en un salón, pobres o adineradas, mal o bien vestidas, sucias o limpias, en todos los ambientes y clases se dan bestiajas, yo las he visto igual de bestias comulgando en misa de doce en San Fermín de los Navarros, con abrigo de pieles y joyas caras. Aquella mujer comentó su salvajada con el mismo tono en que podía haber dicho: “Mira, ahí serví una temporada, pero a los pocos meses me largué sin aviso porque eran inaguantables. Los dejé plantados, con un palmo de narices”. Con toda naturalidad. Sin darle importancia. Con la absoluta sensación de impunidad que hubo en aquellos días, le traía sin cuidado quién la oyera. Con orgullo incluso. Con jactancia al menos. Por supuesto con enorme desprecio hacia sus víctimas. Y esperar una nota de remordimiento habría sido del todo iluso, claro, de eso no había ni asomo. Me quedé helado y asqueado y me bajé en cuanto pude, para no seguir viéndola ni correr el riesgo de oírle contar más hazañas, una o dos paradas antes de la que me convenía. No dije nada, en aquellos días era imposible si quería uno salvar el cuello, a uno podían detenerlo por cualquier cosa y darle el paseo, aunque fuera republicano; o como a tu tío Alfonso, que no era nada, un muchacho, y a la chica que iba con él cuando lo cogieron, que todavía era menos nada. La miré de reojo antes de bajarme, una mujer común, de facciones bastas pero no feas, joven, aunque no tanto como para suponerle la frecuente inconsciencia de los pocos años, tal vez tenía hijos o los tuvo luego. Si sobrevivió a la Guerra y no fue represaliada (y no lo sería por eso que yo oí que hizo, seguro; si acaso, si se significó en otras cosas más rastreables y reconstruibles al término de la Guerra o si alguien bien situado entonces le tuvo ojeriza y la denunció sin más, o intuitivamente; porque todo lo atroz primero se quedó en el limbo), lo más probable es que haya llevado una existencia normal y que no le haya dedicado mucho pensamiento a aquello. Será una señora como tantas otras, quizá risueña, cordial, simpática, con nietos por los que se desvivirá, y hasta es posible que haya sido una fervorosa franquista durante toda la dictadura, y que nada de eso le haya creado el menor conflicto. Mucha gente con barbaridades y crímenes inhumanos a sus espaldas ha vivido así largos años, tranquilamente; aquí, y en

Alemania, en Italia, en Francia, ya sabes que de pronto nadie había sido nazi, ni fascista, ni colaboracionista, y cada uno que lo había sido se convencía a conciencia de no haberlo sido, y además se lo explicaba: “Ah no, lo mío fue diferente”, suele ser la frase clave. O bien: “Fue la época, quien no la haya vivido no puede entenderlo”. Casi nunca es difícil salvarse ante la propia conciencia si es eso lo que uno quiere a toda costa, o lo que necesita, y aún menos si esa conciencia es compartida, si es parte de una mayor, colectiva o incluso masiva, lo cual facilita decirse: “No fui único, no fui un monstruo, no fui distinto, no me destaque; porque había que sobrevivir y casi todos hicieron lo mismo, o lo habrían hecho de haber ya nacido”. Y a los que son religiosos, precisamente, puede serles más fácil que a nadie, no digamos a los católicos, ahí están los curas para limpiarlos en su territorio sublime, en el más íntimo, y los de aquí, no te quepa duda, estuvieron más dispuestos que nunca a absolver, a relativizar y justificar cualquier canallada o ensañamiento de sus protectores y camaradas, ten en cuenta que ellos también fueron beligerantes, y los alentaron. Y en fin, todo eso ayuda, pero ni siquiera hace falta. Las personas tienen una capacidad increíble para olvidar voluntariamente lo por ellas infligido, para borrar su pasado sangriento no ya ante los otros –ahí la capacidad es infinita, ilimitada-, sino ante sí mismas. Para persuadirse de que las cosas fueron distintas de cómo fueron, de que ellas no hicieron lo que claro que hicieron, o de que no tuvo lugar lo que sí lo tuvo, y con su imprescindible concurso. La mayoría somos maestros en el arte de adornar nuestras biografías, o de suavizarlas, y en verdad asombra lo sencillo que resulta desterrar pensamientos y sepultar recuerdos, y ver lo pasado sórdido o criminal como un mero sueño de cuya intensa realidad nos zafamos a medida que avanza el día, es decir, a medida que nuestra vida sigue. Y yo sin embargo, al cabo de tantísimos años, cada vez que paso por la esquina de Alcalá con Velásquez o puedo evitar mirar hacia arriba, un cuarto piso, hacia aquella casa que la mujer señaló con el dedo una mañana de 1936 desde el tranvía, y acordarme de aquel niño pequeño muerto, aunque para mí no tengo rostro ni nombre y nunca haya sabido de él más que eso, un par de frases siniestras que el azar trajo a mi oído.’ (pp 253-256)

‘Sí, ya lo sé, quizá no debería contar nunca nada’, me contestó. ‘Quiero decir nada malo. Cuando empezasteis a nacer, vuestra madre y yo nos lo planteamos: ¿cómo íbamos a contaros lo que había pasado aquí mismo, donde vivíais, tan sólo quince, veinte años antes de que vinierais al mundo, o incluso más en el caso de tu hermana? Aquello no nos parecía contable a unos niños, menos aún explicable, esto no lo era ni para nosotros mismos, que habíamos asistido a ello desde el principio hasta el fin. Para nuestra capacidad de olvido no era mucho tiempo, y además todo permaneció en carne viva más de la cuenta, ya se encargaba el régimen de que así fuera. No se hizo limpieza mental, nunca, ni nada por aplacar los ánimos, su falta de generosidad fue constante y, como todo lo demás, totalitaria, porque se dio en todos los órdenes y en todos los ámbitos de la vida, hasta en lo intangible. Yo le dejé la decisión a ella, a vuestra madre, que estaba más que yo con vosotros; siempre fuisteis más suyos que míos, y por eso me a tanta lástima que haya acabado conociéndoos mucho menos que yo, durante menos años con edades solamente juveniles, cómo decir, más inacabados de lo que lo estáis ahora, aunque todavía lo estéis bastante y tú el que más, no es por nada. Y a vuestros hijos, que ni siquiera los viera. A mí me pareció siempre bien el criterio. Ella creía que no debíais sentir os nunca amenazados, preocupados personalmente, temerosos por vosotros mismos, porque os pasara algo terrible. Inseguros de vuestra cotidianidad y de vuestro paso. Debíais sentir os en conjunto protegidos y a salvo. Pero tampoco juzgaba prudente ni favorable que ignorarais lo que es el mundo, lo que puede llegar a ser o lo que ha sido. Pensaba que si sabíais poco a poco, sin truculencias ni detalles feos e innecesarios, y sin sentir os por ello directamente en peligro, estaríais prevenidos y mejor preparados y contaríais con más recursos. Y también dependía, claro, de lo que preguntarais. Siempre tuvo mucha aversión a

mentiros. Quiero decir cabalmente, a deciros que no era verdad lo que sí lo era. Podía atenuarla o disfrazarla un poco, la verdad, pero no negárosla. No sé yo ahora, hay esa tendencia a encerrar a los niños en una burbuja de felicidad entontecedora y sosiego falso, a no ponerlos en contacto ni siquiera con lo inquietante, y a evitar que conozcan el miedo y hasta que sepan de su existencia, creo que circulan por ahí, que hay quienes les dan a leer o les leen versiones censuradas, amañadas o edulcoradas de los cuentos clásicos de Grimm y de Perrault y Andersen, desprovistas de lo tenebroso y cruel, de lo amenazador y siniestro, a lo mejor hasta de los disgustos y los engaños. Una estupidez descomunal desde mi punto de vista. Padres ñoños. Educadores irresponsables. Yo eso lo consideraría un delito, por desamparo y por omisión de ayuda. Porque a los niños los protege mucho percibir el miedo ajeno, y así concebirlo con serenidad, desde su seguridad de fondo; experimentarlo vicariamente, a través de otros, sobre todo por personajes de ficción interpuestos, como un contagio de corta duración, y además sólo prestado, y no tanto como fingido. Imaginarse algo es empezar a resistirlo, y eso es también aplicable a lo ya sucedido: uno resiste mejor las desgracias si después logra imaginarlas, después de haberlas sufrido. Y claro, el recurso más común de la gente para eso es relatarlas. En fin. No es que yo crea que todo puede ni debe contarse, ni mucho menos. Pero tampoco es admisible falsear en exceso el mundo y lanzar a él idiotas y pánfilos a los que jamás se ha contrariado ni se ha permitido la menor zozobra. A lo largo de mi vida yo he procurado medir lo que podía contarse, antes de contar algo. A quién, cómo y cuándo. Hay que pararse a pensar en qué fase o momento de su vida está el que escucha, y tener presente que lo que uno le cuente lo sabrá ya para siempre. Lo incorporará a su conocimiento como yo incorporé aquella matanza concreta de la que me enteré en un tranvía, y eso que era una más de tantas. Pero no me he deshecho de ese conocimiento, ya ves, como tampoco me deshice nunca de otro relato de la Guerra que, por ejemplo, mira, no se me ocurrió contarle a vuestra madre entonces, aunque ella estuviera curada de espantos y el día que lo escuché yo volviera muy revuelto a casa. Pero para qué, pensé, para qué angustiaria con algo más, ahora que la Guerra ha terminado, ya se me pasará, ya lo olvidaré yo solo sin compartir ni trasladarle la carga. Y se me pasó poco a poco, porque casi todo se pasa. Pero no se me ha olvidado, eso era mucho esperar, cómo podía. El regalo me lo hizo un notorio escritor falangista que luego dejó de ser lo segundo, como casi todos, y en los últimos años de Franco, y no digamos después de su muerte, aún tuvo suficiente cuajo para dárselas de izquierdista veterano, qué te parece, y la gente se lo tragaba. Gente no ignorante, gente de prensa y de política. Así siempre fue celebrado, bajo los dos colores, con la superficialidad ética característica de España.’ (pp 257-260)

‘Mira que sois majaderos a veces’, dijo. Y luego ya volvió a singularizarme. ‘Bueno. No te voy a decir quién fue, su nombre. No puedo estar seguro de que si lo sabes tú vayas a callártelo, como he hecho yo siempre. Desde tu punto de vista no tendrías por qué. No te sentirías obligado, ni aunque yo te lo pidiera, y prefiero no arriesgarme, Jacobo. No es por consideración hacia él, porque lo único que le he tenido ha sido desprecio y rencor desde que le oí contar aquello. O bueno, más que eso: asco, y una tremenda aversión. Ansias de venganza supongo que no, más que nada por lo mucho que consumen las ansias de lo que no puede cumplirse, yo era un represaliado y él un vencedor con influencias, imagínate. [...]

‘¿Vive aún? ¿Viven aún?’, le pregunté.

‘No. Él murió hace unos años, y ella lo siguió no mucho después.’

‘¿Y entonces?’ Lo que quería decir era ‘¿A qué viene entonces mantener la consideración y el silencio?’, y mi padre lo entendió.

‘Andaban por ahí las hijas, eran dos niñas muy monas, muy graciosas, las vi una vez o dos [...] No, yo nunca les traería tal vergüenza a sus niñas. [...] Por lo demás, seguramente alguien acabará divulgándolo un día, al tratarse de un personaje público, y vete a saber, a lo mejor a

todo el mundo le trae sin cuidado entonces y no se ve como ignominia, ni como mancha siquiera, y sus apologistas lo pasan por alto como si fuera algo anecdótico: este país no es sólo superficial, es arbitrario y muy parcial, y cuando otorga a alguien bula rara vez se la retira. Pero no seré yo quien lo cuente, ni se sabrá por una imprudencia mía contigo, no será por descuido mío ni a través de mí... (pp 260-262)

... Eso te da una idea de cómo se vivió la violencia por parte de muchos; de cómo la gente más superficial y más simple –no necesariamente la más primitiva ni la más inculta– se habitúa a ella y entonces no le ve límite o no se lo pone; y te da una idea de cuánta había. Tanta y tan descontada, como para que pudieran airearla con toda tranquilidad, con chulería, quienes la ejercían más brutal y gratuitamente, con más insensatez y más odio de balde. Ya me dirás qué necesidad había de desparramarle los sesos a un niño e pecho; qué necesidad había de banderillar y picar a un condenado, y después mutilarlo. Pero también los hubo que no nos acostumbramos nunca, uno no se acostumbra a eso si no le pierde la perspectiva, si no entra en la holgazanería del “Qué más da, ya puestos...”, como le dijo aquel tipo al escritor cuando le preguntó por el rabo y la otra oreja. Si lo concreto no se le hace abstracto, que es lo que hoy les pasa a tantos, empezando por los terroristas y siguiendo por los gobernantes: ellos no se dan cuenta de la parte concreta de lo que ponen en marcha, ni por supuesto quieren dársela. No sé. La mayoría de la gente de estas sociedades nuestras ha visto demasiada violencia, ficticia o real, en las pantallas. Y se confunde, la toma por un mal menor, por no gran cosa. Pero es que ninguna es verdadera ahí, en la imagen plana, por terrible que sea lo que a uno lleguen a mostrarle. Ni siquiera la de las noticias. “Sí, qué horror, eso ha pasado en la realidad”, se piensa; “pero no es aquí, no es en mi cuarto.” Si fuera en nuestros salones, qué distinto sería: notarlo, respirarlo, olerlo, siempre hay olor, huele siempre. Qué estremecimiento y qué pánico. A la gente le sería insoportable, sentiría el miedo encima, el propio o el ajeno, el efecto y la conmoción son parecidos, y además nada se contagia tanto. La gente huiría, para ponerse a resguardo. Mira. Basta con que alguien le dé un empujón violento a otro en un bar, o en la calle, en el metro, con que dos automovilistas broncos se zarandeen o se enganchen, para que quienes se encuentren cerca tiemblen de la impresión y la incertidumbre, para que se tensen y se les dispare una alarma, a menudo incontrolable, tanto física como mental, a la mayoría le ocurre. No digamos si se produce un tumulto. Y si tú das un puñetazo con todas tus ganas, es probable que hagas bastante daño, pero también que se te quede la mano hecha cisco y se te inflame durante unos días. Con un solo puñetazo. No es broma.’ (‘Así es, pensé, pero no se lo dije para no preocuparlo; ‘a mí me sucedió una vez, luego casi ni podía moverla.’) ‘Quien ha vivido la violencia a diario durante una época de su vida no jugará nunca con ella, ni se la tomará a la ligera. La administrará, no ya con cuidado, con cautela extrema, sino con tacañería, con enorme avaricia. No se la permitirá, siempre que pueda ahorrársela, y eso casi siempre es posible. Aunque también la aguantará mejor, si vuelve.’ Volvió a abrir entonces los ojos claros, mi padre, y se los vi otra vez serenos, se le habían ido afligiendo con los recuerdos. ‘Excepto en la ficción, eso es distinto, aunque debería saberse mejor de lo que se suele. La exageración es divertida, incluso, la de las películas es como contemplar acrobacias, o fuegos de artificio, a mí hasta me da hilaridad, esos cuerpos despedidos, esos salpicones de sangre, se nota tanto que llevan muelles, y unas bolsas con líquido que las pinchan y estallan. Los muertos de verdad por la bala no saltan, sino que se desploman y se paran. Y esa violencia sí es inocua, o debería serlo si la perspicacia general de la gente no hubiera disminuido tanto. Para alguien tan antiguo como yo, es asombroso lo tonto que se ha vuelto el mundo. Inexplicable. Qué época de declive, no os podéis hacer idea. No ya intelectual, sino simplemente del discernimiento. En fin. Todo eso no es apenas distinto de las palizas del *Quijote*, o de las de aquellos Tom y Jerry que os gustaban de niños, uno sabe en el fondo que ahí nadie sale maltrecho de veras, que todos se

levantan después ilesos y se van a cenar juntos, amigablemente. Bah. Tampoco hay que ponerse puritano con eso, ni melindroso, como hacen esos mismos que reducen a azucarillos los cuentos clásicos. Y en cambio con la violencia real, con esa en cambio... Ni un desliz debería tenerse. Pero mira si han variado las cosas, y la actitudes: cuando se le declaró la Guerra a Hitler, y quizá no ha habido ocasión en que se hiciera más necesaria y justificable una guerra, el propio Churchill escribió al respecto que el mero hecho de haberse llegado a aquel punto y a aquel fracaso convertía a los responsables, por honrosos que fueran sus motivos, en culpables ante la Historia. Se estaba refiriendo al Gobierno de su país y al de Francia, entiendes, y por extensión a sí mismo, aunque él bien habría querido que esa culpa y ese fracaso los hubieran alcanzado antes, cuando la situación no les era tan adversa ni habría sido tan cruento y grave librar esa posible guerra. “En esta amarga historia de juicios erróneos efectuados por personas capaces y bienintencionadas...”, así dijo. Y ahora, ya ves, los mismos que se escandalizan por los batacazos de Tom y Jerry y de sus descendientes desatan guerras innecesarias, interesadas, sin ningún motivo honroso, evitando otros recursos si es que no torpedeándolos. Y a diferencia de Churchill, ni siquiera se avergüenzan de ellas. Ni siquiera las deploran. Ni por supuesto se disculpan, hoy no existe eso en el mundo... En nuestro país fueron ya los franquistas, los que crearon esa escuela. Jamás se ha disculpado ni uno, y también ellos desencadenaron una guerra innecesaria. La peor posible. Eso sí, con la colaboración inmediata de muchos de sus contrincantes... Qué exageración fue todo...’ Ahora noté que pensaba en voz alta, más que hablarme, y seguramente eran pensamientos que venía teniendo desde 1936 y quién sabía si a diario, de la misma o parecida manera en que no hay día o noche en que no se le representen a uno en algún instante la idea o la imagen de los muertos más próximos, por mucho que pase el tiempo desde que se despidió uno de ellos, o ellos de uno: ‘Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida’ ... (pp 279-282)

(*Después de la paliza a De la Garza*)...: de pronto me sentía extraordinariamente aliviado, porque aquello había terminado y De la Garza seguía vivo y yo lo había visto muerto. Muertísimo, separado, convertido en cabeza y tronco, en dos partes. El peligro mayor ya era pasado, eso parecía, aunque fuera muy reciente era pasado, es fantástico y también irritante cómo la cesación trae una especie de falsa anulación momentánea de lo ocurrido. ‘Puesto que ya no la está zurrando, es casi como si no hubiera zurrado’, pensamos en nuestra desmesurada adoración del presente, que va en loco y permanente aumento. ‘Puesto que ya no arde, es casi como si no hubiera ardido. Puesto que ya no bombardean, es casi como si no hubieran bombardeado. Sí, ahí están los muertos y los mutilados, y las casas quemadas y destruidas, pero eso ya está, ya ha sucedido, ya es antes y no hay quien lo cambie ni lo deshaga, y ahora al menos no están matando ni mutilando ni destruyendo, no mientras yo estoy aquí con mi quehacer, y respiro.’ Esos pensamientos pasan por nuestras cabezas cada vez que hay una de estas guerras actuales más o menos televisadas, y por las que siente tanto desprecio la gente antigua que estuvo en otras no frívolas, como mi padre o Wheeler: la del Golfo, la de Kosovo, la de Afganistán, la de Irak de los deshonorosos motivos y los intereses espúreos y la falta de necesidad absoluta salvo un engreimiento sin límites de sus impulsores. Mientras hay combates y las bombas vuelan sobre militares y civiles, se apodera de nosotros una angustia enorme, vemos las noticias a diario con el corazón encogido; esa fase suele ser breve hoy en día, a veces sólo unas semanas o pocos meses en todo caso, y no nos da tiempo a acostumbrarnos ni por lo tanto a insensibilizarnos suficientemente, a aceptar que así es cualquier guerra alevosa o recta y que también se pueda vivir con eso cotidianamente, sin darle tanta importancia ni desesperarse por los demás a cada instante, sobre todo por los desconocidos lejanos; ni siquiera por uno mismo y por sus conocidos cercanos, si a uno le llega su turno le ha llegado, eso es todo, una vez suelta la matanza. Si una bala lleva tu

nombre, como dijo Diderot antes que nadie, si no me equivoco. Hoy no nos da tiempo a instalarnos en el estado de guerra, que hace inconcebible el de paz y a la inversa, según había observado Wheeler ('La gente no es consciente de hasta qué punto lo uno niega lo otro', había dicho, 'lo suprime, lo repele, lo excluye de nuestra memoria y lo ahuyenta de nuestra imaginación y nuestro pensamiento'), y así el grado de excepcionalidad se mantiene muy alto por la propia y corta duración del horror visto en pantalla, de modo que cuando termina esa fase nos viene un extraño convencimiento de que todo ha concluido y hasta cierto punto se ha borrado. 'Al menos ya no está pasando', pensamos, y aun lo suspiramos; y ese 'al menos' implica una injusticia notable: lo ocurrido pierde gravedad y fuerza tan sólo porque *ya* no está ocurriendo, y entonces *casi* nos desentenderemos de los heridos y los muertos, que nos oprimían y afectaban tanto *mientras* se producían. Ahora ya son pasado, luego que alguien se ocupe, reconstruya, cure, entierre, adopte, preferiblemente los mismos que los han causado, que así aparecen también como reparadores, en el colmo del absurdo y la patraña. Es un síntoma más de la infantilización del mundo, lo que las madres decían a los niños para calmarlos era eso: 'Ya pasó, ya está, ya pasó', después de una pesadilla o un susto o algún mal trago, de pillarse los dedos o de cualquier daño, casi como si declararan: 'Lo que ya no es, no ha sido', aunque persistiera el dolor y luego se formara una costra picante o los dedos se amorataran e hincharan y a veces quedara una cicatriz para que el adulto la acariciara y se siguiera acordando de aquel daño y aquel día. (pp 288-289)

... no veía la necesidad de la tunda, y aún menos de la espada. ¿Y por qué no le había sujetado yo el brazo? (Cuando creí que iba a abatirla sobre la palpitante carne.) La respuesta a esto último me acudió en seguida, y además era muy sencilla: porque me podía haber cortado a mí el cuello, o haberme rajado en vertical un hombro hasta alcanzarme un pulmón. De un solo mandoble. ('*And in short, I was afraid.*' Y en resumen, tuve miedo.) ...

[...]

'... ¿Crees que puede matar, ese Raresby, o que jamás iría de veras? [...]

'Sí, ya lo creo que puede', habría dicho. 'Todo el mundo puede, pero unos más y la mayoría menos, y en esta cuestión eso es menos infinitamente: infinitamente menos.' Y habría añadido, para mis adentros: 'Puede Comendador, lo sé desde siempre, puede Wheeler y puedo yo, lo sé ese mucho más tarde; no puede Luisa, y Pérez Nuix lo ignoro, se me escapa, y sí puede Manóia y Rendel [...] No pueden mi padre ni mi hermana ni mis hermanos, ni habría podido mi madre, tampoco [...] No podrá mi hijo y tal vez sí la niña, dentro de lo que cabe prever, que aún es muy poco. Sin duda puede Incompara, aunque yo haya venido a sostener lo contrario'. Y todavía habría pensado: 'Si bien lo miro, lo sí de casi todas las personas que he conocido, o me acerco a ello, y también creo saber quiénes vendrían a matarme a mí, a darme el paseo, como fueron por Emilio Marés y por tantos otros: si pudieran, si estallara otra Guerra Civil en España, si encontraran la confusión y el pretexto, y el disfraz para su crimen. Mejor es estar en Inglaterra'. [...]

'Con él hay que llevar mucho cuidado, entonces', habría dicho Tupra de Reresby. 'Él sí encierra peligro, y por supuesto hay que temerlo.'

Esta era casi la conclusión del vago informe que sobre mí había leído en el viejo fichero el edificio sin nombre, quién sabía por quién redactado, por alguien que había aludido a personas concretas, sin que yo supiera cuáles (o bien era a arquetipos), y con un destinatario: 'Puede que le importe gran cosa lo que le suceda a nadie...', rezaba aquel texto en inglés que se me había dedicado. 'Las cosas ocurren y él toma nota, sin sentirse atañido las más de las veces, menos aún involucrado. Quizá por eso percibe tantas. Tantas no se le escapan, que casi da miedo imaginar lo que sabe, cuánto ve y cuánto sabe. De mí, de ti, de ella. Sabe más de nosotros que nosotros mismos...' Y más adelante añadía: 'No hace uso de su saber, es muy raro. Pero lo tiene, y si un día sí hiciera uso, habría que temerlo entonces. Yo creo que no

perdona'. Y terminaba, insistiendo un poco en este punto: 'Sabe que no se comprende y que no va a hacerlo. Y así, no se dedica a intentarlo. Creo que no encierra peligro. Pero sí hay que temerlo'.... (pp 297-300)

... (Sí, uno puede estar convencido, pero no saber de cierto.)

Así que habría querido contestar 'No lo sé', las tres palabras que nunca interesaban ni casi eran aceptables en el edificio sin nombre, en el nuevo grupo heredero y degradado del viejo, eso lo fui comprobando cada vez más, que no caían en gracia sino en el desdén y el vacío. [...] El 'Quizá' estaba consentido –qué remedio–, pero causaba mala impresión, era escasamente apreciado y a la postre se pasaba por encima de él como si uno no hubiera aportado ni avanzado nada, producía el mismo efecto de un voto en blanco o una abstención, cómo decir: la actitud con que se recibía no tenía casi nunca un correlato verbal, pero equivalía a mascullar: 'Vaya, hombre, qué útil. Pasemos, pues, a otra cosa'; y a veces se fruncía el ceño o se torcía con fastidio el gesto. A aquellas alturas de mi atrevimiento inducido y de mi trabajada o desarrollada penetración, habría sido inverosímil que hubiera respondido así a la pregunta final sobre Reresby en su inacabable noche: 'Quizá. Es improbable. No es descartable. Quién sabe. No lo sé'. Así que me habría tocado arriesgar y, tras meditarlo un instante, por fin habría emitido mi dictamen o apuesta más sinceros, es decir, más creídos por mí de verdad o, como le gusta repetir a la gente, de corazón. (pp 304-305)

...: 'No has hecho más que empezar, sigue. Vamos, corre, date prisa, sigue pensando. Lo interesante y difícil es seguir: seguir pensando y seguir mirando cuando uno tiene la sensación de que ya no hay nada más que pensar ni nada más que mirar, que continuar es perder el tiempo. Lo importante está siempre ahí, en el tiempo perdido, allí donde uno diría que ya no puede haber nada. Así que dime qué más, qué más se te ocurre y qué más ofreces y qué más tienes, sigue pensando, corre, no te pares, vamos, sigue...'. Era lo que nos decía mi padre desde muy jóvenes, cuando discutíamos. (p 311)

... Y esa espada –le dije.

Tupra –ya no sería Reresby, aunque la noche no hubiera acabado– sacó un cigarrillo, lo alumbró con el encendedor el coche, se le iluminaron un momento las mejillas lisas y acervezadas, era como se estuviera recién afeitado. Esta vez no me ofreció uno de sus preciosos egipcios. Yo saqué uno de mis peloponesios para subrayarlo, no lo encendí al instante.

- Qué. Está en el maletero.

- Quiero decir a qué venía esa espada. Cómo es que la llevas. Ha sido una brutalidad, es una salvajada, he creído que le ibas a cortar de verdad la cabeza, casi me muero yo, estás loco, qué es esto, dónde estamos, eres un animal, y qué falta hacía...

Por fin me había salido en borbotón, me había lanzado, a pesar de que su respuesta ('Qué. Está en el maletero') había sido dicha en el mismo tono concluyente o conclusivo en que una vez me había contestado en su despacho ('Sí, lo he visto') al preguntarle yo si se había enterado del golpe de Estado contra Chávez en Venezuela (y había añadido: '¿Algo más, Jack?'). El mío no era aún de furia, pero si hubiera seguido con la retahíla inconexa ese tono habría ido en aumento, uno se calienta o se moja a sí mismo, las más de la veces lo hace uno con la mente solo, sobre todo si se produce una pausa, una condensación, una espera obligada entre los hechos y el estallido. Tupra no pareció sentirse afectado, no todavía –ni siquiera incomodado o levemente alterado–, por el arranque de mis exabruptos, y me cortó el torrente, iniciado apenas, con una frase serena y lateral de la que entendí sólo parte. No entender es lo que más frena, y querer entender urge más, y puede más que cualquier cosa. (pp 316-317)

... Es el miedo, Jack. El miedo. Una vez te dije que es la mayor fuerza que existe si uno logra acomodarse a él, instalarse, convivir con él con buen temple. Entonces puede sacarle un provecho y utilizarlo en su beneficio, y llevar a cabo proezas que ni en el sueño más fatuo, combatir con gran coraje, o resistirse, y hasta vencer a uno más fuerte. Las madres en primera línea con sus niños bien cerca, serían los mejores guerreros en las batallas, os lo tengo dicho. Por eso hay que ser cuidadoso con el miedo que uno mete, porque se le puede volver en contra. El que uno mete ha de ser tan terrible que no haya lugar a asentarlos, a incorporarlos, a adaptarse ni a consentirlos, que no pueda haber una estabilización ni una pausa para convivir con él, ni un segundo, para encajarlos y hacerle sitio, y así cejar un instante en el agotador esfuerzo por ahuyentarlos. Eso es lo que paraliza y desgasta, y consume toda energía, la incompreensión, la incredulidad, la negación, la lucha. Y si la lucha ya no es esa (que es baldía), entonces las fuerzas vuelven aumentadas. Nadie piensa que va a morir, ni en la situación más adversa, ni en la más negra de las circunstancias, ni ante la irrefutable inminencia. Así, el miedo que uno mete o infunde no debe ser conocido, ni casi ser imaginable. Si es un miedo convencional, previsible, o cómo decirlo, trillado, el que lo padece será capaz de entenderlo, de ganar tiempo y con él costumbre, y quizá después de acometerlo. No se le pasará, no va a perderlo, no es eso: ese miedo seguirá activo, acuciándolo y atormentándolo, pero podrá asumirlo parcialmente, podrá resituarse y discurrir algo; y se discurre a toda velocidad bajo su dominio, la imaginación se agudiza y aparecen soluciones, irrealizables o no, abocadas o no al fracaso, pero en todo caso se vislumbran, la mente se pone alerta y con ella todo el resto. Uno salta una tapia que parecía infranqueable en cualquier otro momento, o huye durante horas, corriendo cuando antes habría dicho que no contaba con fuelle ni para cazar a la carrera el autobús que se marcha. O empieza a hablar, a interesar, a contar y a argumentar, a entretener al que lo amenaza y ver si así lo disuade, cuando toda la vida uno ha sido negado para la elocuencia y no es capaz de lograr ni que el camarero de un bar lo atienda. La gente con miedo se transforma, si se le da tiempo a que prevalezca en ella no ya el mero instinto, sino el ingenio raudo de la supervivencia. (pp 126-127)

- ¿Y de qué se trataba esta vez, Bertram? [...] No se puede ir por ahí pegando a la gente, no se puede ir matándola. Y menos si me involucras a mí en ello.

Tupra volvió a invadir con sus rizos mi lado del coche, un momento, para mirar de nuevo por la ventanilla hacia donde yo había mirado de nuevo, quizá quiso comprobar que no se había dibujado de pronto ninguna figura en mi ventana encendida.

- Yo no hago eso –me dijo-. Y veo que entiendes de espadas. Sí, es una lansquenete o *Katzbalger*, auténtica –añadió con pedantería y un punto de orgullo-. Pero dime según tú: ¿por qué no se puede?

Me desconcertó aquella salida, hasta el extremo de no saber en el instante a qué se estaba refiriendo, pese a acabar yo de decir qué era lo que no se podía.

- ¿Por qué no se puede qué?

- Por qué no se puede ir por ahí pegando, matando. Es lo que has dicho.

- ¿Cómo que por qué? ¿Qué quieres decir, por qué?

Mi desconcierto iba en aumento, y para las cosas más obvias no se tiene contestación, a veces. Las damos por descontadas de tan obvias, supongo, y uno deja de pensar en ellas, más aún de cuestionárselas, y así pasan décadas literalmente sin que les dediquemos un pensamiento, ni el más mísero y distraído. Por qué no se puede ir por ahí matando, era esa tontería la que me preguntaba Tupra. Según yo. Y yo ahora no tenía respuesta para la tontería, o sólo tontas y pueriles, heredadas y nunca alcanzadas: porque no está bien, porque la moral lo condena, porque la ley lo prohíbe, porque no se debe hacer a nadie lo que no quiero que a mí me haga nadie, porque es un crimen, porque es pecado, porque es malo. Era seguro que él me estaba

preguntando más allá de todo eso. No me contestó en seguida. Vio que no sabía responderle, o no con prontitud al menos. [...]

[...] Y mientras llegamos, vete pensando algo más lo que has dicho. Para explicarme por qué no se puede.

Me había quedado callado, tras no encontrar respuesta a su pregunta tonta. O a lo mejor no era tan tonta y ninguna respuesta era fácil. No me pareció que pudiera negarme. Y además no tenía sentido, después de cuanto ya llevábamos recorrido, aquella noche. (pp 340-342)

Javier Marías, Tu rostro mañana.

3. Veneno y sombra y adiós.

Ed. Alfaguara. Madrid 2007

V. Veneno.

- Uno no lo desea, pero prefiere siempre que muera el que está a su lado, en una misión o en una batalla, en una escuadrilla aérea o bajo un bombardeo o en una trinchera cuando las había, en un asalto callejero o en el atraco a una tienda o en un secuestro de turistas, en un terremoto, una explosión, un atentado, un incendio, da lo mismo: el compañero, el hermano, el padre o incluso el hijo, aunque sea niño. Y también la amada, también la amada, antes que uno mismo. Todas estas ocasiones en las que alguien cubre con su cuerpo a otro, o se interpone en la trayectoria de una bala o de una puñalada, son excepciones extraordinarias y por eso se destacan, y la mayoría son ficticias, están en las novelas y en las películas. Las pocas que se dan en la vida son impulsos irreflexivos o dictados por un sentido del decoro aún muy fuerte y cada vez más raro, hay quienes no podrían soportar que su hijo o su amada se fueran al otro mundo con la idea última de que uno no impidió su muerte, no se sacrificó, no dio su vida por salvar la de ellos, como si se tuviera interiorizada una jerarquía de vivos que ya va quedándose anticuada pálida, los niños merecen más vivir que las mujeres y las mujeres más que los hombres, y éstos más que los ancianos, algo así, así era antes, y esa vieja caballerosidad pervive en algunas personas, cada vez en menos, en los de ese decoro tan absurdo si bien se mira, porque, ¿qué debería importar el pensamiento último, el despecho o la decepción fugaces de quien un instante después ya estará muerto, sin más capacidad de decepción ni despecho ni de pensamiento? Es verdad que aún hay unos pocos que tienen esa preocupación arraigada y a los que eso importa, y que por lo tanto actúan para el testigo a quien salvan, para quedar bien ante él o ella, y ser recordados con admiración y agradecimiento eternos; sin acordarse de veras en el decisivo momento, sin plena conciencia entonces, e que nunca disfrutarán esa admiración ni ese agradecimiento, porque serán ellos quienes un instante después ya se habrán muerto. (pp 13-14)

... y era seguro que antes o después volvería a preguntarme aquello, ‘¿Por qué no se puede? ¿Por qué no se puede ir pegando y matando, según has dicho?’. Y yo aún no tenía respuestas que con él valieran, debía seguir pensando en lo que nunca pensamos porque lo damos por universalmente acordado, es decir, por inmutable y consabido y cierto. Las que me rondaban la cabeza valían para la mayoría, tanto que cualquiera podía enunciarlas; pero no para Raresby... Tupra [...]

- También hay quien echa una mano, en esas situaciones –murmuré sin el menor énfasis-. Hay quien ayuda a subir a otro al bote o quien lo saca de entre las llamas, jugándose la propia vida. No todo el mundo sale despavorido, a ponerse a resguardo. No todos dejan atrás a los desconocidos.

[...] (pp 20-24)

- Oh sí. Sí, claro –murmuró Raresby como con pereza-. Siempre hay quien se mira actuar, quien se ve a sí mismo como en una representación continua. Quien cree que habrá testigos que relatarán su generosa o ruin muerte y que eso es lo que más importa. O que se los imaginan si no puede haberlos, el ojo de Dios, el escenario universal, lo que tú quieras, todo eso. Quien cree que el mundo depende de sus relatores y los hechos de que se cuenten, aunque sea muy improbable que nadie vaya a molestarse en contarlos, o en contar esos concretos, quiero decir los de cada uno. La inmensa mayoría de las cosas sólo ocurren y no hay ni hubo nunca registro de ellas, aquello de lo que nos llega noticia es una porción infinitesimal de lo acontecido. La mayoría de las vidas, y no digamos de las muertes, nacen ya olvidadas y no dejan el menor rastro, o se hacen desconocidas al cabo de un poco de tiempo, unos años, unos decenios, un siglo, eso es en realidad muy poco tiempo, tú lo sabes. Piensa en las batallas [...] ¿Qué significan hoy para nadie [...] Tú hablaste de esos individuos... No son muy distintos de Dick Dearlove, según la interpretación que de él hiciste. Padecen de horror narrativo, esa fue tu expresión si mal no recuerdo, o repugnancia. Temen que el final lo emborrone y lo condicione todo, un episodio tardío o último arrojando su sombra sobre cuanto vino antes, cubriéndolo y anulándolo: que no se diga así que no eché una mano, que no me arriesgué por los otros o me sacrificué por los míos, piensan sintiéndose bajo los focos, cuando nadie los enfoca ni va a hablar jamás de ellos, por su poca importancia. Serán vivos anónimos y serán muertos anónimos. Serán como si no hubieran sido... (pp 19-26)

... En eso consiste el complejo Kennedy-Mansfield, en el temor a quedar marcado para siempre por la forma de terminar, desvirtuado, y a que la vida entera parezca haber sido sólo un trámite, un pretexto, para llegar a un acabamiento chillón que nos retratará eternamente. Ese peligro, ojo, lo corremos todos, aunque no seamos personajes públicos sino individuos oscuros, anónimos y secundarios. Cada cual asiste a su relato, Jack. Tú al tuyo y yo al mío. (p 46)

- Tú no tienes en mucho a la gente, ¿verdad? –le dije-. Tú no tienes en mucho a la muerte. A la muerte de la gente.

[...]

- Ahora por fin vas llegando –me contestó, y eso me hizo pensar otra vez que me conducía. [...]. Ahora vas a volverme a hacer reproches, por qué he hecho lo que he hecho y todo eso. Eres de tu época, Jack, demasiado de tu época, y eso es lo peor que puede ser uno, porque se pasa mal si uno sufre por lo que sufren todos, no hay resquicio cuando todo el mundo está de acuerdo y ve lo mismo, y a importancia a las mismas cosas, y las mismas le parecen graves y las mismas insignificantes. En la unanimidad no hay claridad ni hay respiro, no hay ventilación, ni en el lugar común tan compartido. Uno tiene que salirse de eso para vivir mejor más cómodo. También más de verdad, sin la adherencia del tiempo en el que ha nacido y en el que va a morir, nada oprime tanto, nada nubla tanto como ese sello. Hoy se da enorme importancia a la muerte individual, se hace una falsa tragedia por cada persona que muere, más aún si es con violencia, más aún se es asesinada; aunque el pesar luego dure poco, y la condena: nadie viste ya de luto y eso es por algo, rápido el llanto pero más veloz el olvido. Hablo de nuestros países, claro, en otros sitios de la tierra no se ve así, qué remedio les queda, si en ellos tienen las muertes incorporadas al transcurrir del día. Pero aquí es cosa tremenda, en el instante al menos. Tal persona ha muerto, qué horrible desgracia; tantas se han estrellado o volado por los aires, qué catástrofe, o qué infamia. Los políticos tienen que multiplicarse para asistir a funerales y entierros y no hacer de menos a nadie, el agudo dolor, o es el soberbio, los reclama como ornamento, porque consuelo no dan ni pueden darlo, es todo aparatosidad, aspaviento, vanidad y rango. De los vivos, el rango, pomposos y exagerados. Y sin embargo, si bien se piensa, ¿qué derecho tendríamos, cuál es el sentido de quejarnos y

montar un drama con algo que ha visitado a todo bicho viviente para convertirlo bicho muerto? ¿Qué puede haber tan grave en eso, en algo tan sumamente natural, tan corriente? Sucede en las mejores familias, ya sabes, desde hace siglos, y en las peores no digamos, con aún menos intervalos. Sucede además todo el rato y lo sabemos perfectamente, aunque finjamos asombrarnos, y asustarnos; cuenta los muertos que se mencionan en cualquier telediario, lee la lista de fallecimientos de cualquier periódico, en una sola ciudad, Madrid, Londres, esa lista es larga todos los días del año. [...] Cuántos perecen cada fin de semana en las carreteras y cuántos han muerto en las incontables batallas. No siempre se vieron como hoy las pérdidas, a lo largo de la historia, o más bien casi nunca. Se estaba más familiarizado y también más conforme, se aceptaban el azar y la suerte, buena o mala, se admitía estar expuesto a ella a cada instante; la gente venía al mundo y desaparecía, era lo normal, a veces nada más entrar en él, la mortalidad infantil ha sido enorme hasta hace ochenta o setenta años, como la de las madres en el parto, se despedían el hijo nada más verle la cara, si les quedaban ganas, o les daba tiempo a tanto. Las plagas eran frecuentes y casi cualquier enfermedad mataba, de las que ahora ni nos enteramos o ni nos suenan los nombres; había hambrunas, había guerras continuas y además eran verdaderas, de lucha diaria y no esporádica como ahora, y los generales desdeñaban las bajas, los soldados caían no pasaba gran cosa, sólo eran individuos para sí mismos, ni siquiera tanto para sus familias, no se libraba ni uno de los cadáveres prematuros, era la regla; los gobernantes ponían cara de circunstancias y efectuaban nuevas levadas, reclutaban más tropa y la enviaban al frente a seguir cayendo, casi nadie rechistaba. Se contaba con la muerte, Jack, no había tanto pánico a ella, no era una calamidad insuperable ni una tremenda injusticia; era lo que podía llegar y con frecuencia llegaba. Nos hemos hecho muy blandos, tenemos la piel muy fina, creemos que esto debe ser para siempre. Deberíamos estar acostumbrados a la provisionalidad, a lo contrario. Nos empeñamos en no estarlo, y por eso es tan fácil meternos miedo, ya lo has visto, basta con desenvainar una espada. Y así llevamos las de perder ante quienes todavía ven a los muertos como meros gajes del oficio, a los propios y a los ajenos, como accidentes del día. [...] Hace falta que algunos no tengamos en mucho la muerte. A la muerte de la gente, como has dicho con escándalo, te lo he notado pese al tono neutro, buen disimulo pero insuficiente. Conviene que algunos nos salgamos de nuestra época y miremos como en tiempos más recios, los pasados y los futuros (porque volverán, te lo aseguro, aunque no sé si tú y yo los veremos), para que no nos pase colectivamente lo que dijo un poeta francés: *'Par la delicatesses j'ai perdu ma vie'*... (pp 48-52)

... Me reprochas estupideces sin la menor importancia, vives en un mundo minúsculo que apenas existe, a resguardo de la violencia que ha sido la norma en todo tiempo y lo es en casi todas partes, es como tomar un interludio por la función entera, no tenéis ni idea, los que nunca salís de esta época ni de estos países nuestros en los que hasta anteayer mandó también la violencia. Los que hice no fue nada el mal menor. Y por tu culpa.

El mal menor. Así que Tupra pertenecía a esos hombres inconfundibles que siempre han existido y que también conozco en mi tiempo, son siempre tantos. A los que se justifican diciendo: 'Fue necesario y evité así un mal mayor, o eso creía; otros se habrían encargado de hacer lo mismo, sólo que con mucha más crueldad y más daño. Maté a uno para que no mataran a diez, y a diez para que no mataran a cien, no me corresponde el castigo, sino que merezco un premio'. O bien a los que responden: 'Fue necesario, defendía a mi Dios, a mi Rey, mi patria, mi cultura, mi raza; mi bandera, mi leyenda, mi lengua, mi clase, mi espacio, mi honor, a los míos, mi caja fuerte, mi monedero y mis calcetines. Y en resumen, tuve miedo. El miedo, que exculpa tanto como el amor, del que es tan fácil decir y creer: 'Es más fuerte que yo, no está en mi mano evitarlo', o que permite recurrir a la frase 'Es que yo te quiero tanto', como explicación de los actos, como coartada o disculpa o atenuante. Quizá

pertenecía incluso a los que aducirían: 'Ah no, fue la época, quien no la haya vivido no puede entenderlo. Ah no, fue el lugar, era malsano, era oprimente, quien no haya estado allí no puede figurarse nuestra enajenación y su hechizo'. No sería, en cambio, al menos, de los que escurrían todo el bulto, él nunca pronunciaría esas otras palabras: 'Oh no, yo no quería, yo fui ajeno, ocurrió sin mi voluntad como en las humaredas tortuosas del sueño, eso fue cosa de mi vida teórica o entre paréntesis, de la que en realidad no cuenta, no pasó más que a medias y sin mi consentimiento pleno' ... (pp 54-55)

Tendríamos eso en común, habernos acostado con la joven Pérez Nuix ambos, estaba casi seguro aunque no se me habría ocurrido preguntárselo, a él ni aún menos a ella, y eso que compartir una cama despiertos marca arbitrariamente la frontera entre la discreción y la confianza, entre el secreto y las revelaciones, entre el deferente silencio y las preguntas con sus respuestas o con sus evasivas a veces, como si entrar en el cuerpo de otro con brevedad suprimiera, además de las físicas, otras barreras de paso: biográficas, sentimentales, sin duda las del disimulo o la precaución o reserva, es algo absurdo que dos personas, tras enlazarse, se sientan más facultadas o impunes para indagar en la vida y los pensamientos del que estuvo encima o debajo, o en pie de espaldas o de frente si la cama no hizo falta, [...] Eso me ha molestado a menudo en mis aventuras ocasionales, de una sola noche o mañana o tarde, y todas son así en primera instancia, mientras la repetición no se aparece, todas son así cuando se inauguran y no se sabe si se clausurarán acto seguido, o los sabe una de las partes, al instante lo sabe y se lo calla educadamente y da lugar al malentendido (la educación es un veneno, nos pierde); finge que no va a interrumpirse en seguida, sino que en efecto algo se ha abierto que no tiene por qué cerrarse, y entonces a lo que a pie es a un gran engorro. Y a veces lo sabe uno antes incluso de la entrada en el nuevo cuerpo, sabe que quiere probar sólo esa vez, cerciorarse, quizá jactarse para sus adentros o escandalizarse de sí mismo...

Sí, me ha fastidiado a menudo que luego me hayan expuesto sus características e interioridades, que me hayan dibujado un retrato de sus personalidades [...] Me ha irritado que a partir de ese momento se hayan movido por mi casa, si en ella estábamos, con excesiva familiaridad o soltura y actitud apropiativa ('¿Dónde guardas el café?', por ejemplo, dando por sentado que yo guardaba café y que podían hacérselo ellas directamente; o bien 'Voy al cuarto de baño', en vez de preguntar si pueden ir a él [...])

Pero lo que más me ha enfurecido, a veces, ha sido sentirme en deuda (absurdamente, en estos tiempos) por haberme acostado con ellas. Sin duda un vestigio de mi época de infancia, cuando aún se consideraba que el interés y la insistencia venían del varón siempre y que la mujer cedía, o aún es más, concedía u otorgaba, y era ella la que hacía un regalo valioso o un favor grande. No siempre, pero con demasiada frecuencia, me he juzgado artífice o responsable último de lo habido entre ellas y yo, aunque yo no lo hubiera buscado ni anticipado -...-, y he supuesto que lo lamentaría nada más concluirlo y yo retirarme o hacerme a un lado, o mientras se volvían a vestir [...]

Y así he tenido a menudo el impulso de compensarlas en el instante, mostrándome delicado, paciente o propenso a escucharlas; atendiendo suavemente a sus cuitas o sosteniéndoles su cháchara; velando su desconocido sueño o haciéndoles caricias que no venían a cuento y que a mí no me salían, pero que me sacaba; fraguando enrevesadas excusas para irme de sus casas antes del amanecer, como un vampiro, o para salir de la mía en plena noche y darles así a entender que no podían pernoctar en ella y que debían vestirse y acompañarme abajo y conducir sus coches o coger un taxi (y he pagado de antemano al chófer), en lugar de confesarles que ahora ya no quería seguir viéndolas más, ni oyéndolas, ni respirar adormecido a su lado. Y alguna vez el impulso ha sido de recompensarlas, simbólica y ridículamente, y entonces les he improvisado un regalo o les he preparado un buen desayuno... (pp 57-61)

- Luego, dentro de unos minutos me serviré –le contesté-. Continúa. – Y para que aquello no sonara a orden, me incliné y acaricié otra vez el perro en la cabeza y el lomo, huesos menudos. [...] Aproveché mi inclinación amistosa para mirarle a la joven Pérez Nuix los muslos a su altura y con detenimiento, no negaré que me iban llamando. Supongo que ella fingió no darse cuenta, no se los cubrió ni los apartó un milímetro. Ahora sí me sentí tan pueril como De la Garza, pero la admiración sexual previa al sexo es pueril siempre, qué puede hacerse. (pp 67-68)

(Relación de Wheeler con Deza) ... A veces creía percibir en él, sin embargo, cierta voluntad e no inmiscuirse, de no sonsacarme y hasta de no oírme si iniciaba yo algún relato relacionado con mis tareas, como si no quisiera saber, o estar fuera le diera envidia -...-, o se sintiera algo dolido por haber perdido mi frecuentación en parte y haber propiciado él esa pérdida con sus oficios de intermediario, sus intrigas y sus influencias. No llegaba nunca a notarle un dejo de despecho, ni de sarcasmo hacia sí mismo, ni de resquemor por mi alejamiento, pero sí algo parecido a la mezcla de pesar y orgullo, o de arrepentimiento amordazado y satisfacción ahogada, que asalta ratos a los protectores cuando se les emancipan los protegidos, o a los maestros cuando se ven desbordados por los discípulos en audacia, talento o fama, aunque unos y otros finjan que eso jamás ha ocurrido ni va a ocurrir mientras vivan. (pp 81-82)

(Pérez Nuix describe la reacción de su padre ante la muerte de su madre) ... El lamento lo tolera sólo como coquetería breve, el ajeno y el propio, como un juego en busca de ánimos o de cumplimientos, y demorarse en él le habría parecido desaprovechar la existencia, un desperdicio.

Esa era la palabra que había utilizado Wheeler, y también mi padre, para referirse a otra cosa muy distinta, a los muertos en guerras, sobre todo una vez que las contiendas han recludo y se ve que en realidad todo sigue en sitio, más o menos, ahorrándonos la carnicería. Así se sienten las guerras, con excepciones, cuando las aleja el transcurrir de los años y la gente ignora hasta las batallas cruciales que permitieron su nacimiento... (pp 93-94)

... o sobre el país que para ella era ‘country’ y acaso era también ‘patria’, el peligroso y hueco concepto y la peligrosa e inflamadora palabra, la que permite decir a una madre para justificar al hijo: ‘La patria es la patria, y las mentiras ya no son las mentiras cuando se trata de ella’. Pobre y cautiva madre, la del traidor no a esa patria, sino al amigo antiguo, siempre es más seguro jugársela a un solo individuo, por próximo que sea, que a la idea abstracta y vaga de la que cualquier puede erigirse en representante y así a cada paso podría uno encontrarse con acusaciones de desconocidos, de abanderados a los que nunca ha visto, que se sentirán traicionados por nuestras acciones o pasividades; es lo malo de las ideas, que les salen representantes de bajo las piedras, en todas partes, y todos pueden adherirse a ellas de acuerdo con su orfandad o conveniencia, y proclamar que las defienden con lo que sea, bayoneta y delación, persecución y tanque, mortero y difamación, o saña y daga, todo vale. Quizá a mí me era más fácil que a Pérez Nuix intentar jugársela a Tupra. Para mí era solo individuo y sólo eso, mientras que tal vez para ella representaba a su patria, en alguna medida, o al menos encarnaba una idea. El engaño vendría de ella, pero por la persona interpuesta que yo sería, y esas personas ayudan indeciblemente a difuminar la culpa, parece que uno no tenga tanto que ver o tras el cumplimiento apenas nada, por supuesto ante los demás pero también ante uno mismo, y por eso se recurre tanto a ellas, a testaferreros, sicarios, soldados, a matones, hombres de paja, asesinos a sueldo y a la policía; e incluso a la justicia, que a menudo hace las veces de brazo ejecutor de nuestras pasiones, si logramos primero enredarla y convencerla luego. Cuesta menos acabar con alguien o buscarle la ruina si uno sólo a la oren o activa las maquinaciones, o paga la suma o va a quien debe con el chivatazo o urde la trama, o si pone

la denuncia y conspira y son otros los que conducen a nuestra víctima hasta el calabozo, no digamos si la ajustician tras pasar por incontables intermediarios, legales todos, que se van repartiendo la culpa por el largo camino hasta que a nosotros nos devuelven sólo las enfriadas sobras, migajas de poco peso, y lo único que recibimos al final del proceso que originamos es una frase escueta, un mero comunicado, a veces un sobreentendido: ‘Se ha dictado sentencia’, o ‘Se ha cumplido’, o ‘Problema resuelto’, o ‘Ya no tienes de qué preocuparte’, o ‘Acabado el tormento’, o ‘Puedes dormir tranquilo’[...] El nombre principal le la traición, Del Real ese nombre, también había actuado por personas interpuestas contra mi padre: primero reclutó al segundo nombre, aquel profesor Santa Olalla que prestó su firma para reforzar una denuncia contra quien no conocía, y luego... No habían ido por él ellos dos, por Juan Deza, el día de San Isidro del 39, sino que habían enviado a la policía de Franco para detenerlo y meterlo en la cárcel, y después habían intervenido testigos, fiscal, abogado y juez de farsa, casi nunca directo ni cara a cara, ni vemos el rostro de quien nos pierde, casi siempre hay alguien en medio, entre tú y yo, o yo y el muerto, entre él y ella. (pp 113-115)

- Disculpa –dijo-, es que me hace gracia comprobarlo también en ti, tan listo. Es increíble lo mal que nos vemos todos, a nosotros mismos, lo mal que nos calibramos y que calculamos nuestras fuerzas y debilidades. Hasta los más dotados y los más entrenados para ahondar en el prójimo y descifrarlo nos volvemos tontos y tontos cuando nos miramos. La falta de perspectiva, eso será, y la imposibilidad de observarnos, sin saber a la vez que nos estamos viendo. Cuando nos tenemos de espectadores es cuando más representamos, y falseamos, y nos adentramos. –Se detuvo y me miró con una mezcla de estupefacción jovial y piedad involuntaria. Me había llamado ‘listo’ y le había salido con espontaneidad; si era adulación, la había bien disimulado-... (p 124)

... Uno pide, aguarda, y recibe o no; luego, en ambos casos, puede marcharse tranquilamente, tras haber traspasado un problema o haber creado un conflicto. No, no atan los favores hechos, no hay en ellos contrato ni deuda, o sólo moral y eso no es nada, es aire, eso no es práctico. Así que los que para mí sorpresa dije fue-: ¿Y qué gano yo a cambio?

Pero Pérez Nuix no había caído en la trampa, en mi improvisada y semiinconsciente trampa. No había pasado a ofrecerme algo al instante, una compensación, una suma, un porcentaje, un regalo, ni siquiera la promesa de su gratitud eterna. Sin duda sabía que esto último no significa nada tangible, ni simbólico tampoco, probablemente. La gente lo dice demasiado, ‘Tendrás mi agradecimiento eterno’, es una de las frases más vacuas que pueden oírse y sin embargo se oye a menudo, siempre con ese epíteto invariable, siempre el mismo e irresponsable ‘eterno’, un indicio más de su absoluta falta de concreción, de verdad y aun de significado, y hasta se agrega a veces: ‘Cualquier cosa que yo pueda hacer por ti, ahora o más adelante, mientras yo exista, no tendrás más que pedírmela’, cuando lo cierto es que casi nadie va y pide en el acto –parece entonces un *do ut des*, un aprovechamiento-, y si lo hace en el futuro la frase hueca está ya olvidada y además uno no apela a ella, es raro que alguien le recuerde a otro: ‘Hace tiempo me dijiste...’; y si se atreve es posible que se encuentre con esta respuesta: ‘¿Eso te dije? No lo sé, es extraño, lo dudo, yo no me acuerdo’, o bien ‘Cualquier cosa excepto esa, esa no, es la única imposible, es la peor, no me pidas eso’, o bien ‘Cuánto lo siento, qué más quisiera yo, no está en mi mano, ojalá hubieras venido a mí hace unos años, ahora ya no es como antes’. De tal manera que quien sólo quiere su viejo favor devuelto acaba pidiendo una de nuevas, como si no hubiera habido historia, y debiéndolo suplicar acaso (‘Por favor, por favor. Por favor, por favor’). Ella era lo bastante lista para no prometerme quimeras, ni estrafalarias recompensas en especie, nada asible ni inasible, presente ni venidero. (pp 128-130)

... Pero tendría que aguantarse, aún era yo quien conducía la conversación y determinaba su curso, y ella no podía permitirse contrariarme todavía. Es el único cálculo que ha de hacer quien pide, bien mirado, una vez que se ha lanzado y ha pedido (antes sí, antes más, debe dilucidar hasta qué punto le compensa, o le conviene descubrir sus carencias y sus incapacidades): ha de ser amable y paciente y aun untuoso, seguir los tiempos que le son marcados, medir sus pasos y sus palabras y su insistencia, hasta conseguir lo solicitado. Excepto si es alguien tan importante que hacerle un favor constituye ya un honor para el que se lo hace, un privilegio. Ese aquí no era el caso, así que cambió de tono y añadió:- No, no lo creo, pero todo es posible... (pp 132-133)

Casi no quedó rastro de lo que vino después, o queda un vestigio titubeante en mi más lánguida memoria y tal vez también en la de ella, pero nunca lo comprobaremos, quiero decir entre nosotros, frente a frente, con nuestras palabras cruzadas. Sucedió como si ya en el mismo momento de suceder ambos quisiéramos fingir que no ocurría, o no darnos por enterados, no registrarlo y que no contara, o silenciarlo hasta el extremo de poder negarlo más tarde, el uno al otro, y ante los demás si uno se iba e la lengua o el otro hablaba y presumía, i incluso cada uno a sí mismo, como si los dos supiéramos que no acaba de existir aquello de lo que no hay constancia ni reconocimiento explícito, o que jamás es mencionado; aquello que, por así decir, se comete a escondidas o a espaldas de sus autores, o sin su consentimiento pleno, o con su sesteante conciencia: lo que hacemos diciéndonos que no estamos haciéndolo, lo que acontece mientras nos persuadimos de que no está aconteciendo, no es tan raro como suena o parece, es más, eso pasa todo el tiempo y apenas si nos causa alarma ni nos hace dudar de nuestro juicio. Nos convencemos e no haber tenido tal pensamiento indigno ni tal otro maligno, de no haber deseado a esa mujer o esa muerte –la muerte de ningún enemigo ni de ningún marido ni de ningún amigo-, de no haber sentido momentáneo desprecio o animadversión hacia quien más reverenciábamos o mayor gratitud debíamos, ni envidia de nuestros fastidiosos hijos que van a seguir viviendo cuando ya no estemos y se apropiarán de todo y ocuparán con prisa nuestro puesto; de no haber intrigado ni traicionado ni urdido, ni haber procurado la perdición de nadie cuando sí buscamos la de varios con verdadero ahínco, ni habernos visto tentados a nada que nos avergüence... [...], de no haber empujado o aplastado a un niño para hacernos hueco en el bote cuando el barco se estaba hundiendo, e no habernos parapetado detrás de otro en el peor instante, para que los golpes o las cuchilladas o las balas cayeran sobre ese otro de al lado que esperaba nuestra protección acaso: quién sabe si nuestro ser más querido, aquel por quien declamamos mil veces que daríamos sin vacilar la vida, y resulta que sí vacilamos y no la damos ni la hemos dado, ni la daríamos tampoco si una segunda oportunidad se nos ofreciese; de no haber echado nuestra culpa a nadie ni haber acusado en falso para salvarnos, ni haber actuado nunca con egoísmo y por miedo horribles. Nos creemos que no hemos nacido cuando y donde vinimos al mundo, que somos más jóvenes y de otro sitio más noble o menos oscuro, que nuestros padres no son los que fueron ni tenían tan vulgar apellido; que conseguimos por méritos propios lo que hurtamos o nos regalaron, que heredamos en justicia cualquier cetro o trono o mera vara o mera silla sin utilizar malas artes y sin usurparlos, que alumbramos ocurrencias e ideas leídas o escuchadas a otros más sabios o más pensativos, cuyo temido nombre silenciamos siempre y a los que detestamos por habérsenos adelantado, aunque en el fondo sepamos, en algún recodo raro de la conciencia a salvo, que no hay tal adelantamiento y que sin su precedencia esas ideas tan tuyas serían aún menos nuestras o ni siguiera podrían serlo, en absoluto; creemos ser quien más admiramos, y tratamos de aniquilarlo para que así eso se cumpla, creemos poder suplantarlos del todo y hacerlo olvidar con nuestros logros que le debemos enteros y expulsarlo del inestable recuerdo del mundo, y nos tranquilizamos diciéndonos que fue sólo un pionero al que ya hemos superado y al que abarcamos, y así lo hacemos prescindible; nos persuadimos

de que no nos pesa el pasado porque jamás lo atravesamos ('No fui yo, no me pasó, no lo viví, nada he visto, yo no he sido, es una figuración, un recuerdo ajeno que extrañamente se me ha trasplantado y contagiado'), y de que nunca dijimos lo que sí dijimos ni robamos lo que sí robamos, de que nunca vitoreamos al dictador ni delatamos a nuestro mejor amigo que tan intolerablemente fue mejor desde el primer hasta el último día ('Fue él quien se lo buscó, yo no tuve que ver, yo callé, fue un imprudente, él se forjó su ventura, estacó en lo que no convenía y no cambió a tiempo de bando, ni siquiera quiso pasarse'); y hasta de no llamarnos por nuestro verdadero nombre, sino solamente por el falso o por los que se van sucediendo o añadiendo y van variando, [...].

La gente cree lo que quiere creer, y por eso es tan lógico y fácil que todo tenga su tiempo para ser creído. A pie de juntillas: hasta lo manifiestamente falso y lo contrario de lo que estamos viendo, también eso es creído en su tiempo e credulidad, cada suceso en el suyo y todos en el tiempo ido. Todo el mundo está dispuesto a volver la vista y a distraerse, a negar lo que está delante y a no oír nada de lo que se grita, y a sostener que no hay alaridos sino un inmenso y apacible silencio; a modificar cuanto haga falta, de los hechos y de lo acontecido —el cojo a sentir su pierna y el manco a sentir su brazo y el decapitado a dar tres pasos como si aún no hubiera perdido la voluntad ni la conciencia-, pero sobre todo de su pensamiento, de sus sentidos, de su memoria y de su anticipación del futuro, que se toma a veces por presciencia. 'Esto no fue así. Esto que va a ocurrir no ocurrirá o no habrá ocurrido. Esto no pasa', es la constante letanía que tergiversa el pasado, el porvenir y el presente, y así nunca nada está fijo ni a salvo, ni es seguro ni tampoco es cierto. Todo lo que existe no existe o lleva en sí su no existencia, la pasada y la venidera, no perdura y no se sostiene, y hasta los acontecimientos más graves están en precario y acabarán por visitar y recorrer el tuerto olvido, que tampoco es firme ni estabiliza ni pone nada a resguardo... (pp 136-140)

... Y eso fue suficiente —o pretexto— para que la joven Pérez Nuix se despertara o simulara que se despertaba. Y fue entonces cuando por primera y única vez en toda aquella noche que pasamos juntos no fui para ella invisible, pese a estar a oscuras: se dio la vuelta y me puso sobre las mejillas las palmas bien abiertas de sus manos como si me profesara afecto, las palmas suaves; me miró a los ojos durante unos cuantos segundos (uno, dos tres, cuatro; y cinco; o seis, siete, ocho; y nueve, o diez, once, doce; y trece) y me sonrió y se rió mientras con delicadeza me cogía o me sujetaba la cara, como a veces hacía Luisa cuando su cama era aún la mía y teníamos todavía sueño, o no el bastante para darnos las buenas noches y la espalda hasta la mañana, o cuando yo la visitaba tare como un espectro al que se ha dado cita y se espera, y me acogía. Sólo entonces no fue invisible para Pérez Nuix, justo cuando luz no había. Mis ojos estaban acostumbrados a ver en la penumbra de mi alcoba sin persianas ni contraventanas, como casi todas las de aquella isla grande que se adormece con un ojo abierto; pero no los ojos de ella, que no conocían el espacio. Aun así me miró y sonrió y se rió, fue breve. Luego se dio de nuevo media vuelta y me ofreció la espalda, adoptó la misma postura que antes como si no hubiera ocurrido ese mirarse en penumbra y se dispusiera a seguir durmiendo. Pero sí había ocurrido, y esa fue para mí la señal del consentimiento, el permiso, el acuerdo, y me hizo salir de la cama un momento y buscar como un rayo un preservativo y ponérmelo, y regresar con mucha más seguridad y aplomo a mi propia posición de antes, y al roce y al tanteo y al ligero empuje, ahora ya no contra las nalgas sino un poco más abajo, hacia la humedad y el pasaje, hacia el pasadizo, *more ferarum*, a la manera de las fieras, así se llama el latinajo. Ella no se movió, o no al principio de mi deslizamiento ahora fácil ('Me la estoy follando', pensé al adentrarme, y no pude evitarlo), se dejó hacer, no participó si es que eso puede decirse o es posible, en todo caso no hablamos, no hubo más señales por parte de ninguno de que estuviera sucediendo lo que sucedía, cómo expresarlo, fingimos fingir estar dormidos y no enterarnos, no reconocémoslo, como si aquello se

produjera en ausencia nuestra o sin nuestro conocimiento, aunque en algunos instantes se le escaparon a ella sonidos y quizá también a mi término, los reprimí a conciencia, según mi criterio me limité tan sólo a respirar más hondo, a suspirar a lo sumo, peor quién sabe, uno se oye poco a sí mismo, en todo caso los sonidos y aun los gemidos son admisibles dentro del sueño, hay quien incluso lanza parlamentos enteros dormido y no por ello es acusado de estar consciente. No se oía, tampoco se veía casi nada, yo sólo veía su nuca en la oscuridad y demasiado cerca, y sin duda por eso se me representaron visiones, las que acababa de contemplar durante largo rato en el salón ('Será breve, un momento', me había anunciado desde la calle, hasta qué punto habría sabido lo falso de eso), las cremalleras de sus botas bajando y subiendo, la carrera de sus medias que le avanzaban por todas partes pero sobre todo muslos arriba, como si indicara el camino: y también otra visión más antigua, la de su pecho descubierto, una falda estrecha, en la mano un toalla y un brazo alzado que añadía un suplemento de desnudez a la imagen al mostrar sin pudor la axila limpia y tersa y recién lavada y por supuesto afeitada, aquella mañana temprano en el edificio sin nombre, aquella vez en que el rubor no la asaltó y a mí me dio por pensar que la joven Pérez Nuix no me descartaba, o no me excluía enteramente aunque tampoco se sintiera atraída, tras verse vista por mí y decidir no taparse, o tal vez no había habido ni decisión por medio. Fue todo silencioso y tímido, en verdad fue fantasmal y no hubo apenas más cambios, sólo al cabo de un rato noté también el empuje suyo, ya no sólo era el mío y ninguno era ya disimulado ni leve, era como si nos abrazáramos con fuerza sin utilizar los brazos, ella apretaba hacia mí y yo hacia ella, pero nada más con una parte del cuerpo, la misma en ambos como si sólo fuéramos esa o sólo en ella consistiéramos, parecía que nos tuviéramos prohibido enlazarnos de ninguna otra forma, ni con los brazos ni con las piernas ni por la cintura ni con los besos. Creo que ni siquiera nos cogimos la mano. (pp 150-152)

... Cómo no va a convenirnos que la gente sea débil o vil o codiciosa o cobarde, que caiga en las tentaciones y meta la pata hasta el fondo, incluso que participe en crímenes o los cometa. Es la base de nuestro trabajo, es la sustancia. Aún es más: es el fundamento del Estado. El Estado necesita la traición, la venalidad, el engaño, el delito, las ilegalidades, la conspiración, los golpes bajos (las heroicidades, en cambio, solamente con cuentagotas y de tarde en tarde, por el contraste). Si no los hubiera, o no bastantes, tendría que propiciarlos, ya lo hace. ¿Por qué crees que se crean cada vez más delitos nuevos? Lo que no lo era pasa a serlos, para que nadie esté nunca limpio. ¿Por qué crees que intervenimos en todo y lo regulamos todo, hasta lo ocioso y lo que no nos atañe? Nos hace falta la violación, el quebranto. De qué nos servirían las leyes si no las incumpliera nadie. Sin eso no iríamos a ninguna parte. No podríamos ni organizarnos. El Estado precisa de las infracciones, lo saben hasta los niños, aunque sin saber que lo saben. Son los primeros en prestarse a ellas. Se nos educa para entrar en el juego y colaborar desde el principio, y en él seguimos hasta el último día, y aun después de muertos. Las cuentas jamás se saldan. (p 171)

... Ya lo había dicho Tupra, aquellos vídeos no eran para que los viese cualquiera (un periodista se habría puesto a dar saltos). Y si los atesoraba como oro en paño era porque en todos ellos estaba fijado –repetible indefinidamente– alguien famoso, o poderoso, o adinerado, o con prestigio o con influencia. A las terceras de cambio yo ya lo había olvidado y había atendido tan sólo a la acción principal, cómo no iba a hacerlo. Quizá Tupra, en cambio, lo único que contaba era el fondo oscuro, o su instante iluminado. Claro que él ya había visto antes la escena, no lo pillaba por sorpresa. Su actitud me confirmó, en todo caso, que no tenía en mucho la muerte posible y que tampoco era un sádico. Por lo menos no disfrutaba con el sufrimiento ajeno, aquellos amagos de ahorcamiento le traían sin cuidado, o eran sólo el escenario marco de lo que le interesaba.

[...]

Y continuó la sesión, la inyección de veneno, mientras su voz a mi lado, ligeramente a mi espalda, sonaba de tanto en tanto para hacer algún breve apunte o comentario, casi como cuando antiguas sesiones de fotos, con proyector y pantalla, tas un viaje infrecuente entonces –por ejemplo en mi infancia-, los viajeros, los que las enseñaban a los parientes o a las amistades, situaban cada diapositiva en su contexto y la explicaban... [...] Algunas eran inocuas, más gente pillada en actos sexuales normales, pero que si se hacen públicos o son presenciados se transforman extrañamente en anómalos, sobre todo si los llevan a cabo personajes célebres, o muy serios, o de cierta edad, o respetables, siempre hay algo afanoso y ridículo en el sexo objetivado, no se comprende cómo ahora tantas personas que se filman en ello por gusto, para recrearse luego en el parcial bochorno... (pp 179-181)

... y aquello sí que era mortal veneno, me entraron aquellas imágenes -...- como si fueran un mal reptil [...] se introdujeron como un cuerpo extraño que me causara un dolor inmediato una opresión un ahogo y la necesidad urgente de que me lo sacaran (‘Pese esto sobre tu alma’), pero lo que entra por los ojos no hay manera de extirparlo, como lo que entra por los oídos tampoco, ahí se instala y no hay remedio, o hay que esperar algo de tiempo para poder persuadirse de que uno no vio u oyó lo que sí vio u oyó –y siempre queda una duda o su huella-, de que fueron imaginaciones o malentendidos o espejismos o perturbaciones o interpretaciones malintencionadas... (p 186)

- No quiero ver más, Bertie –le contesté-. Si todo es así no quiero ver nada. Creo que sé por dónde vas, y no me hace falta, y además: ¿cómo es que no utilizas estas imágenes para poner remedio? Podrían servir para averiguar, a través de ese gordo al que tenéis tan identificado y al que tan bien le va, qué está sucediendo en ese sitio, y para pararlo. No entiendo vuestra pasividad. No os entiendo.

- ¿Qué crees, que una copia de esta escena no obra en poder de los mexicanos, de los americanos? Si ellos no toman cartas en el asunto, poco más podemos hacer desde aquí nosotros; y no siempre es fácil actuar, un vídeo así no sería admitido como prueba en algunos países, la manera de obtenerlo lo invalidaría. ¿Y de qué se acusaría al gordo, de asistir a un espectáculo ilegal? ¿De pasividad? ¿De negación de ayuda? Bah. También entiendo que lo guarden y lo archiven para mejor ocasión, por si acaso. Yo no puedo reprochárselo, nosotros hacemos lo mismo con la mayoría de los que nos conciernen, con los de nuestros territorios. Puede salvar más vidas obligar a algo a alguien señalado, más tarde, que entrar a saco en seguida con los subalternos.y nosotros queremos salvar vidas siempre. Andamos siempre haciendo cálculos, sopesando si vale la pena dejar morir ahora a una persona para que luego vivan muchas otras por eso. En primer lugar vidas británicas, claro, la prioridad se comprende. Como en la guerra. A todo debemos sacarle el máximo rendimiento, aunque haya que esperar varios años. Igual que con el trabajo diario de la oficina, a veces hay que aguardar a que alguien esté en condiciones de llevar a cabo lo que le hemos previsto en sus capacidades... (pp 188-189)

- [...] Dependemos del que nos mira. Y lo peor que puede pasarle a la gente es que no la mire nadie. La gente no lo soporta y languidece por eso. Hay gente que se muere de eso, o que por eso mata.

Y me dio tiempo a pensar: ‘Tupra ha hecho suya mi teoría, o retazos de ella. Tiene la delicadeza de no utilizar exactamente mis mismas palabras, o bien de reconocerlo en las excepciones, “así lo llamaste”, “según tus términos”, dice citándome cuando me cita *verbatim*. Tiene buen gusto de no apropiarse, en mi presencia al menos, de la idea de que la gente detesta ser omitida o pasada por alto y prefiere siempre ser vista y juzgada, para bien o

para mal o aun para fatal, incluso lo necesita y lo ansía; de que no ha podido prescindir todavía del supuesto ojo de Dios que nos observó y vigiló durante tantos siglos, del acompañamiento que supone pensar que algún ser nos atiende en todo momento y lo sabe todo sobre nosotros y sigue nuestra trayectoria al detalle como quien sigue un relato del que somos el protagonista; de que lo que aguanta mal o no consiente es no ser contemplada por nadie ni ser aprobada ni desaprobada, premiada ni castigada ni amenazada, no contar con ningún espectador o testigo a su favor ni en su contra; y así busca o se inventa sustitutos para ese ojo ya cerrado o herido, o fatigado o inerte, o aburrido o tuerto, o que ha apartado la vista como yo estoy haciendo; quizá por eso a la gente le importa hoy tan poco ser expiada y filmada, y aun tiende a propiciarlo a menudo, con exhibicionismo, aunque pueda perjudicarla y atraer sobre ella precisamente lo que la horroriza tanto, la conversión de su historio en un desastre. Es como una doble necesidad contradictoria: quiero que se sepa que soy y que he sido, y que se conozcan mis hechos, lo cual me causa pavor al mismo tiempo, porque puede arruinar para siempre el cuadro que me estoy pintando... (pp 192-193)

... –miró el reloj y añadió–: Vaya plantón. ¿Le dirás de mi parte que lo lamento tanto? Era el tipo de hombre al que le excita pensar en mujeres, en quienes sean, en la mera idea y más aún en las mujeres de amigos, y enviar mensajes a través de sus maridos o novios a las desconocidas. Piensa que así sabrán de él, que se enterarán de su existencia al menos y podrán sentir curiosidad y figurárselo, y así practica un coqueteo imaginario y sin objetivo... (p 195)

... ‘Por qué no se puede ir por ahí pegando. Es lo que has dicho’. Semejante tontería no hay nadie que no lo sepa, cualquiera puede contestarla. Pero a la luz de lo que él me enseñaba (...), yo seguía sin encontrar más respuestas que las tontas y pueriles, las heredadas y nunca alcanzadas, las consabidas y vacuas, las que ha aprendido todo el mundo y tiene listas para soltarlas sin haberles dedicado un pensamiento propio, ni el más mísero y distraído, ni habérselas cuestionado: porque no está bien, porque la moral lo condena, porque la ley lo prohíbe, porque se puede ir a la cárcel, o al patíbulo en otros sitios, porque no se debe hacer a nadie lo que no quiero que a mí me haga nadie, porque es un crimen, porque hay piedad, porque es pecado, porque es malo, porque la vida es sagrada, porque resulta irremediable y no tiene vuelta de hoja y lo hecho no se deshace. Pero era seguro que Tupra me había preguntado más allá de todo eso. (pp 206-207)

Hacía rato que sabía por dónde iba, ‘Fue necesario y evité así un mal mayor, o eso creía; maté a uno para que no mataran a diez, a diez para que no cayeran cien, a cien para salvar mil’, y así hasta el infinito, la vieja excusa que tantos llevarían siglos preparando y elaborando en sus sepulturas cristianas y no cristianas, a la espera del Juicio que no llegaba, cuantos aún creían en ese Juicio en la hora de su partida, casi todos los asesinos de la larga historia, y los instigadores. Pero yo no quería hacerle ahora reproches, sino mantenerme entero, no lo estaba, cuánto no habría dado por mostrarme indiferente. Probé con una pregunta verdadera, es decir, con una que le querría haber hecho de todas formas, también cuando estuviera entero. (p 216)

... Flavia no tendría ni idea de la faceta cruel de su marido, es asombroso cómo los rostros más queridos no los conocemos hoy, ni ayer, y mañana no digamos. (p 218)

... Dime ahora: ¿por qué no se puede ir por ahí pegando, matando? Según tú. Ya has visto cuánto se hace y con qué despreocupación a veces, en todas partes. Explícame entonces por qué no se puede.

[...]

... Dime, por qué no se puede.

No sabía qué contestar, aún estaba muy tocado, aún estaba consternado y conmocionado. Me salió una frase, sin embargo, casi sin querer, desde luego sin prestarla, como para no quedarme mudo:

- Porque no podría vivir nadie.

No pude comprobar su efecto ni si había alguno, me quedé sin saber si se habría o no reído, si se habría burlado, si me la habría rebatido o la habría dejado caer con desdén sin recogerla siquiera, porque entonces oí la voz de la mujer a mi espalda, nada más yo pronunciarla:

- Bertie, con quién estás, y qué haces, no me dejas dormir, sabes qué hora es, ¿no te acuestas?
(pp 219-222)

VI Sombra.

Incluso me parecía –era menos una comprobación que una sospecha- que Wheeler podía aflojar la mano que antes agarraba y no soltaba la presa, como aún hacíamos Tupra y yo y la joven Pérez Nuix probablemente, los tres todavía en edades desasosegadas o por lo menos interventoras, cuánto duran en verdad los afanosos años, los de la zozobra y la aceleración del pulso, los el movimiento y el vuelco, el vértigo, los de aquellos y tantos pasos, tantas dudas y tal tormento, en que se forcejea y urde y lucha y se aspira a hacer rasguños al otros y a evitárselos a uno mismo y a torcer las cosas en su beneficio, aunque éste se disfrace a menudo de nobles causas con tanto arte que hasta a nosotros nos engaña, artífices de los disfraces. Quiero decir que Wheeler se apartaba de sus maquinaciones y de lo que se hubiera trazado, o eso impresión me daba, como si la voluntad y la determinación le hubieran por fin menguado o quizá de pronto las desdeñara y no les viera ya compensación ni mérito, tras décadas de fortalecérselas y cultivárselas y alimentárselas, y desde luego de aplicarlas. Estaba concentrado en sí mismo, poco más le interesaba. Tenía más de noventa años, no podía extrañar ni reprochársele, ya era hora. (p 234)

De pronto me molestó que hablara así de mis compatriotas, como si fueran hordas sexuales, con displicencia. Me molestó pensar que aquel gárrulo con fama se llevaba jovencitas o jovencitos al catre sin mérito y sin esfuerzo en Barcelona, Gijón, Madrid o Sevilla, daba lo mismo, cada vez que pisara España, y allí había dado unos cuantos conciertos a lo largo de los años. Hasta me alegró saber que en San Sebastián y Bilbao se lo ponían más arduo, algo era algo; y al notarme esta reacción pueril e idiota me di cuenta de que nunca nos libramos del patriotismo enteramente, todo depende de las circunstancias y de dónde estemos y de quién nos hable para que de repente surja un vestigio, un resto. Yo puedo pensar y decir cosas terribles de mi país, al que hoy considero envilecido hasta le médula y embrutecido en demasiados aspectos; pero si las oigo en boca de un extranjero despreciable y fatuo, recibo una punzada extraña, si es que no inexplicable, algo similar a lo que debió de sentir De la Garza, él tan primario, cuando vio que yo no lo defendía del inglés con espada que iba a decapitarlo... (p 249)

Era evidente que eran amigos y se tenían confianza, o bien Dick Dearlove (así parecía, eso también) hablaba con desparpajo hasta de las cosas más íntimas delante de cualquiera, como era yo; eso les sucede a menudo a los individuos muy célebres y perennemente alabados, acaban por figurarse que cuanto digan o hagan será bien recibido porque forma parte de su continuo espectáculo, y llega un momento en que no distinguen entre lo público y lo privado (excepto si hay un fotógrafo o un periodista por medio, y entonces son más discretos o exhibicionistas según el caso): si son tan aplaudidos en la primera esfera, y tan consentidos,

por qué no habrían de serlo igual en la segunda, si en ambas son ellos los indiscutibles protagonistas, todos los días de su vida hasta el término.

- Tú lo sabes mejor que yo, Viva, aunque seas mujer –contestó Dick Dearlove entre irónico y pesaroso-. A nuestra edad, por muy famosos que seamos, y yo lo soy mucho más que tú, hay ocasiones en que no nos queda sino pagar, a tocateja o en especie. Hay un cierto tipo de bocados por los que aquí en Bretaña tengo que pagar casi siempre [...]; mientras que en España, mira, jamás he debido gastar ni un euro en eso, parece como si allí los jóvenes se dieran por satisfechos no con el acto en sí mismo, tampoco voy a presumir a estas alturas de mis ejecuciones, qué puedo decir, el cuerpo obedece cada vez menos a la imaginación, que en cambio es infatigable, estoy deseando que se me case un poco, ojalá se adecuara lo uno a lo otro algo más, todo esto está muy mal pensado, por lo menos para mí; sino con poder luego contarle a sus amistades, si es que no en algún programa de televisión. Es extraordinario lo mucho que allí se viven las cosas no porque apetezcan de veras, parece, sino tan sólo para contarlas a continuación, ¿no?, un país muy dado al cotilleo y a la jactancia, ¿no es verdad?, un país muy narrativo, de lo más impúdico. -...- Todo el mundo lo cuenta y lo pregunta todo, en las ruedas de prensa y en las entrevistas me río un montón y me dedico a esquivar, son toscos y descarados y desconocen el sentido de la vergüenza, es insólito para un país europeo. Ha habido polvos españoles en los que ha notado claramente que tenían una prisa loca por terminar, y no porque no lo estuvieran pasando más o menos bien, cuidado, de algo sirvo aún, sino e pura impaciencia por salir a dar la noticia... (pp 252-253)

(Su vuelta a Madrid por 15 días)

Es extraño e incongruente el proceso de las nostalgias, o el echar de menos, tanto si es por ausencia como por abandono o por muerte. Uno cree al principio que no puede vivir sin alguien o alejado de alguien, la pena inicial es tan afilada y constante que se siente como un hundimiento sin límite o como una lanza interminable que avanza, porque cada minuto de privación cuenta y pesa, se hace notar y se nos atraganta, y uno sólo espera que pasen las horas el día a sabiendas de que su paso no nos llevará a nada nuevo sino a más espera de más espera. Cada mañana abre uno los ojos –si se ha beneficiado del sueño que no permite olvidar del todo, pero que confunde- con el mismo pensamiento que lo oprimió justo antes de cerrarlos, ‘Ella no está y no va a volver’, por ejemplo (sea volver a mí o de la muerte), y se dispone no a atravesar la jornada fatigosamente, pues ni siquiera es capaz de mirar tan lejos ni de diferenciarlas, sino los siguientes cinco minutos y luego otros cinco fatigosamente, y así seguirá de cinco en cinco si es que no de uno en uno, enredándose en todos y a los sumo tratando de distraerse durante dos o tres de su conciencia, o de su parálisis cavilatoria. No será por su voluntad si eso sucede, sino por algún azar bendito: una noticia curiosa en el telediario, el rato de completar o de empezar un crucigrama, la llamada irritante o solícita de quien no soportamos, la botella que se nos cae al suelo y nos obliga a recoger los añicos para no cortarnos cuando por pereza andemos descalzos, la infame serie de televisión a la que le vemos la gracia –o es simplemente que nos acostumbramos a la primera a ella, de golpe- y a la que nos entregamos con inexplicable consuelo hasta los títulos de crédito concluyentes, deseando que se iniciara al instante otro episodio que nos permitiera aferrarnos a un estúpido hilo de continuidad hallado. Son las rutinas halladas las que nos sostienen, lo que a la vida le sobra, lo tonto inocuo, lo que no entusiasma ni nos pide participación ni esfuerzo, el relleno que despreciamos cuando todo está en orden y nosotros activos y sin tiempo para añorar a nadie, ni siquiera a los que ya se han muerto (aprovechamos esos periodos para sacudirnos los de nuestras espaldas, de hecho, aunque eso sirva sólo temporalmente, porque los muertos se empeñan en seguir muertos y siempre vuelven más tarde, para hacernos sentir la punzada de su alfiler en el pecho y caer como plomo sobre nuestras almas).

Pasa entonces el tiempo, y a partir de un día difuso volvemos a dormir sin sobresaltos y sin recordar en el sueño, y afeitarnos ya no al azar ni a deshoras sino por la mañana; ninguna botella se rompe ni nos irrita ninguna llamada, prescindimos del culebrón, del crucigrama, de las salvadoras rutinas sobrevenidas que observamos con extrañeza en la despedida porque ya casi ni comprendemos que nos hicieran falta, y hasta de las personas pacientes que nos entretuvieron y nos escucharon durante nuestra temporada de luto, monótona y obsesiva. Alzamos la cabeza y miramos a nuestro alrededor de nuevo, y aunque no haya nada promisorio ni llamativo, ni que sustituya a lo añorado y perdido, empieza a costarnos mantener esa añoranza y nos preguntamos si de verdad perdimos. Aparece una pereza una pereza retrospectiva respecto al tiempo en que amábamos o nos desvivíamos o nos exaltábamos o nos angustiábamos, uno se siente incapaz de volver a prestar tanta atención a alguien, de tratar de complacerla y de velar su sueño y de ocultarle lo ocultable o lo que le haría daño, y en la asentada ausencia de alerta halla uno un enorme descanso. ‘Fui abandonado’, piensa, ‘por la amante, el amigo o el muerto, tanto da, todos se fueron, el resultado es el mismo, me quedé a lo mío. Acabarán lamentándolo, porque gusta saberse querido y entristece saberse olvidado y yo ahora los voy olvidando, y el que muere, más o menos, también sabe lo que espera. Yo hice cuanto pude, aguanté a pie firme, y aun así se me apartaron.’ Cita uno entonces para sus adentros: ‘La memoria es un dedo tembloroso’. Y añade luego de su cosecha: ‘Y no siempre atina a señalarnos’. Descubrimos que nuestro dedo ya no atina, o que lo logra cada vez menos, y que quienes nos absorbieron la mente noche y día y noche y día, y estaban fijos en ella como un clavo martillado y hundido, se desprenden poco a poco y comienzan a no importarnos; se tornan borrosos, temblorosos ellos mismos, y hasta se puede dudar de su existencia como si fueran una mancha de sangre ya frotada, lavada y limpiada, o de la que sólo queda el cerco, lo que más tarda en quitarse, y ese cerco ya va cediendo.

Pasa entonces más tiempo y llega un día, antes de que desaparezca el rastro, en el que la mera idea de acercarse a ellos nos representa de pronto una carga. Aunque no vivamos contentos y todavía los echemos en falta, aunque aún suframos por su lejanía o su pérdida en alguna ocasión suelta –una noche miramos desde la cama nuestros zapatos solos, dejados al pie de una silla, y nos invade la pesadumbre al acordarnos de los de tacón de tacón de ella que solían ponerse a su lado año tras año, subrayando que éramos dos hasta en el sueño, en la ausencia-, resulta que quienes más quisimos, aún queremos, se han convertido en gente de otra época, o perdida por el camino –el nuestro, a cada uno le cuesta el suyo-, en seres casi pretéritos a los que no apetece volver porque ya no son consabidos, y el hilo de la continuidad se ha roto con ellos. Miramos siempre el pasado con un sentimiento de superioridad soberbio, hacia él y hacia sus contenidos, así sea nuestro presente más bajo o más desdichado o enfermo, y el futuro no nos augure mejoría de ningún tipo. Por brillante y feliz que fuera, lo pasado se nos aparece contaminado de ingenuidad, de ignorancia, en parte de tontería: en ello nunca sabíamos lo que vendría después y ahora sabemos, y en ese sentido sí es inferior, objetiva y efectivamente; por eso lleva consigo siempre un elemento de irremediable tontuna, y nos hace sentir vergüenza por haber permanecido en Babia, por haber creído en su tiempo lo que hoy nos consta que era falso, o quizá no lo era entonces, pero ha dejado también de ser cierto, al no haber resistido o perseverado. El amor que parecía firme, la amistad de la que no dudábamos, el vivo con el que contábamos como vivo eterno porque sin él era inconcebible el mundo o que el mundo fuera aún tal mundo, y no otro sitio. A nuestro muerto más querido no podemos evitar mirarlo un poco de arriba abajo, más al cabo del más tiempo que va haciéndolo más caduco, no sólo con pena sino con lástima, sabedores de que no se ha enterado –oh, fue un iluso- de cuanto sucedió tras su marcha, mientras que nosotros sí estamos al tanto. Asistimos a su entierro y oímos lo que allí se decía, también lo que se murmuraba entre dientes, como si los que hablaban temieran que él aún pudiera escucharlos,

y vimos a sus dañadores presumir de íntimos suyos y fingir que lo lloraban. Él no vio ni oyó nada. Murió en el engaño como todo el mundo, sin saber nunca lo bastante, y es eso precisamente lo que nos lleva a compadecerlos a todos y a considerarlos pobres hombres y pobres mujeres, pobres niños adultos, pobres diablos.

Tampoco saben ya de nosotros los que dejamos atrás o se fueron de nuestro lado, para nosotros han quedado fijos e inamovibles igual que los muertos, y la sola perspectiva de volver a encontrarlos y de tener que contarles y oírles se nos hace muy cuesta arriba, en parte porque nos parece que ni ellos ni nosotros querríamos contar ni oírnos nada. ‘Que perezca’, pensamos, ‘esa persona no ha asistido a mis días durante demasiado tiempo. Solía saberlo casi todo de mí, o lo principal al menos, y ahora se le ha hecho un hueco que no podría ser colmado, aunque yo le relatara con todo detalle lo habido sin su conocimiento inmediato. Qué pereza tratarse de nuevo, y explicarse, y qué trastorno reconocer al instante las viejas reacciones y los viejos vicios y las viejas zozobras y los viejos tonos, los míos con ella y los suyos conmigo; y hasta los mismo celos mordidos y las mismas pasiones, sólo que acalladas. Ya nunca podré verla como alguien nuevo, tampoco como a mi ser cotidiano, me resultará gastada a la vez que ajena. Iré a casa a ver a Luisa, y a los niños, y tras estar largo rato con ellos y empezar a reacostumbrarlos, me sentaré al lado de ella otro rato más corto, quizá antes de salir a cenar a un restaurante, mientras esperamos a la canguro que tarda, en el sofá compartido durante tantos años pero ahora como una visita extraña, de confianza y de desconfianza, y no sabremos cómo comportarnos. Habrá pausas y carraspeos, y frases estúpidas e inauditas estando los dos cara a cara, como “Bueno, ¿qué tal te va?” o “Te veo con muy buen aspecto”. Y entonces nos daremos cuenta de que no podemos ni estar juntos sin estarlo de veras, y de que además no lo queremos. No habrá entera naturalidad ni artificialidad completa, no se puede ser superficial con quien conocemos profundamente y desde siempre, tampoco hondo con quien nos ha perdido el rastro y escondido el suyo, y tanto ignora. Y al cabo de media hora, tal vez de una, de dos a lo sumo, a los postres, consideraremos que ya está, y lo que será más raro, que con esa vez basta y me sobrarán trece días. Y aunque impensablemente cayéramos el uno en brazos del otro y ella me dijera lo que llevo tanto tiempo deseando oírle, “Ven, ven, estaba tan equivocada antes. Ocupa de nuevo este lugar a mi lado. No he ahuyentado tu fantasma, esta almohada es aún la tuya y no había sabido verte. Ven y abrázame. Ven conmigo. Regresa. Y quédate aquí para siempre”; aunque en vista de eso yo cerrara mi apartamento de Londres y me despidiera de Tupra y de Pérez Nuix, de Mulryan y Reñidle y aun de Wheeler, e iniciara la tarea rauda de convertirlos en una largo paréntesis – pero hasta los interminables se cierran y luego puede uno saltárselos-, y regresara a Madrid entonces con ella –y no digo yo que no lo hiciera si hubiera esa oportunidad, si me la diera-, lo haría sabiendo que lo interrumpido no puede reanudarse, que aquel hueco permanece siempre, quizá agazapado pero constante, y que un antes y un después nunca se sueldan.’ (pp 267-273)

... Al mirar hacia la derecha me vio allí, en línea recta, de pie al otro lado del pasillo como un convidado de piedra, y al instante supo quién era. Y yo vi el efecto inmediato de aquella sorpresa y de aquel reconocimiento. De la Garza se encogió instintivamente, todo él, como si fuera un insecto que al advertir un peligro se estrecha, se contrae, se disminuye, intenta desaparecer y borrarse para que la muerte no lo alcance, para no ser individualizado ni visto no existir y así negarse (‘No, yo no soy lo que ves, yo no estoy, no te equivoques’), porque la única forma segura de evitar la muerte es no ser ya, o quizá aún mejor, nunca haber sido. Pegó los brazos a los costados, pero no como el boxeador que va a defenderse o cubrirse, sino como si repentinamente lo hubiera acometido un gran frío o tiritara. Y encogió también el cuello, de manera parecida a como lo había hecho en el lavabo de tullidos, cuando ladeó la

cara y por primera vez avistó la ráfaga turbia de metal en alto y vio el doble filo de refilón, de reojo... (p 290)

Rafita, sin embargo, no hizo caso al comentario crudo, había puesto en un segundo plano al Profesor y su enfado, estaba demasiado ocupado conmigo, alerta, tenso, como si temiera que en cualquier instante le saltara como un tigre al cuello. Para mí fue una sensación rara, al principio divertida en parte, me sabía incapaz de hacerle daño y no tenía voluntad de hacérselo. Yo lo sabía pero él no, y el saber no es transmisible, en contra de lo que los docentes creen; sólo puede persuadirse. Me hacía un poco de gracia el abismo entre su percepción y mi conocimiento, y a la vez me angustiaba verme sentido así, como un peligro, como alguien amenazante y violento. De la Garza está casi fuera de sí, estaba en ascuas.

- De verdad que sólo quiero saber cómo estás, créeme –intenté calmarlo, convencerlo-. Te pusiste muy pesado, metiste la pata hasta el fondo, mucho más de lo que te imaginas, pero esa reacción de mi jefe no me la esperaba, lo siento. Me pilló por sorpresa y me pareció desproporcionada. Desconocía sus planes, no pude hacer por evitarla. (pp 296-297)

... Ciertamente que cualquier sitio puede pasarse sin uno, en ninguno es imprescindible, ni siquiera para las pocas personas que afirman echarlo en falta o un morirse sin su presencia, porque todo el mundo busca sustitutos y los encuentra más pronto o más tarde, o acaba por conformarse y en la conformidad se vive cómodo y ya no se quiere introducir ningún cambio, ni siquiera para que lo perdido vuelva, o lo muy llorado, ni para recuperarnos... Quién sabe quién nos sustituye, sólo sabemos que se nos sustituye siempre, en todas las ocasiones y en todas las circunstancias y en cualquier desempeño. Sin que importen el vacío o la huella que creyéramos haber dejado o dejáramos en efecto, hayamos desaparecido o muerto como hayamos desaparecido o muerto, malogrados o ya cumplidos, violenta o apaciblemente: en el amor, la amistad, en el empleo y en la influencia, en las maquinaciones y en el miedo, en la dominación y hasta en la propia añoranza, en el odio que también acaba por cansarse de nosotros y en el afán de venganza, que se nubla y cambia de objetivo porque se entristece y espera [...]; en las casas en que habitamos, en los cuartos en que crecimos y en las ciudades que nos consienten, en los pasillos por los que corrimos de niños alocadamente y en las ventanas a las que nos asomamos de jóvenes soñadoramente, en los teléfonos que nos persuaden o nos escuchan pacientes con la risa al oído o con un murmullo de asentimiento, en el juego y en el negocio, en las tiendas y en los despachos, ante nuestros mostradores y ante nuestras mesas y en la partida de ajedrez y en la de cartas, en el paisaje infantil que creíamos sólo nuestro y en las agotadas calles de tanto ver marchitarse, una generación tras otra y todas tristes a su término; en los restaurantes y en los paseos y en los amenos parques y campos, en los balcones y en los miradores desde los que vimos pasar tantas lunas aburridas de nuestro espectáculo, y en nuestras butacas y sillones y en nuestras sábanas, hasta que no queda olor en ellas ni ningún vestigio y se rasgan para hacer tiras o paños, y en nuestros besos se nos sustituye y se cierran al besar los ojos para mejor olvidarnos (si la almohada es aún la misma, o para que no nos entrometamos en una traicionera ráfaga de la visión mental incontrolable); en los recuerdos y en los pensamientos y en las ensoñaciones y en todas partes, y así sólo somos todos como nieve sobre los hombros, resbaladiza y mansa, y la nieve siempre para... (pp 301-303)

- ¿Vienes con frecuencia? –le pregunté a Mercedes-. Parece que los niños te conocen bien y te hacen caso. –No fue una pregunta falta de intención enteramente.

- Sí, algunas veces. No demasiadas. Luisa no sale mucho de noche. Más últimamente. Más por las tardes. –Y entonces delató, sin querer a buen seguro, pero sin dilación ni espera. Basta con que la gente hable para que cuente de más en seguida, aunque no cuente nada; la gente

proporciona datos nada más abrir la boca, sin caer en la cuenta de que lo son y sin que se le pidan, y así delata a cualquiera sin proponérselo, o se traiciona a sí misma, y nada más flotar las palabras ya es demasiado tarde: ‘Ay, no me dado cuenta, qué tonto, no lo pretendía’-. Normalmente no me llama tan tarde, siempre el día antes por lo menos. Podía haber estado ya pillada en otra cosa, voy a cuatro familias distintas, a cuidar de sus niños. Cuatro además de Luisa. (pp 316-317)

... A mí me estaban ocurriendo cosas que había callado en la distancia: había perdido pie sin duda, o asideros, juicio, me dedicaba a una tarea cuyas consecuencias ignoraba o incluso si las había, a cambio de un salario sospechoso por alto; se me habían introducido venenos desconocidos hasta entonces, y en efecto llevaba una existencia más fantasmal cada día, inmerso en el estado onírico del que vive in país ajeno y empieza a no pensar siempre en su lengua, muy solo allí en Londres aunque rodeado de personas a diario, eran todas del trabajo y no cuajaban como amistades puras, ni siquiera Pérez Nuix se me había hecho muy distinta –ni mi amante, no lo era a no haber habido repetición ni risas- tras la noche compartida carnalmente con ella, lo habíamos disimulado y silenciado en exceso, ante los demás y ante nosotros mismo, y lo que se finge que no ha ocurrido y siempre es tácito acaba por no haber sucedido, aunque sepamos lo contrario: ambas cosas son ciertas, lo que escribió Jorge Manrique en las *Coplas por la muerte de su padre*, hace unos quinientos treinta años y a tan sólo dos de su propia muerte temprana antes de cumplir los cuarenta, herido por un arcabuzazo cuando asaltaba un castillo (...) –‘Si juzgamos sabiamente, daremos lo no venido por pasado’-, y exactamente lo opuesto, y entonces podremos dar lo pasado por no venido, por no venido cuanto nos ha pasado y nuestra vida entera por no habida. Y así qué importa cuanto en ella hagamos, o por qué será que nos importa tanto... (pp 329-330)

No podía evitar que me hiciera gracia y me cayera en gracia siempre. Tenía debilidad por ella, no se me había pasado en el tiempo de Londres. No es que no lo supiera –seguramente no pasaría nunca-, pero tenerla de nuevo delante me lo confirmaba o me lo hacía patente, debía llevar cuidado de no quedarme embobado sin querer, en cualquier instante, mientras ella trajinaba y no me hacía caso. Aparte de nuestra conyugalidad, o del amor no olvidado, Luisa era para mí de esas personas cuya compañía se procura y se agradece y casi por sí sola compensa de los sinsabores, y se anticipa durante todo el día –es lo que nos lo salva- cuando uno sabe que va a encontrarla a la noche como un premio por poco esfuerzo; con las que se siente a gusto incluso en los malos momentos y se tiene la sensación de que allí donde estén, allí está la fiesta; por eso cuesta tanto renunciar a ellas a ser expulsado de su cercanía, porque uno cree estarse perdiendo algo incesantemente, o –cómo decir- vivir en los márgenes. Pensar que pudieran morir esas personas se nos hace insoportable: aunque estemos lejos de ellas y no las veamos ya nunca, sabemos que no se han terminado y que su mundo existe, el que crean con su sola emanación o aliento; que la tierra las alberga y que por tanto se conservan su espacio y su sentido del tiempo, con los que puede fantasearse a distancia: ‘Ahí está esa casa’, pensamos, ‘ahí está esa atmósfera con sus pasos, ese ritmo del día, la música de las voces, el olor de las plantas que ella cuida y esa pausa de su noche; yo ya no participo, pero ahí están las risas, ahí las gracias y los donaires y los regocijados amigos de los que se despidió Cervantes cuando se iba a muriendo, “deseando veros presto contentos en la otra vida”. Y saber que ahí está toda ayuda, saber que es recuerdo para nosotros pero que no lo es para todo el mundo, que para mí es ya pasado pero que aún no lo es de veras o en sentido absoluto –es tan sólo un accidente, o mala suerte, o mi falta, que yo lo perciba como pretérito a diario-, que otros entran y salen y lo disfrutan sin hacerle demasiado caso, como no se la hacíamos nosotros cuando formábamos parte de esa atmósfera y de ese ritmo, de las gracias y los donaires, de la música de esa casa y aun de la pausas de su noche quieta. Que no fue un

agradable sueño ni cosa de otra vida imaginada'. Allí estaba yo ahora comprobando su permanencia, sin querer marcharme. Ante mis ojos tenía a la persona que representaba la fiesta, con su humor y su firmeza y su sonrisa frecuente, y hasta con su humor y su firmeza y su sonrisa frecuente, y hasta con sus tacones altos. Hasta cierto punto eso bastaba, saber que no había cesado, que aún pisaba la tierra y aún cruzaba el mundo, que no estaba ya medio a salvo en el tuerto e inseguro olvido, o ya el lado del tiempo en el que conversan los muertos. Y sin embargo había ahora una amenaza, o aún peor, había ya un daño visible que le había hecho alguien y que acaso se repetiría agravado, quién sabía (quién sabe cuándo para nada una vez que algo ha empezado). Lo que yo sí sabía era que insistir no iba a servirme: si ella decidía no contar o no hablar de algo, no había forma e torcerle el brazo, tendría que averiguar por otros medios. [...] Esa había sido una de mis aprensiones durante mi tiempo en Londres, desde mi marcha, cuando pensaba en quién habría de sustituirme tarde o temprano, y entre las figuras posibles me había aterrado siempre la del hombre despótico y posesivo que sojuzga y aísla y desliza poco a poco sus exigencias y sus prohibiciones, disfrazadas de enamoramiento y flaqueza y celos y de lisonja y ruegos, la del sujeto torcido que declina las invitaciones primeras a compartir almohada para no parecer intruso y que no le asome el menor rasgo invasor o expansivo, y que al principio se muestra siempre deferente, respetuoso y aun precavido; hasta que un día al cabo del tiempo –o acaso una noche de lluvia y encierro-, cuando ya se ha adueñado del territorio entero y no deja respirar a Luisa sol ni a sombra, cierra sus manos grandes sobre su cuello mientras los niños –mis niños- miran desde una esquina aplastándose contra la pared como si quisieran que cediera ésta y desapareciera, y con ella la mala visión, y el impedido llanto que ansía brotar pero no alcanza, el mal sueño, y el ruido prolongado y raro que su madre hace al morir. Ante esa pesadilla siempre había pensado, para despejarla: 'Pero no, esto no ha de ocurrir, esto no ocurre, no tendré esa suerte y no tendré esa desgracia (suerte en el imaginario y en la realidad desgracia)...'. Ahora me encontraba con un trazo real de esa figuración horrible, en forma de ojo morado o de colores cambiantes... (pp 334-337)

- Te veo muy inconforme, Jacobo –me dijo [mi padre] por fin, al cabo de un rato de considerarme-, y tienes que conformarte. Si alguien yo no quiere estar con uno, uno tiene que aguantarse. A solas, y sin estar pendiente de la observación o la evolución de ese alguien, a la caza de señales y a la espera de vuelcos. Si se produce uno de éstos, no será porque tú estés mirando, ni preguntándome a mí ni sondeando a nadie. No se puede estar encima, no se puede aplicar una lupa ni un catalejo, ni recurrir a espías, ni agobiar, ni por supuesto imponerse. Tampoco fingir sirve de mucho, no sirve hacerse el displicente ni tan siquiera el civilizado, si uno no se siente civilizado ni displicente al respecto, y no me parece que tú te sientas ninguna de las dos cosas, todavía. Ella te lo notará, ese fingimiento. Ten en cuenta que una de las características del enamoramiento, o de sus aledaños, incluso de sus disfraces involuntarios (se confunde mucho con el empecinamiento, en la fase primera y en la fase última, cuando el amor del otro se percibe aún sin arraigo o ya perdiéndose), es la transparencia. A la persona querida, o que así se siente o se ha sentido (a la que ha conocido eso), es muy difícil engañarla, a no ser, claro está, que ella misma prefiera engañarse, lo cual no es infrecuente, eso lo admito. Pero uno sabe siempre cuándo ya no se lo quiere, si está dispuesto a enterarse: cuándo todo se ha reducido a costumbre, o a falta de arrojo para ponerle término, o a deseo de no armar revuelto de no hacer daño, o a miedo vital o económico, o a mera ausencia de imaginación, la mayoría de la gente no es capaz de imaginarse otra vida que la que lleva y ya sólo por eso no la cambia, ni se mueve, ni se lo plantea; pone parches, aplaza, busca distracciones, se echa un amante, se va de timbas, se convence de que lo que hay es llevadero, se encomienda al tiempo; pero ni se le ocurre intentarlo. Al sentimiento sólo lo vence el cálculo, y sólo a veces. Y de la misma manera uno sabe cuándo aún se lo quiere, sobre todo si

lo que está deseando es que eso ya se aplaque o mejor cese, como suele ser el caso entre los que se separan. El que tomó la decisión, si no es egoísta ni sádico, ansía que el otro se salga, que se desprenda de la tela de araña, que deje de quererlo y de oprimirlo con ello. Que pase a otra persona o que no pase a ninguna, peor que de una vez se desentienda [...] Creo que tú tienes que desentenderte de Luisa, Jacobo. No lo has hecho, aunque te hayas ido lejos respetuosa y caballerosamente y todo lo que tú quieras. No lo has hecho. Y no te queda más remedio, tanto si puedes como si no puedes. Déjala respirar el todo, déjale aire, no te interpongas. Déjale toda la iniciativa. Nada está en tu mano. Si un día se da cuenta de que sin ti no está bien, si descubre que te echa de menos hasta el punto de la desgracia, no creo que tenga reparo en decírtelo ni en pedirte que vuelvas, por lo que la conozco. Sabe rectificar, y no es soberbia. Mientras no haga eso será que no quiere, y no va a cambiar por lo que tú hagas o digas ni por cómo te comportes, aquí o a distancia; para ella eres transparente, como ella lo será para ti si estás dispuesto a ver de veras y a reconocer lo que veas. Que no lo estés es otro asunto, y lo comprendo. Pero no me preguntes lo que yo no puedo saber y tú sí, en cambio: ella para mí no es transparente. –Y añadió sin transición: ¿Tienes alguna novia allí en Londres?

[...]

- No –contesté-. Sólo hay lances sueltos, y a mi edad ya no estimulan ni casi divierten. O sólo a los que se engríen muy simplemente. No es mi caso.

Mi padre sonrió, a veces le hacían gracia las cosas que no decía.

- No, puede que ya no. Lo fue en el pasado, no obstante, cuando eras más joven, así que no te pongas tan por encima. Tampoco es el caso de Luisa, de eso estoy seguro. Yo no sé si ve a alguien. Como es natural no me habla e esas cosas, aunque acabará por hacerlo, si duro lo bastante. Me tiene confianza, y yo creo que me lo contará, si le surge algo serio. Lo que sí percibo es que eso justamente no lo descarta, y aun que tiene prisa por que aparezca. Tiene prisa por recomponerse, o por rehacer su vida, o como se diga vulgarmente, tú lo sabes. Quiero decir que aún no la veo insegura de su atractivo, no es eso, aunque ninguno de los dos seáis ya jóvenes. Sino más bien temerosa de ir a empezar 'lo definitivo' demasiado tarde. Ella te tuvo evidentemente por eso, por lo definitivo, durante muchos años, y darse cuenta de que no lo eras no la ha llevado a pensar que eso no existe, sino que os habíais equivocado y que ella había perdido un precioso y larguísimo tiempo. Tanto que ahora debe apresurarse a encontrar eso definitivo, a lo que no ha renunciado de momento, aún no le ha dado tiempo a corregir sus expectativas, o sus ilusiones, todavía debe de estar en el absoluto desconcierto. – Ahora se le acentuó en la cara una expresión de lástima, parecida a la de muchas madres cuando observan a sus niños chicos y los ven aún tan ignorantes y tan lentos en su aprendizaje (tan desprotegidos por tanto). La ingenuidad da lástima las más de las veces. Mi padre parecía estarla viendo en Luisa, de quien hablaba, peor posiblemente la estaba viendo también en mí, que le preguntaba por ella cuando él no podía ayudarme. Sólo a lo sumo, distraerme y hacerme caso, en eso consiste asumir las preocupaciones de otro-. Es algo un poco pueril, seguramente. Como si siempre hubiera tenido un modelo en la cabeza y el enorme revés contigo no la hubiera hecho abandonarlo, no todavía, y pensara: 'Si no era quien yo creía, habrá de ser otro. Y dónde está entonces, he de dar con él, tengo que verlo'. Eso es lo más que puedo decirte. No está necesitada de halagos, ni por supuesto de conquistas efímeras para reafirmarse. Cada vez que salga con alguien, si lo hace, será mirándolo como al definitivo, como a un futuro marido, y pondrá todo su empeño en que no se tuerza, lo tratará con infinitas buena voluntad y paciencia, queriendo quererlo, deseándolo a ultranza. –Hizo una pausa y alzó la vista hacia el techo, como para mejor imaginársela al lado de un imbécil permanente, ejerciendo con él esa paciencia. Después añadió con pesar: Mal asunto para ella. Yo diría que eso espanta a los hombres, o sólo atrae a los pusilánimes. A ti, desde luego, te espantaría, Jacobo. No eres de los que se casan. Aunque hayas estado casado bastantes años y ahora lo

eches de menos. En realidad sólo la echas de menos a ella, no el matrimonio. Siempre me sorprendió que te prestaras. También me ha sorprendido que no se te acabará antes, jamás creí que algo así fuera a durarte.

[...]

- ¿Tú crees que por esa prisa podría quedarse con un hombre que no le conviniera, con alguien nefasto?

- No, no tanto como eso –me respondió-. Luisa es inteligente, y cuando tenga que decepcionarse lo hará, aunque sea de mal grado y se resiste y le cueste... Quizá con alguien mediano o que la satisfaga parcialmente tan sólo, o incluso que tenga algún elemento que le desagrade, eso puede. Lo que sí me parece es que a ese posible marido, sea como sea, a ese proyecto, a aquel en quien fije la vista, le dará incontables oportunidades, pondrá mucho de su parte, intentará ser comprensiva al máximo, como sin duda lo intentó contigo hasta que superaste el límite, supongo, nunca os he preguntado qué os pasó exactamente... A ese hombre no le entregará cheques en blanco, pero antes de despedirlo gastará casi entero el talonario, poco a poco. Que yo sepa, sin embargo, todavía no existe esa persona, o aún no ha adquirido la suficiente importancia como para que me hable a mí de ella, o me consulte. Ten en cuenta que yo soy para Luisa ahora lo más aproximado a un padre, y que conserva ese espíritu infantil que la hace tan grata y la lleva a solicitar consejo de sus mayores. Bueno, lo conserva en algunos aspectos. En otros no, desde luego. ¿Cuándo has dicho que te vuelves a Oxford?

Lo vi cansado. [...] Quizá tuviera razón en sus estimaciones, y si Luisa estaba saliendo con alguien a quien se le había ido la mano en un mal momento, un muy mal día, podía darse que estuviera intentando disculparlo y corregirlo y comprenderlo en vez de apartarse o salir corriendo, que es lo que hay que hacer cuando aún se está a tiempo, es decir, cuando no está uno anudado, sino sólo envuelto. Podía darse que quisiera hacer caso omiso y borrarlo, que procurara relegar el hecho a la esfera de los malos sueños o arrojarlo a la bolsa de las figuraciones, como hacemos la mayoría cuando deseamos que no nos falle tan pronto el rostro, que no nos falle ya hoy sin ni siquiera tener la deferencia de esperar a mañana para decepcionarnos. La capacidad de aguante de muchas mujeres es casi infinita, sobre todo cuando se sienten salvadoras o sanadoras o redentoras, cuando creen que ellas podrán sacar del marasmo o la enfermedad o el vicio a un hombre al que quieren, o al que han decidido querer a toda costa. Piensan que con ellas él será distinto, que se enmendará o mejorará o cambiará y que se le harán indispensables por tanto, a veces me ha parecido que redimir a alguien era para ellas una forma –ingenua, ilusa- de asegurarse la incondicionalidad de ese alguien: ‘No puede vivir sin mí’, piensan sin llegar a pensar del todo, o a formularse. ‘Sabe que sin mí volvería a ser un desastre, un incapaz, un enfermo, un deprimido, un drogadicto, un borracho, un fracasado, una mera sombra, un sentenciado, un desecho. No me dejará nunca, ni nos pondrá en peligro, no me hará putadas, no se arriesgará a que me marche. No sólo me estará agradecido siempre, sino que tendrá conciencia de que conmigo está a flote y has nada rápido en su avance, mientras que sin mí se hunde y muere ahogado.’ Sí, esto parecen pensar muchas mujeres cuando en su camino se cruza un hombre difícil o calamitoso o desahuciado o violento, un desafío, un reto, una tarea, alguien a quien enderezar o arrancar de un infierno. Y resulta incomprensible que tras tantos siglos de experiencias ajenas y de relatos aún no sepan que esos hombres creerán haber levantado cabeza y haberlo hecho todo ellos mismos en cuanto se sientan despejados y optimistas y sanos –en cuanto se sientan reales y yo no espectros-, y que lo más posible es que entonces las vean a ellas como a un estorbo, como a quien les impide correr libremente o seguir ascendiendo. Y también resulta incomprensible que no se den cuenta de que serán ellas las más enredadas o las anudadas y las que jamás estarán dispuestas a abandonarlos, porque habrán convertido en poco menos que su misión a esos hombres, dependientes y desnortados o irascibles y llenos de lacras, y uno nunca renuncia a una misión si la tiene o cree retenerla, si por fin la ha encontrado y la ve

inacabable, la ve de por vida, la cotidiana justificación de su gratuita existencia o de sus incontables pisadas sobre la tierra y de su travesía tan lenta por el reducido mundo...

Me levanté y le puse la mano en el hombro, era un gesto que calmaba a mi padre en los últimos años, cuando se sentía asustado o débil o se desconcertaba, cuando abría mucho los ojos como si viera por primera vez el mundo, con una mirada tan inescrutable como la de los niños de pocas semanas o días, que observan, supongo, ese sitio nuevo al que se los ha arrojado y tal vez intentan descifrar nuestras costumbres y descubrir las que serán las suyas. La visión de mi padres debía ser tan escasa como a veces se dice que es la de esos niños, quizá sólo distinga sombras, manchas, la luz conocida y los confusos colores, era imposible saberlo, él aseguraba ver mucho más de lo que nos parecía, posiblemente por una especie de orgullo que le impedía reconocerse tan disminuido como en verdad estaba. Sabía quién era yo y el oído lo conservaba fino, así que tal vez, sobre todo, veía el recuerdo. Y por eso, en parte, me situaba en Oxford [...]: apoyaba mi mano en su hombro y allí la mantenía un rato, haciendo una leve presión para que bien la sintiera, para que constatará que yo estaba cerca, en contacto, para darle seguridad y aplacarlo. Le notaba los huesos, también la clavícula, un poco salientes, había adelgazado desde mi marcha, y me daban al tacto una impresión de fragilidad, no como si pudieran romperse pero sí dislocarse fácilmente, por un mal gesto o por un esfuerzo; [...] En una ocasión, sin embargo, volvió la vista con curiosidad hacia mi mano posada, en modo alguno como rechazo. Se me ocurrió que acaso le parecía extraño verse objeto de ese gesto que posiblemente él había tenido conmigo muchas veces durante mi infancia, cuando él era el alto y yo sólo crecía poco a poco, el padre inclinado que pone la mano sobre el hombro del hijo para aleccionarlo, o para inspirarle confianza o brindarle protección simbólica, o para apaciguarlo, o para inspirarle confianza o brindarle protección simbólica, o para apaciguarlo. Miró mi mano aquella vez como quien mira una inocua mosca que se la ha posado, o quizá algo más grande, una lagartija que se inmoviliza un instante en sus recorridos, como si oyera pasos a sus espaldas. ‘¿Por qué me pones así la mano?’, me preguntó con una media sonrisa, como divertido. ‘¿No te gusta?’, le pregunté yo, y él respondió: ‘Bueno, si quieres. No me molesta’ [...]

- Ahora no vivo en Oxford, papá [...]

Quizá la sagaz interpretación de Luisa le pasaba factura, se había esmerado por mí y ahora le tocaba pagarlo. Era como si de repente se hubiera cansado de su perspicacia y se le hubieran mezclado los tiempos de nuevo, como el día anterior por teléfono. Tal vez ya no aguantaba demasiado tiempo siendo él mismo, quiero decir el de siempre, el alerta, el intelectualmente exigente, el que nos instaba a sus hijos a seguir y seguir pensando, el que nos decía ‘Y qué más’ cuando dábamos por concluidos una argumentación o un razonamiento, el que nos impelía a seguir mirando las cosas y a las personas más allá de lo necesario, cuando uno tiene la sensación de que ya o hay nada más que mirar y que continuar es perder el tiempo. ‘Allí donde uno diría que ya no puede haber nada’, eran sus palabras. Sí, a medida que cumplo años sé que eso fatiga y desgasta, y a veces me vienen ganas de no prestar ya más atención a mis semejantes ni al mundo, me pregunto por qué debería y por qué diablos lo hacemos todos en mayor o menor grado, ni siquiera estoy seguro de que no sea una fuente más e conflictos, incluso si miramos con buenos ojos. Él había cumplido los noventa. No era extraño que quisiera descansar de sí mismo. Y también del resto.

- Ah, vaya –respondió algo molesto...-. Siempre me has hablado de Oxford [...]

Así funciona la memoria de los ancianos [...] No tenía por qué recordar lo que había venido luego: al igual que a Luisa, le había contado poco –vaguedades, quizá evasivas– de mi empleo. Es curioso cómo uno oculta instintivamente, o más bien calla –es distinto–, lo que desde el principio le parece algo turbio: como uno no le dice a Luisa que ha conocido a una mujer con la que apenas ha cruzado unas frases en una reunión o en una fiesta, con la que aún no puede haber y además no va a haber nada, pero que lo ha atraído al instante. [...]

- No hace falta, hijo. Para mí seguís viviendo todos aquí, aunque os hayáis marchado hace tiempo. –Se quedó callado y añadió–: También vuestra madre.

Me quedé con la duda de si ella seguía viviendo en la casa o si él le reprochaba que también se hubiera ido, al morir, hacía más tiempo que nadie. Serían las dos cosas, probablemente. (pp 348-360)

... Luisa estaba seguramente en peligro, y ahora entendía que a veces no cabía hacer sino lo que había que hacer y además en seguida [...] Sí, había ocasiones en las que uno sabía lo que pasaría en el mundo si no hubiera coacciones ni impedimentos, en que uno veía capacidades seguras de las personas, y para evitar que se desplegaran con toda su fuerza debía haber alguien –yo, por ejemplo, y quién si no en aquel caso- que las disuadiera o se lo impidiera. A Tupra le bastaba convencerse de lo que se daría en cada oportunidad si no lo frenaban él u otro centinela –la autoridad o las leyes, el instinto, la luna, la tormenta, el miedo, la espada cernida, los invisibles vigías-, para adoptar medidas escarmentadoras si esas eran las recomendables, las que tocaban según su criterio. ‘Es el estilo del mundo’, decía ante tantas cosas y situaciones: lo decía ante las traiciones y las lealtades, las zozobras y la aceleración del pulso, los vuelcos y el vértigo y las vacilaciones y los tormentos y los daños involuntarios, ante el rasguño y el dolor y la fiebre y la herida incurable, ante las aflicciones y los infinitos pasos que todos damos creyendo que la voluntad los guía, o al menos que interviene en ellos. Todo le parecía normal y aun rutinario a veces, la prevención o el castigo y jamás correr un grave riesgo, sabía demasiado bien que la tierra está infestada de fervores y afectos y de inquinas y malevolencias, y que a menudo los individuos no pueden evitar unos ni otras y además no quieren hacerlo, porque son mecha y pábulo de su combustión, también su razón y su lumbre. Y que no precisan de motivo ni meta para nada de ello, de finalidad ni causa, de agradecimiento ni agravio o no siempre, o que, como dijo Wheeler, ‘llevan sus probabilidades en el interior de sus venas, y sólo es cuestión de tiempo de tentaciones y circunstancias que por fin las conduzcan a su cumplimiento’. Y probablemente esa disposición suya tan drástica, a veces inmisericorde, o sólo práctica, era para Tupra un rasgo más de ese estilo del mundo al que él se conformaba o ceñía; esa actitud irreflexiva, inclemente, resuelta (o era de una reflexión tan sólo, la primera), también formaba parte de ese estilo inmutable a través de los tiempos y de cualquier espacio, y no había por qué cuestionarla, como tampoco hay que hacerlo con la vigilia y el sueño, o el oído y la vista, o la respiración y el caminar y el habla, o con cuanto se sabe que ‘así es y así será tiempo’.

Ahora yo me sentía como él, es decir, de los que no avisaban o no siempre, de los que tomaban resoluciones en la distancia y sin que sus motivos fueran apenas identificables, o sin que los actos establecieran con ellos un vínculo de causa o efecto, y todavía menos las pruebas e la comisión de tales actos. Tampoco yo las necesitaba, en aquella arbitraria o fundamentada vez –quién sabía, y qué importaba- en la que no pensaba mandar la menor advertencia o aviso antes de soltar el sablazo, ni siquiera necesitaba las acciones cumplidas o demostradas, los acontecimientos, los hechos ni la certidumbre para ponerme en marcha y arrancar de la vida de Luisa al hombre con el que se estuviera enturbiando y que la amenazaba, y a mis hijos también por tanto. Primero tendría que averiguar, después iría a encontrarlo. [...] Así que el siguiente paso, tras las conjeturas de mi padre y su creencia de que mi mujer le daría larga cuerda a quien la ilusionara ahora, o a quien ella enfocara (‘Sí, es mi mujer todavía, *sensu stricto*’, pensé. No nos hemos divorciado ni al parecer hay prisa, ninguno de los dos lo ha planteado’, y eso me reafirmó en mi determinación, o en mi reflexión primera que no admitía segunda), era ir a su hermana o hablar con ella por teléfono;... (pp 361-363)

‘¿Cómo fue eso de que los viste?’ Aunque fuera tan sucinta como decía, aquella sería para mí la única imagen de los dos juntos, aparte de la demasiado indirecta y desatendida de mi

cuñado, a través de mi hermana. Y tenía necesidad de figurármelos. Era extraño figurarse a Luisa al lado de alguien,, ya no al mío. Más que repugnante u ofensiva, me parecía irreal la ida, como una actuación, como una farsa. Y era más irreal que la dolorosa, también eso. Las separaciones de esta índole no tienen sentido, por normales que se hayan hecho en el mundo desde hace ya mucho tiempo. Uno se pasa años girando en torno a una persona, contando con ella en todo instante, viéndola a diario como si fuera una prolongación natural de sí mismo, llevándola incorporada en sus andares y en sus ocupaciones, en sus divagaciones y hasta en sus sueños. pensando en contarle la menor nimiedad que haya presenciado o que le haya ocurrido, por ejemplo la petición de una madre rumana de toallitas empapadas para sus niños. Uno *es con esa persona*, como aquella gitana húngara *era con ellos* o el perro de Alan Marrito *era sin pata*. Tiene un conocimiento de sus pensamientos y preocupaciones y actividades permanentemente renovado, detallado y constante; sabe cuáles son sus horarios y sus costumbres, a quiénes ve y con qué frecuencia; y cuando al caer la tarde uno se encuentra con ella los dos nos contamos lo que nos ha pasado y lo que hemos hecho durante la jornada, en la que ninguno abandonó del todo la conciencia del otro en ningún momento, y a veces esos relatos son pormenorizados; después se acuesta uno con ella y es lo último que ve en el día, y –lo que es más extraordinario- se levanta también con ella, que sigue ahí por la mañana, al cabo de las horas privadas, como si fuera uno mismo, que jamás se marcha ni desaparece y a quien nunca perdemos de vista; y así un día tras otro a lo largo de muchos años. Y de pronto –aunque no de ‘de pronto’, pero así lo parece una vez consumado el proceso y asentado el alejamiento: de hecho es ‘muy poco a poco’ y además vimos su inicio, pero sin querer enterarnos-, uno pasa a no tener noción de lo que esa persona piensa, siente y hace cotidianamente; transcurren días y semanas enteras sin que haya apenas noticia, y ha de recurrir a tercero –a quienes solían saber mucho menos: en comparación con uno, nada- para averiguar lo más básico: qué vida lleva, a quién ve, qué la angustia de los niños, con quién sale, si tiene un dolor o se ha puesto enferma, si su ánimo es ligero o nublado, si se sigue cuidando la diabetes y da sus largos y prescritos paseos, si le han dado un disgusto o le han hecho daño, si el trabajo la agota o la agobia o le trae satisfacciones, si teme el envejecimiento, cómo ve el futuro y cómo contempla el pasado, de qué modo me mira a mí ahora; y a quién quiere. No tiene ningún sentido que se pase del todo a la casi nada, cuando nunca dejamos de recordar y en lo fundamental somos los mismos. Todo es ridículo y subjetivo hasta extremos insoportables, porque todo encierras su contrario: las mismas personas en el mismo sitio se aman y no se aguantan, lo que era afianzada costumbre se vuelve paulatinamente o de pronto –tanto da, eso es lo de menos- inaceptable e improcedente, quien inauguró una casa encuentra prohibida la entrada en ella, el tacto, el roce tan descontado que casi no era conciencia se convierte en osadía u ofensa y es como si hubiera que pedir permiso para tocarse uno mismo, lo que gustaba y hacía gracia se detesta y estomaga y se maldice y revienta, las palabras ayer ansiadas envenenarían el aire y provocarían hoy náuseas, no quieren oírse bajo ningún concepto, y las dichas un millar de veces se intenta que ya no cuenten. Borrarse, suprimir, desdecirse, cancelar, y haber callado ya antes, esa es la aspiración del mundo y así nada es o nada es nada, las mismas cosas y los mimos hechos y los mismos seres son ellos y también su reverso, hoy y ayer, mañana, luego, y antiguamente. Y en medio no hay más que tiempo que se afana por deslumbrarnos, lo único que se propone y busca y así no somos de fiar las personas que por él aún transitamos, tontas e insustanciales e inacabadas todas, sin saber de qué seremos capaces ni lo que al final nos aguarda, tonto yo, yo insustancial, yo inacabado, tampoco de mí debe nadie fiarse... (pp 373-375)

‘Hay algo que no casa mucho, Cristina. No me pega que Luisa tolere a un individuo que loa maltrate, menos aún si lo ha conocido hace nada, hace unos meses. Si nuestras sospechas son ciertas, no le ha pegado una vez, sino dos. No entendería que aún lo viera y se acostara con él

como si nada; que no hubiese cortado a la primera, no digamos a la segunda. Ayer mismo me lo negaba; en cierto modo lo protegía, o se protegía, quiero decir su relación con él, que nadie la toque ni se inmiscuya, que nadie se mera. Se puede comprender que yo sea el último con el que esté dispuesta a hablar de un novio, más aún si es problemático, y aunque le represente un peligro. Pero, ¿contigo? ¿Cómo te explicarías tanto aguante? Y encima en una mujer nada sumisa como ella.’ Me di cuenta de que era la primera vez que lo decía y también que lo pensaba o me lo figuraba de veras, como algo real y regular, continuado: ‘... y se acostará con él como si nada’, había salido de mi boca. Sí, claro, se acostaban, es una de las gracias de los noviazgos y es la costumbre. ‘Pero eso no significa mucho, no por fuerza’, me apresuré a pensar para rebajar la imaginación fugaz y la palabras; ‘también yo me he acostado con Pérez Nuix y con otras y es casi como si no hubiera ocurrido. No están en mi pensamiento, no me acuerdo de ellas, o sólo de tarde en tarde y sin emoción alguna. Bueno, con Pérez Nuix es distinto, porque la veo a diario y cada vez que la veo me acuerdo o más bien lo sé, aunque mi polvo con ella fuera el más impersonal, cómo decir, casi a ciegas, casi anónimo, silente. También me acosté con otras mujeres regular y continuadamente, en el pasado, con Clare Bayes en Inglaterra sin ir más lejos, o con aquella novia en Toscana a la que debo mi italiano. Y qué, son sólo datos de un archivo, registrados hechos que desde hace mucho no me condicionan ni influyen. No, eso no significa gran cosa, una vez que cesa. Lo único es que lo de Luisa está sucediendo y aún no ha cesado, y además le hace daño y nos amenaza a todos, a los cuatro.’

Ahora fue Cristina la que se quedó pensativa unos segundos. La oí resoplar al otro lado del hilo, quizá se había hartado ya de la charla o debía reanudar sus preparativos e viaje.

‘Yo qué sé, Jaime. A lo mejor estamos equivocados y no le ha hecho nada, se dio contra un pivote y contra la puerta del garaje, una mala racha. Lo malo es que ni tú ni yo nos creemos eso. A mí me da que está empeñada en tirar adelante con él, por mucho que se haga la tonta o la distanciada, y en estos casos todo es posible, cuando alguien quiere querer no lo disuade nada circunstancial ni externo. Sólo el querido cuando rechaza su querer, y ni así a veces. La gente tiene mucho más aguante de lo que pensamos. Una vez enredadas, las personas lo aguantan casi todo, al menos durante un tiempo, lo sé por propia experiencia. Creen que podrán hacer cambiar lo malo, o que lo malo es pasajero. Y Luisa es paciente, tiene mucha correa, mira cuánto tardó en terminar contigo. Lo que no sé es por qué estamos hablando. Ella de momento no nos va a decir ni a contar nada, ya lo hemos visto. Ni siquiera podríamos intentar convencerla. No veo que nada esté en nuestra mano. Tengo que seguir con mis asuntos, Jaime, me voy mañana y esta conversación no nos lleva a ningún lado, aparte de a alimentarnos la preocupación mutuamente.’... (pp 379-381)

Había aprendido de Raresby y Ure y Dundas y hasta me había contagiado de Tupra, pero todavía no era como él ni deseaba serlo, excepto en alguna ocasión suelta, aquella era una ocasión suelta. Tal vez no se pueda imitar a la gente tan sólo a ratos y a conveniencia, y para actuar una vez como el modelo –una vez única- antes deba asemejársele uno en todo momento y circunstancia, es decir, también a solas y cuando no le hace falta, y para eso hay que tener motivos más fuertes que los encontrados, esto es, que los que vienen de fuera y nos asaltan. Hay que tener una necesidad profunda, una íntima voluntad de cambio, no era mi caso. Mi comporté como pensaba que él se habría comportado, inicialmente, pero llegó un instante en el que ya no estuve seguro o no supe imaginármelo... (p 383)

... Pero la coleta no lo era, en efecto, aunque desde hace años ya no sea infrecuente, o no el todo, ver a hombres luciéndola de cualquier edad (la edad ya no actúa como freno de nada, ha perdido todas las batallas contra la moda y la presunción). Le daba un aire rufianesco... (p 398)

VII Adiós.

A veces uno sabe lo que quiere hacer o lo que tiene que hacer o incluso lo que piensa hacer o lo que va a hacer casi seguro, pero necesita que además se lo digan o se lo confirmen o se lo discutan o se lo aprueben, en cierto sentido es una maniobra que uno lleva a cabo para descargarse un poco de responsabilidad, para difuminarla o para compartirla, aunque sea ficticiamente, porque lo que uno hace lo hace tan sólo uno, independientemente de quién nos convenza o nos persuada o nos aliente o nos dé el visto bueno, o hasta nos lo ordene o encargue. En algunas ocasiones disfrazamos esa maniobra de duda o de desconcierto, nos presentamos ante alguien y le hacemos la gran faena e pedirle opinión o consejo –la gran faena de pedirle o preguntarle algo-, y con eso ya logramos, como mínimo, que la siguiente vez que nos hablemos ese alguien nos inquietara por ello, qué pasó, cómo salió todo, qué decidimos por fin, si nos resultó o no de ayuda, si le hicimos o no caso. Con eso ya está envuelto, si es que no enredado, si es que no anudado. Lo hemos obligado a ser partícipe, sea nada más como oyente, y a plantearse la situación y preguntarse por el desenlace; le hemos hecho conocer nuestra historia y ya nunca podrá ignorarla o borrarla; y también le hemos dado cierto derecho a interrogarnos más tarde al respecto, o es cierto deber que le hemos impuesto: ‘¿Qué hiciste al final, cómo resolviste aquello?’, nos dirá esa vez siguiente, e incluso parecería raro, una falta de interés o de cortesía, que no volviera a referirse al caso expuesto y al que lo forzamos a contribuir con palabras, o, si declinó pronunciarse y no soltó prenda, con la mera escucha de nuestra consulta. ‘No lo sé, no puedo ni debo opinar, y además no quiero saberlo’, pudo muy bien contestarnos, y aun así yo dije algo: con esa respuesta dijo que el asunto no le gustaba y que le parecía venenoso o turbio, que no quería tomar parte en él ni siquiera como testigo auditivo, que prefería no estar enterado y que ninguna opción le hacía gracia, que era mejor que no hiciéramos nada y que lo dejáramos correr o nos apartásemos, y que le ahorrásemos a él el cuento, en todo caso. Aunque uno diga ‘No sé’ o ‘No quiero oír’ ya dice mucho, no hay escapatoria cabal cuando se le pregunta a alguien, ni siquiera con inhibirse ni con callar se salva, porque con su silencio está ya reprobando o desaconsejando, mucho más que otorgando, contrariamente a lo que afirma el dicho. Ojalá nunca nadie nos pidiera nada, ni casi nos preguntara, ningún consejo ni favor ni préstamo, ni el de la atención siquiera. pero eso nunca ocurre, es un deseo baldío. Siempre nos llega alguna pregunta penúltima, siempre queda alguna petición rezagada. Ahora era yo quien preguntaría, ahora iba yo a hacer la mía, en principio comprometedor para cualquier destinatario, salvo quizá para el que iba a escucharla. De él tenía que aprender aún bastante, para mi desasosiego y tal vez mi desgracia. (pp 431-432)

(Respuesta de Tupra) ‘¿Y me preguntas a mí qué debes hacer? ¿O qué preguntas, lo que yo haría? Tú lo sabes bien a estas alturas, Jack, lo que yo haría. Supongo que tu consulta es en realidad retórica, y sólo quieres que te asegure. Pues bien, te reaseguro, faltaría más. Si quieres quitar el problema de en medio, quítalo.’ (p 435)

... Pero el lenguaje es difícil cuando uno no sabe a qué atenerse y necesita saberlo con precisión, porque casi siempre es metafórico o figurado. No debe de haber mucho gente en el mundo que diga abiertamente ‘*Kill him*’, o en español diga ‘Mátalo’. (p 437)

Oí primero su risa paternalista, seca, levemente despreciativa, no era una risa que pudiéramos haber compartido, no era la que une a los hombres desinteresadamente entre sí, y entre sí a las mujeres, y la que entre mujeres y hombres puede establecer un vínculo aún más fuerte y más

tensado, una unión más profunda, compleja, y más peligrosa por más duradera o con mayor aspiración de durabilidad, quizá Luisa y Custardoy tenían esa, la espontánea e inesperada, la simultánea, ya que él hacía reír con facilidad a todo el mundo, según parecía. La de Tupra fue una risa de cierta decepción menor, de impaciencia, dientes pequeños con luminosidad, se la había visto en persona otras veces... (p 438)

Me costó arrancar unos instantes, mi petición me daba algo de vergüenza. Pero la manera de vencer ésta era formular aquélla y pasar el trago. Todo da más corte antes que luego, y hasta que durante. (p 441)

No se me había ocurrido relacionarlo: al oírle a Miquelín hablar de lo que le haría un estoque a un hombre, caí en la cuenta y me recorrió un escalofrío de repugnancia, aunque no fue, curiosamente, extrañamente, de repugnancia hacia mí mismo, aún debía de verme ajeno a lo que proyectaba, o aún veía el proyecto vacío de contenido, o es que nunca hay repugnancia enteramente sincera hacia uno mismo y eso es lo que nos permite hacer todo, según nos vamos acostumbrando a las ideas que nos surgen o nos instalan, poco a poco, o asumimos que vamos a hacer lo que haremos. ‘Me asemejaría a aquel malagueño atravesado, ... el que toreó a Emilio Marés... (pp 443-444)

No sé, creo que en aquellas alturas ya tenía asumido el dictamen de Wheeler de que los individuos llevan sus probabilidades en el interior de sus venas [...]; él había dispuesto de más tiempo que yo, de mayores tentaciones y más variadas circunstancias para conducir esas probabilidades a su cumplimiento; había vivido e intervenido en guerras, y es en ellas donde se puede ser más persuasivo y encerrar más peligro y hacerse más ruín que los enemigos; donde se puede sacar más provecho de la mayoría de la gente, que según él era tonta y frívola y crédula, y en la que resultaba fácil prender un fósforo que diera lugar a un incendio; done ??? mejor y más impunemente puede hacerse caer a otros en la odiosa y destructiva desgracia de la que jamás se sale, y así convertir a esos sentenciados en bajas, en no-personas, en talados árboles de los que rebañar leña podrida; y también es el tiempo más propicio para esparcir brotes de cólera, y de malaria, y peste, y para poner muchas veces en marcha el proceso de la negación de todo, de quién eres y de quién has sido, de lo que haces y lo que has hecho, de lo que pretendes y pretendiste, de tus motivos y tus intenciones, de tus profesiones de fe, tus ideas, tus mayores lealtades, tus causas...

Oh sí, uno no es nunca lo que es –no del todo, no exactamente- cuando está solo y vive en el extranjero y habla sin cesar una lengua que no es la propia o la el principio; pero en su país no lo es tampoco cuando está en una guerra o cuando lo dominan la ira o la obstinación o el miedo: uno se siente hasta cierto punto irresponsable de lo que haga o presencie, como si todo perteneciera a una existencia provisional, paralela, ajena o prestada, ficticia o casi soñada –o quizá es teórica como mi vida entera, según el informe sin firma del viejo fichero que me concernía-; como si todo pudiera ser relegado a la esfera de lo imaginado tan sólo y jamás ocurrido, y desde luego de lo involuntario; todo echado a la bolsa de las figuraciones y de las sospechas e hipótesis, y aun a la de los meros y desatinados sueños, tras los cuales siempre cabe decirse, una vez despierto: ‘No, yo no quería que apareciera ese deseo anómalo o ese odio mortífero o ese remordimiento infundado, esa tentación o ese pánico o ese afán punitivo, esa amenaza ignorada o esa maldición sorprendente, esa aversión o esa añoranza que ahora pesan todas las noches como plomo sobre mi alma, esa asquerosidad o esa violencia que yo mismo causo, esos rostros ya muertos y para siempre configurados que pactaron conmigo no tener más mañana (sí, ese es nuestro pacto con los que se callan y son expulsados: que no hagan ni digan más, que desaparezcan y ya no cambien) y que ahora vienen a susurrarme palabras temibles e inesperadas y quién sabe si aún impropias de ellos o ya no tanto, mientras

yo estoy dormido y he abandonado la guardia: he dejado sobre la hierba mi escudo y mi lanza'. Y además uno puede repetirse infinitas veces las inquietantes palabras de Yago, no ya sólo después, sino durante sus actos: *'I am not what I am. Yo no soy lo que soy'*. Y de la misma manera que el que encarga un crimen, o el que amenaza con uno, o el que se destapa miserias exponiéndose a un chantaje, o el que compra a escondidas –el cuello del abrigo alzado y la cara siempre en sombras, nunca enciendas un pitillo–, le advierten al asesino a sueldo o al amenazado o al chantajista posible o a la conmutable mujer ya olvidada en el deseo y que aun así nos da vergüenza: 'Ya lo sabes, a partir de ahora no me has visto nunca, no sabes quién soy, no me conoces, yo no tengo rostro ni voz ni aliento ni nombre, ni siquiera nuca y espalda. No han tenido lugar esta conversación ni este encuentro, lo que ocurre aquí ante tus ojos no ha sucedido, no está pasando, ni estas palabras las has oído porque no las he pronunciado. Y aunque las oigas ahora, yo no las digo'; así, del mismo modo puede uno decirse: 'Yo no soy lo que soy ni lo que veo que hago. Es más, ni siquiera lo hago'.

Lo que no tenía tan asumido, o simplemente ignoraba, es que lo que uno haga o no haga pueda depender no sólo del tiempo, las tentaciones y las circunstancias, sino de tonterías y ridiculeces, de pensamiento azaroso y superfluo, de la duda o el capricho o de un estúpido arranque, de las asociaciones inoportunas y del tuerto olvido o los volubles recuerdos, de la frase que te condena o del gesto que te salva. (pp 449-452)

Ahora veía muy claro que yo no quería tener la suerte ni la desgracia de que Luisa muriera o de que la mataran (suerte en el imaginario y en la realidad desgracia), que no podía permitírmelo porque lo de la realidad no tiene vuelta y jamás puede ser deshecho, ni siquiera quizá compensado, en contra de lo que la mayoría cree (y al muerto desde luego no hay nunca manera de compensarle su muerte, y acaso tampoco a sus vivos, que sin embargo hoy piden dinero tantas veces, poniéndole así precio a la gente cuando ya ha dejado de pisar la tierra o de cruzar el mundo). (pp 452-453)

... y me acordé del momentáneo engreimiento que me había asaltado tras descubrir el miedo que le había infundido a De la Garza sin querer, en su despacho ('Ya puede usted sentirse satisfecho: lo tenía cagado', me había dicho luego el Profesor Rico, sin remilgos ni onomatopeyas). Y también recordé que acto seguido me había repugnado sentirme halagado por tal cosa, lo había juzgado impropio de mí, del que yo era y había sido, de mi rostro presente y de mi rostro pasado, que quizá estaban cambiando con el mañana que ya había llegado. *'Presume not that I am the thing I was. No presumas que soy lo que fui'*, cité para mis adentros mientras avanzaba. *'I have turn'd away my former self. He dicho adiós a mi antiguo yo, o le he dado la espalda, o de él me he apartado. Cuando oigas que soy como he sido, acércate a mí, y serás como fuiste. Hasta entonces te destierro, bajo pena de muerte, a mantenerte a distancia de nuestra persona...'* Eran palabras del Rey Enrique V nada más ser coronado, muchos años antes de que se mezclara de incógnito una noche con sus soldados, la víspera de la batalla de Agincourt, con todos los elementos en contra y arriesgándose mucho a ser mal juzgado, o, como le dice uno de sus soldados sin saber que es con su Rey con quien habla, a verse en aprietos para rendir cuentas si no es buena causa la de su guerra. Aquellas eran las palabras inesperadas del que hasta hacía muy poco había sido Príncipe Hal, disoluto, juerguista y mal hijo, dirigidas a su aún reciente compañero de fatigas, el ya anciano Falstaff al que ahora negaba: *'I know thee not, old man. Yo no te conozco, viejo'*, basta con una frase así para abjurar de cuanto se ha vivido hasta entonces, de los excesos y la falta de escrúpulos, del abuso y de la pendencia, de los prostíbulos y las tabernas y los inseparables amigos, aunque éstos le digan suplicantes a uno, como Falstaff a su querido Príncipe Hal cuando éste apenas había abandonado ese nombre para convertirse en rígido Rey Enrique sin ya posible vuelta atrás ni retorno: *'My sweet boy. Mi dulce niño'*. Pero palabras como esas no sólo sirven

para enmendarse y dejar atrás una vida licenciosa o de *roué avant la leerte*, de calavera o bala perdida, sino que asimismo valen para anunciar otras sendas y otros giros o metamorfosis: también yo podría decirles a Luisa y Custardoy mentalmente, y decirme a mí mismo mientras caminaba: ‘No presumas que soy lo que fui. He dicho adiós a mi antiguo yo. Llevo una pistola y encierro peligro, ya no soy quien jamás dio miedo a nadie sabiéndolo, sino que no soy lo que soy, como Yago, o estoy empezando a no serlo’. (pp 454-455)

... pero yo le dije en seguida-: Las manos en el sombrero. –Y a quién no le complace dar órdenes que por fuerza van a ser obedecidas, también me di cuenta de eso. A una parte de mi conciencia no le gustó que me gustara, pero no estaba para hacerle caso entonces, el resto está ya muy ocupada, tenía algo de lo que ocuparme, no era posible dejarlo a medias, ya había empezado. (p 463)

... ‘Pero no, si yo disparo la mía ya no estará en blanco’, pensé, ‘y si no lo hago tampoco lo estará totalmente, después de todo esto y de haberlo considerado y de haberle apuntado. Nunca nos libramos de contar algo, ni creyendo dejar nuestra página en blanco. Y ocurre entonces que las cosas, aunque no se cuenten ni tan siquiera pasen, jamás logran estarse quietas. Es horrible’, me dije. ‘No hay manera. Aunque ni siquiera se cuenten. Y aunque ni siquiera pasen.’ Miré con atención la pistola al final de mi brazo, una vieja Llama, como miraba su reloj de Muerte en el cuadro de Baldung Grien, lo único por lo que se guiaba y no por los vivos que tenía a su lado, para qué, si ya estaba contemplando sus rostros mañana. ‘Y entonces qué más da que pasen. “Tú y yo seremos de los que no imprimen huella”, eso me dijo una vez Tupra, “dará lo mismo lo que hayamos hecho, nadie se ocupará de contarlo, ni siquiera de averiguarlo.” Y además’, me seguí diciendo, ‘llegará un día en que todo esté nivelado y la vida sí que no será contable, y en que a nadie le importará nada nada.’ Pero ese día aún no había llegado y tuve curiosidad y tuve miedo –‘*And in short, I was afraid*’-, y sobre todo tuve tiempo para preguntarme, como en aquellos versos que conocía y que aseguraban que lo habría sin duda: ‘*And indeed there will be time to wonder, “Do I dare?” and, “Do I dare?” Time to turn back and descend the stair...*’. Tiempo para preguntarme si me atrevería, sabiendo que también lo habría para volverme atrás y descender la escalera, y hasta para hacerme la pregunta completa que en el poema viene un poco más tarde –‘*Do I dare disturb the universe?*’ – y que nadie se hace antes de obrar ni antes de hablar porque todo el mundo se atreve a ello, a turbar el universo y a molestarlo, con sus rápidas y pequeña lenguas y con sus mezquinos pasos, ‘*So how should I presume?*’. Y eso fue lo que aún retuvo mi dedo sobre el guardamonte y mi mano sin amartillar el arma, eso fue lo que me pasó, y además sabía que siempre quedaría tiempo para apoyarlo en el gatillo y disparar, tras montarla con un solo gesto, me lo había enseñado Miquelín. (pp 474-475)

(Custardoy)... Eso lo tendríamos que decidir ella y yo, ¿no te parece?

Sí, claro que me parecía. No tenía derecho a inmiscuirme y todo eso, ella era libre, ella era adulta, a lo mejor hasta estaba muy contenta con él, no me había pedido opinión ni protección, ni siquiera se había dignado informarme de su vida actual, de su vida que no me atañía; claro que estaba de acuerdo. Pero todo eso ya sobraba, había resuelto inmiscuirme y emplear la fuerza y el miedo, y entonces uno debe dejar de lado los argumentos y los principios, el respeto y las reservas morales y los escrúpulos, porque uno ha decidido hacer lo que quiere hacer e imponerlo, conseguir sus propósitos sin más ni más, y ahí, como en cualquier guerra iniciada, ya no debe intervenir ni contar la razón. Una vez cruzada la raya, da lo mismo tenerla o no, se trata tan sólo de salirse uno con la suya, de vencer y someter y prevalecer. Él la pegaba y debía cesar, eso era todo [...]

- Sí –le reconocí-, tendríais que decidirlo ella y tú. Pero no va a ser así. Lo vas a decidir tú. Tú la vas a abandonar hoy mismo. O a ella o al mundo, listo, tienes para elegir, tú sabrás lo que prefieres abandonar. [...]

Por primera vez lo vi dudar, quizá hasta le vi temor. ‘Meterle un tiro’, pensé, ‘se ha dado cuenta de que no es difícil, de que basta con no ser lo que uno es durante dos segundos, o con sí ser lo que uno no es –uno no es un asesino y de repente ya lo ha sido y lo es para la eternidad-, de que a cualquiera con un arma en la mano le puede dar por ahí si durante un solo instante deja de percibir la magnitud del gesto, de un solo gesto sencilla o más bien de dos, amartillar el arma y apretar el disparador, pueden ser simultáneos como en las películas del Oeste [...], pero la mano y el dedo se van ellos solos como si en verdad no los moviera nadie, ninguna conciencia ni voluntad, acarician y se deslizan y resbalan casi, ni siquiera hay que hacer el esfuerzo que siempre exige una espada, hay que alzarla primero y después abatirla y ambos movimientos requieren toda la fuerza del brazo o incluso de los dos, y así no pueden manejarla los niños ni muchas mujeres ni los hombres enclenques, y en cambio la pistola está al alcance del ser más débil y del más temeroso y del más idiota y del de menos mérito –mucho más todavía que la deshonrosa ballesta, la pistola democratiza el matar-, y cualquiera puede causar un daño irreparable con ella, no hace falta más que dejarse ir. Y si ahora yo monto el arma, Custardoy se aterrará.’ [...] (pp 478-480)

... Qué malo es que le cuenten a uno, de todas formas, qué malo es que nos metan ideas en la cabeza, aunque sean insólitas y descabelladas y aunque no se sostengan y resulten inverosímiles (pero todo tiene su tiempo para ser creído), cualquier dato que registra la mente se queda en ella hasta que lo alcanza el olvido y el olvido siempre es tuerto, cualquier relato o información y también hasta la posibilidad más remota se graba, y por mucho que uno limpie y restriegue y borre, ese cerco es de los que no salen jamás; cómo se entiende que la gente deteste el conocimiento y niegue lo que está ante sus ojos y no quiera enterarse de nada y repudie saber, que evite la inoculación y el veneno y lo aparte nada más vislumbrarlo o sentir su proximidad, lo mejor es no exponerse, qué comprensible es que casi todos hagamos caso omiso de lo que vemos y adivinamos y anticipamos y olemos, y que arrojemos a la bolsa de las figuraciones lo que se nos aparece claro durante un instante, antes de que se nos pueda asentar en el ánimo y nos lo deje turbado para siempre jamás, y así nada tiene de particular que no estemos dispuestos a conocer ningún rostro, ni hoy ni mañana ni ayer. ‘Cuál es el mío ahora’, me pregunté. ‘Cuál es el de Luisa, que yo creía tener descifrado a todos los efectos y de arriba abajo, del pasado al futuro y del mañana al ayer, y viene este hijo de puta a hablarme de su sexualidad y a decirme que a él le pide caña en la cama, es de chiste, no debo creerle ni preguntarme siquiera al respeto, pero las personas cambian y sobre todo descubren cosas, los malditos descubrimientos que nos las quitan y se las llevan lejos, con la joven Pérez Nuix yo descubrí el placer de fingir que no se hace lo que se hace o de simular que no ocurre lo que está ocurriendo, no es lo mismo, creo yo, aquello fue algo político, un juego tácito, pero eso es lo que me diría este cabrón, que es todo un juego, un juego erótico, maldita sea la puta que lo parió, todo es posible pero no puede ser. El ojo morado de Luisa no era un juego, y una mierda era un juego, y sin embargo Custarboy ha dicho “Ya. Qué. Los golpes”, por qué ha utilizado el plural si yo sólo he podido ver uno, quién sabe si bajo su vestido tendrá más, en su cuerpo, en este viaje yo no he visto a Luisa desnuda ni la voy a ver, seguramente no la veré nunca más y este hijo de puta sí, a menos que yo se lo impida [...]

Y sí, amartillé, monté el arma [...] ‘Nunca el dedo sobre el gatillo hasta que estés bien seguro de que vas a disparar’. Y lo estuve, lo estuve, lo estuve durante unos segundos –uno, dos tres, cuatro, cinco; y seis-, y después yo no. No sé lo que lo salvó aquella vez, no fue callar, o es que fueron varias las cosas –pensamientos, recuerdos, y un reconocimiento-, agolpadas todas en seis segundos o tal vez fueron siete, o acaso algunas me vinieron más tarde y así tuvieron

más tiempo para ser pensadas o recordadas, ya de vuelta en el hotel. ‘Cuál es mi rostro ahora’, volví a pensar. ‘Se une al de tantos hombres y no tantas mujeres que han tenido la vida de otro en sus manos, y en seguida puede unirse al de los que se la quitaron. [...] (pp 484-486)

... Custardoy ya no estaba tan chulo, noté cómo le crecía la aprensión. Y entonces me vino otro pensamiento o recuerdo, que debió condenarlo más y extrañamente ayudó a salvarlo: ‘Este hombre es un “guebridguma” mío, santo cielo, Luisa nos convertido a él y a mí en “conyacentes” o “cofolladores” a nuestro pesar, del mismo modo que probablemente lo somos Tupra y yo por la intermediación o el vínculo de Pérez Nuix y que lo seré de tantos sin tener ni idea a través de otras mujeres, eso nunca lo tenemos presente al fornicar con alguien la primera vez, a quiénes juntamos y a quién nos unimos, y hoy en día esas relaciones fantasmagóricas, indeseadas o no buscadas, serían el cuento de nunca acabar. Pero según aquella lengua muerta este hombre y yo guardamos un parentesco, y en cualquier idioma una afinidad, eso es seguro, y tal vez por eso yo no deba matarlo, por eso también, tenemos algo fuerte en común, tampoco a mí me ha gustado nunca tanto una mujer como Luisa, al fin y al cabo queremos a la misma persona y ahí no lo puedo culpar, o quizá él tan sólo se la folla, sus sentimientos no los puedo saber’. Podía intentar averiguarlos, preguntarle si la quería, pero esa pregunta me pareció ridícula, y además, con una pistola amartillada apuntándole, ya sabía lo que me contestaría, y en cambio no si sería verdad. La verdad sería lo último que me dijese en aquel instante, si creyera que la verdad lo podía matar.

‘No quiero que desaparezca nadie’, pensé entonces, a continuación. ‘No creo en el Juicio ni en ningún gran baile final de la aflicción y el contento, ni en los asesinados que elevarán sus quejas a los asesinos y los acusarán ante el horrorizado o hastiado Juez, reunidos todos en un tremendo guirigay. No creo en eso porque yo no soy del tiempo de la fe firme, y porque además no hace falta, esa escena ya tiene lugar aquí, en esta tierra, sólo que de manera fragmentaria e individual, al menos cuando el muerto sabe o ve quién lo mata y entonces ya puede decirle con su mirada de adiós: “Me quitas la vida más por celos que por justicia, yo no he matado a nadie o tú no lo sabes, me metes una bala en la sien o bajo el lóbulo de la oreja no porque creas que pego a tu ya no mujer como un vulgar maltratador, aunque no puedas ni quieras evitar la sospecha y creerlo así en parte para tu momentánea justificación que de nada te servirá ya mañana, sino porque me tienes miedo y vas a luchar por lo tuyo como todo el mundo que comete un crimen y debe convencerse de su necesidad: por tu Dios, por tu Rey, por tu patria, tu cultura o tu raza; por tu bandera, tu leyenda, tu lengua, tu clase o tu espacio; por tu honor, tu religión, por los tuyos, por tu caja fuerte, tu monedero y tus calcetines; o por tu mujer. Y en resumen, tienes miedo. Morí en mi casa en un día nublado, sin haberme quitado la gabardina y entre mis cuadros, cuando menos lo esperaba y a manos de un desconocido que me interceptó en el portal y me dio un cigarrillo último que no me gustó. Yo no iré más al Prado a mirar las pinturas, ya no las estudiaré ni las copiaré ni tampoco las falsificaré, no caminaré más por Madrid con mi coleta ondeante y mi bonito sombrero ni me tomaré más cervezas ni raciones de bravas, no entraré en la librería ni saludaré a mis amigas ni me pararé a ver las estatuas ni las piernas andantes de ninguna mujer, y a nadie más haré reír. A todo eso tú le pones fin. Quizá no es mucho pero es lo que tengo, es mi vida y es única, y nunca nadie la volverá a tener. Pese yo ahora todas las noches como plomo sobre tu alma, llene yo tu sueño de perturbaciones, sientas en tu pecho mi rodilla hincada, mientras duermes con un ojo abierto que ya nunca podrás cerrar”. No, no quiero que desaparezca nadie’, volví a pensar, ‘ni siquiera que este hombre falte de aquí. No me atrevo, *I do not dare*, y siempre habrá tiempo de volverme atrás y *to descend the stair*, no me atrevo a turbar el universo o no debo, menos aún a suprimir nada de él, en mi humor airado o *in my angry mood*. Custardoy cabe en estas calles durante algún tiempo más, ya van llenas de sangre y nadie debe abandonarlas temblando, y quizá están saturadas de los hombres de ira llenos y de los rayos

sin truenos que despedazan callando, no debo ser uno más. “Cada cual asiste a su relato, Jack, tú al tuyo y yo al mío”, eso me dijo Tupra una vez. Mi rostro también se uniría al de Santa Olalla y al que es aún peor, al de Del Real, que para mí han sido siempre los nombres de la traición; porque delatar a mi padre justo al término de la Guerra no buscaban otra cosa que su ejecución y su muerte, para cualquier denunciado ese era el destino normal, ellos fueron los dueños del tiempo, sostuvieron el reloj en la mano y lo mandaron parar, sólo que aquel reloj siguió funcionando y no les obedeció y gracias a eso estoy yo aquí y él no tuvo que decirme al morir: “Extraño ver todo aquello que nos concernía como flotando suelto en el espacio. Y penosa la tarea de estar muerto...”. No, no seré yo quien le disponga esa tarea mezcla de simpatía y aversión, él es parte de este paisaje y del universo, aún pisa la tierra y cruza el mundo y no me toca alterarlos a mí, al final del tiempo sólo quedan vestigios o cercos y en cada uno se rastrea a lo sumo la sombra de una historia incompleta, llena de lagunas, fantasmal, jeroglífica, cadavérica o fragmentaria como trozos de lápidas o como ruinas de tímpanos con inscripciones quebradas, “materia pasada, materia muda”, y entonces puede dudarse de que jamás hay existido. Para qué hizo esto, dirán de ti, para qué tanta zozobra y la aceleración de su pulso, para qué aquel movimiento, y aquel vuelco; y de mí dirán: por qué habló o calló o calló y guardó tantas ausencias, para qué aquel vértigo, tantas las dudas y tal tormento, para qué dio aquellos y tantos pasos. Y de los dos dirán: para qué guerrearon en lugar de mirar y de quedarse quietos, por qué no supieron verse o seguirse viendo, y a qué tanto sueño y aquel rasguño, mi dolor, mi palabra, tu fiebre, y tantas las dudas, y tal tormento.’ (pp 490-494)

Y es que mientras pensaba (o mucho de esto lo pensé más tarde), caí en la cuenta de quién era la persona a la que Custardoy me recordaba; de cuál era su afinidad, por emplear la palabra de Wheeler; o su parentesco, o en este caso había hasta parecido. Y seguramente fue eso tan frívolo lo que lo salvó del todo, lo que lo salvó de veras y definitivamente, una tontería, una ridiculez, un relámpago azaroso y superfluo, una asociación oportuna o un voluble recuerdo que podían o no haber acudido, a veces depende de eso lo que uno haga o no haga, de la misma manera que decidimos darle limosna a un mendigo entre tantos, cuya estampa nos conmueve sin pretenderlo: vemos a la persona de pronto, más allá de su condición y su función y sus necesidades, la individualizamos, y ya no nos parece indistinguible ni intercambiable como objeto de compasión, los hay a cientos; así le había sucedido a Luisa con la joven rumana o húngara o bosnia y su centinela niño a la puerta el hipermercado, en los que yo me había descubierto pensando más de una vez, allí lejos en Londres, tras haber sabido de su existencia por un relato. Asociaba a Custardoy a mi vecino bailarín de enfrente, con el que no había cruzado una palabra pero que tantas veces me había animado o sosegado con sus danzas improvisadas a través de los árboles y de la estatua, más allá de la Square o plaza, solo o acompañado de sus amigas o *partenaires* o amantes. Sí, tenían bastante en común: mi bailarín es un individuo delgado y de facciones huesudas –mandíbula y nariz y frente- pero constitución atlética y fuerte, lo mismo que Custardoy es todo nervio; luce un bigote poblado pero cuidado, como de boxeador pionero pero sin ondulaciones decimonónicas, recto, y se peina hacia atrás con raya en medio, como si llevara coleta pero no se la he visto, cualquier día se la deja como Custardoy, cualquier día; también lleva corbata a veces como la lleva éste siempre, hasta en sus correteos y saltos por su despejado salón sin muebles, qué loco este tipo, qué feliz se lo ve, qué contento, qué desentendido de cuanto nos gasta y consume, entregado a sus bailes que no son para nadie, resulta divertido e incluso da alegría mirarlo, y además tiene misterio, no logro figurarme quién es ni a qué se dedica, se sustrae –y eso no es frecuente- a mis facultades interpretativas o deductivas, que aciertan o yerran pero en todo caso nunca se inhiben, sino que se ponen al instante en marcha para componer un retrato improvisado y mínimo, un estereotipo, un fregonazo, una suposición plausible, un esbozo o retazo de vida por

imaginarios y elementales o arbitrarios que sean, es mi mente detectivesca y alerta, mi mente imbécil que me criticaba y reprochaba Clara Bayes hace ya muchos años, antes de que conociera a Luisa, y que hube de sofocar con Luisa para no irritarla y no darle miedo, el miedo supersticioso que más daño hace, y aun así sirvió de poco, nada sirve contra lo que ya se sabe y más se teme (quizá porque se lo atrae con fatalismo entonces, y se lo procura porque si no es un chasco), y uno suele saber cómo acaban las cosas, cómo evolucionan y qué nos aguarda, hacia dónde se encaminan y cuál ha de ser su término; todo está ahí a la vista, en realidad todo es visible desde muy pronto en las relaciones como en los relatos honrados, basta con atreverse a mirarlo, un solo instante encierra el germen de muchos años venideros y casi de nuestra historia entera –un solo instante cargado o grave-, y si queremos la vemos y la recorremos ya, a grandes rasgos, no son tantas las variaciones posibles, los indicios rara vez engañan si sabemos discernir los significativos, si se está –pero es tan difícil y catastrófico– dispuesto a ello...

Había interpretado o deducido a Custardoy y además tenía datos, me habían bastado ambas cosas para condenarlo. Pero qué mala o qué buena suerte –cómo lamento, cómo lo celebro–, aquel hombre me recordaba a mi bailarín satisfecho al que estaba agradecido a distancia, sin duda de ahí me venía la inexplicable simpatía mezclada con la profunda aversión que me inspiraba. Quién sabía si se parecerían en más aspectos, si tendrían más afinidades aparte de la sonrisa grata y de las físicas y superficiales: cuando Custardoy hacía esbozos o tomaba notas ante el cuadro de Parmigianino tal vez estaba tan concentrado en ello como mi vecino en sus danzas, tan feliz y contento, y acaso cuando pintara en casa, cuando copiara o falsificara, se abstraiera todavía más y se desentendiera del todo de cuanto nos gasta y consume. Y el bailarín se hacía acompañar a menudo e dos mujeres, como él se llevaba a veces a dos a la cama en su necesidad de desdoblamiento o de vivir más de una vida. Fue eso, sobre todo eso, lo que me hizo renunciar a matarlo, una tontería, una ridiculez, un relámpago del pensamiento azaroso y superfluo, de la duda o del capricho o un estúpido arranque, una asociación inoportuna de los volubles recuerdos, o fue más bien del tuerto olvido. (pp 495-498)

... los pocos días que me quedaban ya en Madrid. Los dediqué a los niños y a sacarlos por ahí (niños insaciables, como todos los de ahora, supongo, han desaprendido la costumbre de estar en sus casas, que ven como condenación, y requieren distracciones continuas en el fatigoso exterior), y también a mi padre, que empeoraba muy lenta, pero perceptiblemente.

La última vez que fui a visitarlo, la víspera de mi partida, estaba como casi siempre sentado en un sillón, con las manos entrelazadas como quien espera sin impaciencia o sin saber a qué espera –a que se haga de noche y luego otra vez de día, quizá–, y de vez en cuando se llevaba los dedos a las cejas y se las alisaba inconscientemente, y luego se pasaba el pulgar y el índice por debajo del labio inferior, era un gesto muy suyo de siempre, se acariciaba, casi se frotaba esa zona, y era un gesto de meditación. Pero verlo así, sin que me hablara apenas, en aquella extraña espera, llevando yo la charla por él y arrancándole pocas palabras, devanándome los sesos en busca de preguntas y temas de conversación que lo pudieran hacer reaccionar y animarse, sin que el alcance de su meditación se manifestara o brotara como era habitual en él, me causó considerable angustia; de pronto me resultaba tan impenetrable como un bebé, que algo deben de pensar sobre lo que les rodea, puesto que para ello están facultados, pero nunca hay con ninguno la menor posibilidad de averiguar qué es.

- ¿En qué piensas? –le pregunté por fin, tras varias tentativas fallidas de interesarlo por noticias y acontecimientos recientes.

- En los primos –me contestó.

- ¿Qué primos?

- Cuáles van a ser. Los míos.

- Pero si tú no tienes primos, nunca has tenido primos –le dije con un poco de alarma.

Se quedó parado, como si se hiciera una corrección mental, y a continuación disimuló, no insistió, sino que volvió a contestar como si fuera la primera vez.

- En mi tío Víctor –dijo-. Decidle que haga el favor de avisar a mi padre de que ahora voy para casa.

Sí había tenido un tío Víctor, pero él y mi abuelo llevaban muertos muchísimos años, tantos que yo no había llegado a conocerlos, a ninguno de los dos. Era la primera vez que le iba la cabeza, al menos en presencia mía. Quizá la expresión es incorrecta, y lo que se le había ido era el tiempo, que tal vez nunca pasa del todo en contra de lo que solemos creer, como tampoco nunca dejamos de ser enteramente lo que hemos sido, y no es tan raro deslizarse en el pasado de un modo tan vivo que éste se yuxtaponga al presente, sobre todo si es el presente de un viejo, que le ofrece poco y no es variado, con sus días indistinguibles. Quien espera sin impaciencia o sin saber a qué espera tiene motivos para instalarse en la época que le sea más grata o que más le convenga, el hoy no le hace caso y él tiene derecho a no hacérselo a él, y no hay razón para la reclamación recíproca.

- Pero si tu padre está muerto –volví a enmendarle, desde hace muchísimo, y tu tío Víctor también.

De nuevo no se empeñó, sino que ahora dijo:

- Ya lo sé que están muertos. Vaya novedad me traes, Jacobo. –Y se rió con indulgencia, como si el que estuviera disparatando fuera yo.

Quizá ahora mi padre iba y volvía a lo largo del tiempo con enormes facilidad y rapidez. Quizá iba siendo dueño del tiempo y en la mano tenía el reloj, el de sí mismo o de su existencia, y mientras lo miraba avanzar con calma, él viajaba a voluntad. Acaso eso sea lo único que en verdad les queda a los muy ancianos –sobre todo si no son ancianos astutos, como Wheeler-: cuando ya no se esfuerzan por cubrir las vacantes, por buscar relevos o sucesores de las muchas figuras perdidas a lo largo de sus vidas; y al no participar ya más de ese mecanismo o movimiento sustitutorio universal continuo –que al ser de todos es el nuestro-, dejan de añadirse remedos y de rodearse de ellos, para recuperar en cambio los originales en toda su plenitud. Yo no necesitan la vida, que es floja y pálida y huidiza, sino sólo el pensamiento, que se les hace cada vez más potente y nítido y abarcador, al no tener que convivir más que a ratos con la realidad..(pp 511-513)

... – Lo estaba viendo, comprendí que estaba viendo aquel buj de su infancia y también las demás armas, se le puso esa mirada que a menudo se les pone a los viejos aunque estén acompañados y hablando animadamente, son ojos mates de dilatado iris que alcanzan muy lejos en dirección al pasado, como si en verdad vieran sus dueños físicos con ellos, quiero decir ver los recuerdos. No es una mirada ausente sino concentrada, sólo que en algo a muy larga distancia. Y tras su breve ensoñación siguió contando-: (p 515)

- Siempre has dicho lo que te alegraba saber con certeza que en la Guerra no habías matado a nadie, que no hubiera habido ocasión. Eso no casa mucho con guardar una pistola luego, cuando las cosas no estaban tan mal. Quiero decir cuando la vida era menos expuesta y menos caótica, aunque durante una dictadura tampoco esté nadie a salvo, claro está. ¿Cómo es que no la entregaste, o te desprendiste de ella?

- Porque después de haber vivido una guerra, ya nunca se sabe –repitió. Y se quedó callado, pero con las dos manos apoyadas en los brazos de su sillón, como si fuera a tomar impulso en ellos para añadir algo más, así que esperé. Y en efecto añadió algo más-: Sí, me alegro mucho de no haber matado a nadie. Pero eso no significa que no lo hubiera hecho, si no me hubiera quedado otro remedio. Si vosotros o vuestra madre hubierais estado amenazados de muerte y yo la hubiera podido impedir así, lo habría hecho, estoy seguro. Cuando erais pequeños, quiero decir, porque ahora ya os podéis defender, es muy distinto. Ahora ya no mataría por

vosotros, supongo. Aparte de no estar capacitado, mírame cómo estoy, vosotros mismo lo podéis hacer. no me necesitáis para eso. Y además no sabría ni os lo merecáis, cada uno lleváis vuestra vida y yo no sé cómo la empleáis. Antes era distinto, antes lo sabía todo de vosotros, cuando erais pequeños y estabais aquí. Tenía todos los datos, ahora ya no. Es raro que los hijos se conviertan en unos semidesconocidos, hay muchos padres que no lo aceptan y que les son incondicionales en todo caso, incluso contra toda evidencia. Yo conozco al que fuiste, y creo reconocerlo en ti. Pero a ti no te conozco, en realidad, como lo conocía a él, en modo alguno; y lo mismo con tus hermanos. A vuestra madre, en cambio, la conocí hasta el final, por ella sí habría matado hasta el final. –Ahora la cabeza y el tiempo le funcionaban perfectamente, y tras una mínima pausa para cerrar el paréntesis, regresó a lo anterior: Uno nunca sabe, nunca sabe, y puede que un día deba utilizar una pistola. Mira lo que pasó en Europa durante la Segunda Guerra Mundial. Durante mucho tiempo no sabíamos si se extendería hasta aquí, pese a las promesas de Franco, como para fiarse de ellas, y a sus largas y evasivas con Hitler. No sé si te das cuenta de que en esa Guerra hubo que recurrir a todo, nadie se pudo guardar ni un cartucho, limpio o sucio. Fue mucho peor que la nuestra, en un sentido. En otro, claro, fue menos mala. En un cualitativo, la de aquí fue peor. –De nuevo se detuvo y me miró fijamente, aunque en aquel momento no me veía en absoluto, de que miraba como los ciegos, sin calcular la distancia. Noté que lo excitaba lo que se aprestaba a decir: Pero de lo que estoy más contento, Jacobo, es de que nadie haya muerto nunca por lo que yo haya dicho o contado. Si uno le pega un tiro a alguien, en la frente o para defenderse, malo es, pero con ello se puede seguir viviendo, y no por eso se pierden la decencia y la humanidad, no por fuerza. Pero si alguien muere por lo que uno cuenta, o aún peor, por lo que inventa; si alguien muere por su causa sin necesidad; si uno podía haber guardado silencio y esa persona seguiría viva; si uno habló cuando debía o podía callar y con ello trajo una muerte, o varias..., yo creo que con eso no se puede vivir, aunque muchos vivan o parezca que viven. –‘Eso tal vez era antes’, me dio tiempo a pensar, o lo pensé más tarde en el avión de regreso a Londres, al recordar la conversación: ‘mi padre aún piensa en un mundo en el que los hechos dejaban huella y la conciencia solía hablar. No siempre, desde luego, pero sí a la mayoría. Ahora, en cambio, es al revés: resulta fácil acallarla o amordazarla, o ni siquiera hace falta: aún es más fácil convencerla de que no tiene razón para hablar. La tendencia actual es a sentirse inocente, a encontrar una inmediata justificación para todo, a no rendir cuentas y a lo que en español se llama cargarse de razón, no sé cómo se diría en inglés, no importa, aún no vuelvo a hablar esa lengua sin cesar, mañana ya sí me tocará. Claro que puede vivirse hoy con eso, y con cosas mucho peores también. Los que se atormentan son hoy la excepción, gente anticuada que piensa: “La lanza, la fiebre, mi dolor, la palabra, el sueño”, y otras cosas igual de inútiles.’ Y mi padre continuó -: Y en esa Guerra nuestra hubo tanto de eso, hubo tanta delación y tanto envenenamiento, tanto insultador, tanto difamador y enardecedor profesional, dedicados todos sin descanso a sembrar y fomentar el odio y la saña, la envidia, el anhelo de exterminación, en los dos bandos pero sobre todo en el de los vencedores pero en los dos..., que no fue fácil quedarse del todo limpio en ese aspecto: quizá en el que menos. Y aún le resultó más difícil al que escribía en un periódico o hablaba en la radio, como hice yo durante la Guerra. No sabes qué cosas se leyeron y oyeron, no sólo durante aquellos tres años, sino en los muchos más que vinieron luego. Se pronunciaba una sola frase y se mandaba al paredón a alguien con ella, o a una cuneta. Y sin embargo estoy seguro de no haber dicho ni escrito una palabra que pudiera perjudicar gravemente a nadie. Ni tampoco la dije después, en el ámbito estrictamente personal de mi vida posterior. Jamás traicioné un secreto ni una confidencia, por pequeños que fueran, no conté lo que sabía por haberlo visto u oído, si podía hacer daño con ello y no necesitaba contarlo para salvar ni exonerar a nadie. Y es de eso, Jacobo, fíjate, de lo que estoy más contento. –Mi padre estaba echando cuentas antes de morir, eso pensé. Y durante un instante me pregunté si sería como él decía o si se estaría engañando como un hombre de mi

tiempo más que del suyo, y alguna vez algo se le habría escapado que hubiera tenido consecuencias atroces. Imposible saberlo. Hasta para él era imposible, uno no puede recordarlo todo, como si fuera el Juez de la antigua fe firme. Y a veces, simplemente, no nos enteramos de las consecuencias, pensé en las viñetas de la *careless talk* que me había enseñado Wheeler: cómo podía imaginar el marino que le había contado algo a su novia, que eso acabaría en el hundimiento de un barco lleno de compatriotas suyos. En realidad nunca hay manera de saber eso, si uno dice adiós sin ninguna carga encima... (pp 519-523)

Se quedó pensativo y recobró la mirada fija e intensa de sus ojos azules, la que, por así decir, no me veía. Y a los pocos segundos me dio la impresión de que a rememoración de aquella gente lo había transportado de nuevo a un tiempo lejano, en el que mi madre estaba viva y la mujer alegre y buenísima de aquel hombre infame se portaba muy bien con nosotros, y en particular con ella. Dejé pasar en silencio un par de minutos o tres. Él ya no hablaba y lo vi cansado. Quizá debía marcharme, aunque aquella fuera la última vez que nos viéramos. (p 524)

Y esto sí lo pensé en el avión con la nitidez que había rehuido hasta entonces: que había sido egoísta y abusivo y desconsiderado, que me había inmiscuido en su vida de la peor manera posible, a sus espaldas, sin su consentimiento, no ya sin consultar con ella lo que debía o convenía hacerse, sino sin que ella me hubiera hablado siquiera de su problema que además no veía como problema, sino acaso como solución. Había actuado como un padre decimonónico respecto a su hija, la había tratado indirectamente como a una menor, sólo que no había ido a ofrecerle dinero al chulo por apartarse, como quizá había sido la tradición de los progenitores pudientes y autoritarios en aquel siglo, sino a amenazarlo de muerte y a violentarlo. Empezó a parecerme increíble todo aquello, que yo me hubiera comportado así, sin apenas cargo de conciencia, como un salvaje o como si fuera un convencido de la idea pragmática de que lo que hay que hacer más vale hacerlo y así está hecho, y de que pase lo que pase luego, lo principal ya está hecho y no hay vuelta atrás... (p 530)

... Me di cuenta de que ya había dicho demasiado, irse de la lengua es tan fácil, sobre todo al presumir y algo estaba yo presumiendo, aún al cabo de los días: sentía un poco orgullo de mi hazaña pistola en mano, y no me costaba hacer caso omiso de que nunca hay tal hazaña ante un hombre desarmado... (p 535)

- ¿Cómo estás tú? –le pregunté-. Te noto algo alicaída, ¿te ha pasado algo en los últimos días?
- No, nada –me respondió, sacudiéndose un poco el pelo al negar-. Un pequeño chasco, no tiene importancia. Se me pasará en seguida.

- ¿Puedo hacer algo al respecto? ¿Con alguien que yo conozca?

- No. No, en absoluto. Es alguien que tú no conoces, alguien reciente. Y tampoco es culpa suya, no lo ha podido evitar. –Se quedó callada un segundo y añadió-: Es curioso, cada vez habrá más gente mía que tú no conozcas, ni siquiera de oídas, y no tendrá ningún sentido que yo te hable de ella ni te la mencione. Y lo mismo me pasará a mí con la tuya. Eso no había ocurrido a lo largo de muchos años, ¿verdad?, o rara vez. Es extraño cómo en la convivencia uno se tiene al día sin especial esfuerzo ni dificultad, y cómo de pronto, o más bien es poco a poco, se lo ignora todo sobre quienes vienen después. Sobre quienes llegan a la vida de cada uno, quiero decir. Yo no sé nada de tus amistades de Lonres, por ejemplo, ni de tus compañeros de trabajo con los que te tratarás a diario. Me dijiste que erais un grupo reducido, ¿verdad? Y con una chica medio española, ¿no? ¿Qué tal te va con ellos? Ni siquiera tengo del todo claro a qué os dedicáis... (p 539)

... En Inglaterra, según tengo entendido, y a diferencia de lo que ocurre en España, donde todo es griterío irresponsable desde el primer instante cuando no linchamiento verbal, se lleva muy a rajatabla la prohibición de violar el secreto de un sumario y de adelantar públicamente indicios y testimonios que vayan a formar parte de uno, y nadie con posibilidades de testificar acerca de un crimen está autorizado a relatar su versión a la prensa con anterioridad al juicio. Tanto los abogados como los periodistas se limitaban así a especular, con prudencia, insinuaciones vagas y considerable discreción. (p 546)

...: sería un asesino lascivo a partir de ahora y hasta el Juicio Final, en el cual, en otros tiempos –en los tiempos de la fe firme-, se habría creído que un muchacho búlgaro, o ruso apellidado Danev o Deyanov, Dimitrov o Donukov, se encararía con él y lo acusaría con amargas palabras de muerto joven. O tal vez se dirigiera a Tupra, o incluso tal vez a mí. En realidad prefería no saber mucho, ni de él ni de Dearlove, más que nada porque no me hacía falta y aumentaría mi pesar... (pp 557-558)

... Pero Pérez Nuix dijo su frase en un tono tan neutro que no fui capaz de saber si iba en serio o si estaba citando a nuestro jefe y era un sarcasmo.

- No me digas que no la detención de Dearlove, con enviarlo a chirona un montón de años o a que se lo carguen allí a los tres días, se ha rendido un servicio a este país. O con la muerte de ese chico ruso, lo mismo estaba recién llegado y era ilegal, así nadie investigará gran cosa ni reclamará. ¿Cómo lo has llamado, una víctima instrumental? Creía que el término ya consagrado era víctima colateral. Aunque en castellano se debería decir lateral. –No pude resistirme a la pedantería de hacer esa precisión.

- Son cosas distintas, Jaime –me puntualizó-. Las víctimas colaterales, o laterales, no suelen ser instrumentales, se dan más bien por azar o por error o por mera inevitabilidad. Las instrumentales, en cambio, cumplen siempre una función. son las que son necesarias para que algo salga bien. –Se quedó callada otra vez, bebió, siguió callada. Pensé que quizá había pasado más de una vez por lo que yo estaba pasando. Titubeé al volver a hablar-: Mira, yo no sé, no lo sé, a mí Tupra hace mucho que no me cuenta nada, y tampoco me contaba apenas cuando estábamos en mejores términos, no te creas, quiero decir cuando me tenía más confianza o más debilidad, él se lo calla casi todo. En principio parece difícil que el Estado, o la Corona, o ellos –y señaló con el dedo hacia arriba, supuse que se refería a los capítostes del SIS o Secret Intelligence Service, [...] No sabemos qué hacía Dearlove, en qué podía estar involucrado, con quién estaba liado y a quien podía chantajear, a quién amenazaba con su credibilidad intacta (en la medida en que alguien como él pudiera tener eso, claro está) o a quiénes se dedicaba a favorecer. Uno se lleva sorpresas inmensas con la gente insignificante, y con la inofensiva, y con la aparentemente ornamental. Estos cantantes y actores a menudo se grillan, los hay que se hacen de sectas raras, o se convierten al islamismo y hoy en día no se gastan bromas con eso, ya lo sabes. Una de las primeras lecciones que uno aprende en este oficio (o más vale traerla aprendida de casa) es que no hay nadie insignificante ni inofensivo ni puramente ornamental.

[...]

... Y tampoco es descartable un encargo, sin ningún favor.

- ¿Un encargo retribuido, quieres decir?

- Sí, por qué no, ya te expliqué. Ese Dearlove puede que esté en decadencia a todos los efectos, pero, por lo que se sabe, a lo largo de su vida de estrella ha ido con muchos menores de ambos sexos, sin duda con algunos que en su día serían muy codiciables, según tu expresión, por su físico o por su alcurnia o por su origen social. Muchos de ellos serán ahora mayores, y algunos poseerán fortuna, bien puede ser, para permitirse un encargo así. También

hay padres, o hermanos. Yo qué sé, a lo mejor Dick Dearlove le arruinó la existencia a una hermana o a un hermano menor de Tupra. A lo mejor fue al propio Tupra –y se rió ante la idea- al que una vez pervirtió.

- ¿Crees eso posible? No debe ser mucho más joven que él. ¿Y tiene hermanos Tupra?

La joven Pérez Nuix volvió a reír, esta vez ante mi ingenuidad, o ante mi literalidad.

- No, hombre, no, a Bertie seguro que no ha habido quien lo pervirtiera desde que nació, quien lo hiciera hacer algo que él no estuviera dispuesto a hacer. Me cuesta pensar que alguna vez fuera inocente y maleable, la verdad. [...] –De nuevo noté sobre mí su mirada de leve conmiseración. Era como se le diera pena verme atravesar un proceso que ella había recorrido ya, volví a tener esa sensación. También podía ser que eso la aburriera, incluso la enojara-. Qué más da el porqué, Jaime. No es asunto tuyo. Ni siquiera el hecho lo es, aunque ahora mismo tú creas que sí. Pero no lo es. A esto te tienes que acostumbrar. No se dará muchas veces, es la primera desde que te incorporaste, ya ves, también puede no ocurrir más. Pero te tienes que acostumbrar por si acaso, por las excepciones. Si no podrás seguir.

- No creo que vaya a seguir –le contesté.

La joven Pérez Nuix manifestó sorpresa, pero me dio la impresión de que la fingía, como si considerara que no mostrarla era de mala educación o un desdén hacia mí. [...] ('Porque nadie es conocido por otro mejor que por sí mismo, y sin embargo nadie se conoce tan bien que pueda estar seguro de su conducta de mañana', eso había dicho San Agustín, pensé, me acordé.) Sí, un poco al menos la fingió:

- ¿Ah no? ¿Cuándo lo has decidido, estos días en Madrid o ahora al llegar? ¿Estás seguro?

- Estoy casi seguro –le concedí-. Antes quiero hablar con Tupra. Hoy no está en la ciudad.

- ¿Y sería por esto, por lo del Dearlove? Y a Tupra qué le vas a decir? ¿Qué le vas a preguntar, el porqué? Eso son cosas tuyas o ni siquiera tuyas, él nunca te lo dirá. A veces tampoco él sabe el porqué, le llega una orden, no la cuestiona, la cumple, ya está. [...] Tú sabrás, Jaime, pero a mí me parece una exageración. Es el estilo del mundo, como dice él, sólo es eso. Espera a encajarlo. Espera a darte cuenta de que no tienes nada que ver con lo que les ha pasado a Dearlove y al muchacho búlgaro. Las ideas flotan, y nada se transmite tan fácilmente. Nada más darla, ya no era tuya, solamente estaba ahí. Y todas pueden infectar. Espera un poco, y habrá un día en que me lo reconocerás.

- No sería sólo por esto –le respondí-. Pero esto contribuye. Creo que no lo he decidido aquí ni en Madrid, sino en pleno vuelo, en el avión.

- Vaya, principios firmes, ¿eh? –Y su tono se hizo levemente sarcástico; pero inmediatamente pasó a uno de seriedad-: No los tienes tan firmes en realidad, Jaime. Nadie que lleve tiempo trabajando en esto los puede tener. Te los estás poniendo encima, con denuedo, pero eso es otro cantar. [...] Está bien, no es que lo critique; ayuda, tiene su mérito, todos deberíamos hacerlo más. Pero lo que uno se pone se lo puede quitar.

[...] Quizá Pérez Nuix tenía algo de razón, y ahora me los estaba poniendo encima, o decidiendo no dejarlos de lado. En lo que no la llevaba era en lo último que había dicho: no todo lo que uno se pone se lo puede quitar.

- No todo –le dije-. Un tatuaje no se puede quitar. Y no siempre. Hay obligaciones que tampoco se pueden quitar. Por eso hay algunas que es muy difícil ponérselas. Y otras que más vale hacerlo, para que yo no haya marcha atrás.

[...] Nos dimos un beso y la vi desaparecer, hacia dentro, hacia abajo el metro de Londres está tan hondo. Quizá le daba envidia que yo pudiera no seguir en el grupo, como había anunciado. Que para mí fuera aún posible desgajarme de él... (pp 561-567)

... Había muy pocas personas con nuestra maldición o don, cada vez menos, según Wheeler, y él había vivido en suficientes épocas como para notarlo sin equivocarse. 'Ya no queda apenas gente así, Jacobo', me había dicho. 'Nunca hubo mucha, más bien poquísima, de ahí lo

reducido que siempre fue el grupo, y lo disperso. Pero en estos tiempos la escasez es absoluta. Nuestros tiempos se han hecho ñoños, melindrosos, en verdad mojigatos. Nadie quiere ver nada de lo que hay que ver, ni se atreve a mirar, todavía menos a lanzar o arriesgar una apuesta, a precaverse, a prever, a juzgar, no digamos a prejuzgar, que es ofensa capital. Nadie osa ya decirse o reconocerse que ve lo que ve, lo que a menudo está ahí, quizá callado o quizá lacónico, pero manifiesto. Nadie quiere saber; y a saber de antemano, bueno, a eso se le tiene horror, horror biográfico y horror moral.’ Y en otra ocasión, en otro contexto, me había advertido: ‘Has de tener presente que la mayoría de la gente es tonta. Tonta y frívola y crédula, no sabes hasta qué punto, una permanente hoja en blanco sin la menor huella ni resistencia’. (p 569)

... la necesidad de contarle [a Wheeler], sino la necesidad de contarle lo que me había pasado y de pedirle cuentas, secundariamente. No lo que me había pasado en Madrid, de eso él no tenía ni la más remota culpa (y hablando con propiedad ni siquiera me había pasado nada, sino que yo había hecho algo). Pero sí lo que me había ocurrido con Dearlove, al fin y al cabo era Peter quien me había metido en aquel grupo al que él había pertenecido en otros tiempos y quien me había recomendado... (p 573)

[Wheeler] Cuando yo pasé por allí, por vuestra Guerra, lo noté ya sobre el terreno. Había un odio abarcador que saltaba a la menor chispa y que no estaba dispuesto a tener en consideración ningún otro factor, ningún matiz, ningún otro elemento. Un enemigo podía ser buena persona y haber sido generoso con sus adversarios políticos, o mostrar piedad, o podía verse que era un pobre diablo inofensivo, como tantos maestros de escuela que fueron fusilados por los bestias de un bando y no pocas monjas rasas por los del otro. Nada de eso importa. Un enemigo nominal era sobre todo eso, un enemigo; no se le podía perdonar la vida ni aplicarle atenuante alguna, como si no se viera diferencia entre haber matado o delatado a alguien y limitarse a tener ciertas creencias o ideas o meramente preferencias, no sé si me explico. Bueno, lo sabrás por tu padre. A los extranjeros intentaban contagiarnos ese odio, pero claro, no era compartible, no en ese grado. Fue una cosa extraña, vuestra Guerra, no creo que haya habido una igual nunca. Ni siquiera otras Civiles en otros lugares. Había una proximidad excesiva en la vida española de entonces, no será igual ahora. –‘Sí lo es, pensé’, ‘hasta cierto punto’-. Las ciudades no eran grandes y todo el mundo estaba en la calle siempre, en los cafés en los bares. Era imposible, no sé cómo decir, soslayar esa cercanía epidérmica, que es la que engendra el afecto pero también el encono y el odio. Para nuestra población, en cambio, los alemanes eran distantes, casi abstractos. (pp 584-585)

... Así era vuestra Guerra. Una mentira tras otra, muchas al día y en todas partes, es como una inundación, algo que arrasa y ahoga. Cuando uno intenta desmontar una, tiene ya diez nuevas la mañana siguiente. No se da abasto. Se dejan correr, se renuncia. Mucha gente dedicada a ellas, eso es una fuerza tremenda imposible de contrarrestar. Fue mi primera guerra vivida, no estaba acostumbrado, en todas hay muchas mentiras, son parte fundamental de ellas, si no su principal ingrediente. Y lo peor es que nada se desmiente nunca definitivamente. Por muchos años que pasen, siempre hay personas dispuestas a hacer perdurar el embuste viejo, cualquiera, hasta los más inverosímiles y perturbados. No hay ninguno que se apague del todo. (p 591)

- El problema no es el grupo, Jacobo –dijo-. Tú verás, pero no por dejarlo estarás más a salvo de que vuelva a ocurrirte lo que sientes que te ha ocurrido. En realidad no *te* ha ocurrido. Simplemente ha ocurrido, y esa clase de cosas pueden darse en cualquier parte. Nadie puede controlar la utilización que se hace de sus ideas y de sus palabras, ni prever enteramente sus

consecuencias últimas. En general en la vida. En ningún caso. No tiene sentido que me preguntes si yo sabía o no sabía: nadie sabe nunca lo que desata, en ninguna circunstancia, y todo puede servir para cualquier cosa, para esta y para su contraria. No había aquí más peligro de que desencadenaras desgracias del que habría habido si no te hubieras movido de tu casa, de Madrid, del lado de Luisa. –Me acordé de Custardoy un instante, de mi mano con pistola y de su mano deshecha... (pp 607-608)

(Sefton Delmer) ... A las personas que trabajaban con él les exigía absolutos secreto, disciplina y determinación, o, en otras palabras, absoluta falta de escrúpulos. Poco a poco fue incorporando a su equipo alemanes: antiguos brigadistas internacionales, emigrados, refugiados, luego algunos prisioneros de guerra dispuestos a colaborar, un desertor de importancia escapado a Londres tras el atentado fallido contra Hitler en julio de 1944, y hasta un ex-miembro de las SS. A todos les decía en cuanto llegaban a Woburn, donde estaba el departamento: ‘Libramos contra Hitler una especie de guerra de ingenios total. Todo vale, siempre que sirva para acelerar el fin de la Guerra y la derrota completa del Reich. Si tenéis el más mínimo escrúpulo respecto a lo que aquí se os puede exigir que hagáis contra vuestros compatriotas, debéis decirlo ahora. Yo lo entenderé. En ese caso, sin embargo, no nos serviréis y sin duda se os encontrará otra tarea. Pero si queréis uniros a mí, debo advertiros que en mi unidad estamos dispuestos a todas las jugadas sucias que podamos concebir. No hay ningún conducto obstruido de antemano. Cuanto más sucias mejor. Mentiras, escuchas, desfalcos, traición, falsificaciones, difamación, encizajamiento, falsos testimonios, acusaciones, tergiversación, cualquier cosa. Hasta el puro asesinato, no lo olvidéis’. –‘*Sheer murder*’, fue la expresión que empleó-. (pp 616-617)

... Las cartas forjadas por el equipo de Delmer, en perfecto alemán y con membrete de cada hospital, estaban supuestamente escritas por un camarada o una enfermera conmovidos que habrían permanecido junto al difunto hasta el último instante, y lo que solía contar, horrorizados, era que el soldado había sido en realidad asesinado mediante inyección letal por orden de sus superiores, cuando a éstos se les informaba de que ya no volvería a ser útil para el combate. Los médicos nazis necesitaban su cama para recuperar a los que sí podrían regresar pronto al frente, y así se quitaban a los malheridos e in medio sin compasión ni agradecimiento, cruel y expeditivamente, como a desechos. No es que a Delmer y a su unidad se les escapara que la verdadera crueldad era la suya, extrema, al hacer creer semejante falacia (verosímil, por otra parte) a una desolada viuda, a unos padres ancianos o a unos hijos huérfanos. Pero si eso servía para crear descontento y rencor entre la población, rebajar la moral de los combatientes, desunir a la tropa y propiciar deserciones, estaba por encima de cualquier otra consideración. No olvides, Jacobo, que aquella se vivió como una guerra de supervivencia. Y lo fue, lo era. Y que en ellas los límites de lo que puede hacerse se van ampliando constantemente, casi sin darse uno cuenta. Los tiempos de paz juzgan luego severamente los tiempos de guerra, y yo no sé hasta qué punto pueden. Son dos tiempos que se excluyen, cada uno es inconcebible en el otro, y eso tiende a no tenerse en cuenta. Pero aun así hay cosas que sí parecen condenables incluso mientras suceden o se están haciendo en el tiempo más permisivo, y ya ves, en realidad todas estas... vilezas, sí, supongo... se ocultaban también en su día, cuando se libraba la Guerra sin conocerse su desenlace. La unidad de Sefton Delmer no existía oficialmente, y la consigna de todos sus integrantes era negarla (negarse a sí mismos por tanto) ante todo el mundo, incluidas otras organizaciones casi igual de secretas (pero no tanto), como el SOE, o como nosotros más tarde, silenciosos y silenciados por motivos de otra índole, por sigilo y discreción más que nada. Y fíjate en que al terminar la Guerra no sólo se disolvió el PWE en seguida, sino que las instrucciones a sus miembros negros fueron de este tenor, más o menos: ‘Durante años nos hemos abstenido de hablar de

nuestro trabajo con toda persona ajena a nuestra unidad, así que poco se sabe de nosotros y de nuestras técnicas. La gente puede tener sus sospechas, pero no sabe a ciencia cierta. Queremos que sigáis igual, que así se mantenga. Que nada ni nadie os lleve a jactaros de las tareas que hemos llevado a cabo, de los trucos y trampas que hemos tendido al enemigo. Si empezamos a presumir de nuestras ingeniosidades, quién sabe en qué pararía eso. Así que punto en boca'. –*So mum's the word*', fue lo que dijo aquí Wheeler, y me sonó haber visto la expresión en alguno de los carteles de la *careless talk*-. 'La propaganda ha de ser algo de lo que justamente no se hable.' Era por prudencia sin duda sin duda –continuó Wheeler-, pero también, yo creo, porque la labor no era para que se sintieran del todo orgullosos, y en el tramo final de la Guerra menos que en ningún otro. Valerie no se lo sintió, a fe mía... –Y esto lo dijo en su español libresco, 'a fe mía'-. Cuando los civiles alemanes estaban más desesperados y confundidos, se les añadió confusión y desesperación a través de nuestras emisoras impostoras de radio. Advertimos, por ejemplo, de que por todo el país circulaba una ingente cantidad de marcos falsos, lo cual hizo que ya no se fiaran ni de su propia moneda ni del prójimo que se la daba. Pero lo peor fue tras los brutales bombardeos de Harris y los americanos, y también cuando las tropas ya invadían Alemania, las nuestras por el oeste y las rusas por el este. Durante las incursiones aéreas, las emisoras alemanas dejaban de transmitir para no servir de faro a los aviones de la RAF y la USAF. Pero en cuestión de segundos, no me preguntes cómo, Delmer y los suyos lograban ocupar sus frecuencias, aparentaban reanudar las transmisiones normales en su alemán sin mácula, y lanzaban mensajes desconcertantes, desorientadores, contraproducentes o contradictorios, para causar el mayor estrago posible y sembrar el caos. Inicialmente se había aconsejado a los supervivientes de las ciudades arrasadas (Hamburgo, Bremen, Colonia, Dresde, Leipzig y tantas otras) que no se movieran, que no abandonaran sus respectivos lugares y que aguardaran en ellos la llegada de auxilio. Delmer, parece que a instancias del propio Churchill, les ordenó lo contrario, haciendo pasar su comunicado por uno oficial del Reich, obviamente. Su equipo le dijo a la gente que en el centro y en el sur de Alemania se habían establecido siete zonas 'libres de bombas', a las que los refugiados podían dirigirse y en las que estarían a salvo de más ataques aéreos enemigos. De les aseguró que representantes neutrales de la Cruz Roja en Berlín habían informado a las autoridades del Reich de que el mismísimo Eisenhower iba a declarar seguras estas siete áreas, y que los bancos ya estaban trasladando allí sus valores. Por supuesto todo era falso, pero surtió un tremendo efecto. Las carreteras se vieron inundadas de familias enteras que huían hacia aquellas zonas imaginarias, con sus niños andrajosos, sus heridos y sus pocos enseres metidos en carretas, en autobuses desvencijados que se quedaban sin gasolina, incluso en coches fúnebres, en lo que encontraron para salir de sus infiernos. El caos fue total. Tal cantidad de gente apiñada en las carreteras bloqueó no pocas, y dificultó toda la labor defensiva del Ejército de Tierra, que no sabía cómo evitarla, dónde meterla ni cómo apartarla. Qué hacer con ella. Y es de suponer que muchos de aquellos desplazados despavoridos que se lanzaron en masa a la búsqueda de las fantasmales zonas seguras, y que acaso habrían sobrevivido de haberse quedado quietos entre las ruinas de sus ciudades, cayeron bajo nuevas bombas, porque no había zonas seguras en ningún lugar de Alemania, o sólo en los ya destruidos. (pp 619-623)

- ¿Y a eso fue a lo que se acostumbró su mujer, Peter? ¿A lo que usted ha llamado esas vilezas? Supongo que en su momento no se veían como tales. Y puede que lo sean ahora pero que entonces ni siquiera lo fueran. Sólo parte de la lucha. –Me quedé pensando con un poco de perplejidad, porque no acababa de entender lo que yo mismo había dicho. Así que añadí: No sé si tal cosa es posible. Que algo esté bien cuando se hace, o sea justificable al menos, y que no lo esté cuando ya se ha hecho, siendo siempre la misma cosa. Quiero decir: no sé si

una misma cosa puede ser distinta cuando es presente o ya es pasado, cuando aún es acto o es recuerdo... Bueno, en fin, no me haga caso.

[...]

- En uno de los volúmenes de su autobiografía [...] decía Sefton Delmer que no se paró a preguntarle a nadie si lo que los había impulsado a lanzarse a los caminos y a emprender sus recorridos sin rumbo habían sido por ventura mensajes de Radio Colonia o de Radio Francfort, cuyas frecuencias él había ocupado. 'No quería saberlo. Temía que la respuesta pudiera ser "sí", escribió, recuerdo. Él mismo se daba cuenta entonces, por tanto. Pero lo había hecho y lo habría vuelto a hacer, como casi todo el mundo hacía todo, como casi todo el mundo hace todo en las guerras. Lo que va surgiendo, son muy pocas las ideas que en ellas no se ponen en práctica. Lo que a alguien se le ocurre para dañar al enemigo, casi siempre acaba por tener vía libre, aunque luego no se reconozca públicamente. La cosa fue tan eficaz y tan grave que las autoridades nazis se vieron obligadas a enunciar a las ondas para dar órdenes e instrucciones a la población. Tuvieron que recurrir a la radiotransmisión por cable telegráfico, algo en lo que nosotros no podíamos colarnos, pero mucho más dificultoso y restringido en su alcance. Ya lo creo que contribuyeron Delmer y su juego negro. No sé si a ganar la Guerra, pero desde luego sí a ganarla más rápido. (pp 626-627)

Todo el mundo quería ayudar en aquellos días, Jacobo. Fue increíble cómo el país se unió, primero para aguantar, luego para destrozar a los nazis. Para los que lo vivimos, lo que sucedió en época de Thatcher, con la ridícula Guerra de las Islas Falkland y la gente tan chulesca y encendida, fue una vergüenza, un remedo grotesco de aquello otro, una cosa impostada, una farsa. Justamente entonces, en la Guerra, no hubo nada de chulería ni de patriotismo de *vaudeville*. -Wheeler lo pronunció a la francesa, como también habría hecho mi padre-. La gente resistió y no sacó pecho, apenas si se jactó de nada. Todos hicieron cuanto estuvo en su mano y, salvo raras excepciones, nadie se colgó medallas. Eran tiempos verdaderos, no de mentira, no de espectáculo... (p 636)

... Hoy se dice, se lee a veces que la violencia es adictiva, o que una vez que se prueba a ejercerla, o a contemplarla, ya no importa tanto, que uno se acostumbra. En mi experiencia eso es totalmente falso, un cuento de imbéciles para imbéciles. Se puede aguantar ciertas dosis, y hasta más de las que uno imagina, pero al final no es que hastíe, es que agota y desmorona... Y revuelve, y no se olvida... (p 644)

... Pero también la dejó insatisfecha, con un resquemor. Se preguntaba por Ilse, por la mujer de Rendl, de vez en cuando se preguntaba en qué situación habría quedado tras la defenestración de su marido. Él era un enemigo nuestro y no uno cualquiera, no un pobre recluta sino un nazi voluntario, empeñado en pertenecer a las SS. Y además era un completo imbécil; pero también era el cuñado de su vieja amiga, y el marido de la hermana mayor que siempre había sido afectuosa y paciente con ella. La Guerra, sin embargo, no daba apenas tiempo, ni a las dudas ni a los remordimientos ni a nada. Por ese motivo algunas personas recuerdan los periodos de guerra como los más vitales de su existencia, como los más eufóricos, y hasta los echan de menos luego, en cierto sentido. Las guerras son lo peor, pero en ellas se vive con una intensidad desconocida, lo bueno que tienen es que impiden que la gente se preocupe por tonterías o se deprima, o se dedique a chingar a los que están alrededor. No hay tiempo para nada de eso, se va de una cosa a otra sin cesar, de una angustia a un sobresalto, de un terror a una explosión de alegría, y todos los días son el último, o más aún, el único. Se marcha, se es hombro con hombro, todo el mundo está ocupado en sobrevivir, en derrotar a la bestia, en salvarse y en salvar a otros, y hay mucho compañerismo

si no cunde el pánico. Aquí no cundió. Se lo habrás oído contar a tu padre y a otros, vuestra Guerra fue también así.

- Sí, lo he oído contar. No tanto a mi padre, que, aunque muy joven, ya era adulto cuando empezó, cuanto a los que aún eran niños entonces. Me imagino que sólo se pueden echar en falta esos periodos cuando de ellos se sale vencedor, téngalo en cuenta, Peter. Para mi padre no pudo ser lo mismo que para usted.

- Sí, en eso llevas razón. Yo no puedo concebir que hubiéramos perdido, y en ese caso, probablemente, sólo recordaría el horror. O habría hecho todo lo posible por olvidarlo, y quizá lo habría logrado, con gran esfuerzo. Se hace difícil imaginarlo. No lo sé, no lo puedo saber. [...]

- ¿Y qué pasó? Qué más. [...]

- Lo malo vino tras el final de la Guerra, cuando todo el país levantó la cabeza para mirar a su alrededor y a algunos, no muchos, les dio por pensar en lo que había ocurrido, y en lo que habían visto, y en cómo habían vivido, y en lo que se habían visto obligados a hacer. Unos meses después de la rendición Valerie recibió una carta de su amiga María. No habían mantenido ningún contacto desde el 39, desde antes del estallido. María ni siquiera sabía que Valerie estaba casada y que su apellido era ahora Wheeler. [...] Valerie tuvo en el primer momento un arrebató de alegría, pero sólo le duró lo que tardó en abrir el sobre. Aquella carta fue nuestra condena. Bueno, supongo que es justo decir que sobre todo la suya. –Y al añadir esto Peter, me vinieron a la memoria, como una premonición, como un eco, las palabras que le había oído a Tupra en su casa: ‘Uno no lo desea, pero prefiere siempre que muera el que está a su lado, en una misión o en una batalla, en una escuadrilla aérea o bajo un bombardeo o en la trinchera cuando las había, en un asalto callejero o en el atraco a una tienda o en un secuestro de turistas, en un terremoto, una explosión, un atentado, un incendio, da lo mismo: el compañero, el hermano, el padre o incluso el hijo, aunque sea niño. [...] –A Wheeler le flaqueó la voz y vaciló un instante; pero se repuso-. Lo peor fue que le explicaba lo que había ocurrido. ‘No sé cómo’, de decía, y esa fue la frase que atormentó a Valerie desde que la leyó hasta su muerte, la que acabó con ella: ‘No sé cómo’, le decía, las SS habían descubierto que Rendl tenía una abuela judía y que había pagado sobornos para borrarla de los registros. Pero los documentos en cuestión no habían sido destruidos, sino tan sólo sustraídos y reemplazados por otros falsos; reaparecieron, y se comprobó la veracidad de la denuncia. Las SS eran muy estrictas respecto a la ascendencia racial, le contaba María imaginando que Valerie no tenía por qué estar enterada, y al parecer el caso llegó a oídos del mismísimo Himmler, quien montó en cólera ante el engaño y decidió dar un escarmiento, más que nada para hacer que confesaran voluntariamente cuantos oficiales de las SS pudieran estar en la misma o en parecida situación que Rendl, prometiéndoles que, si lo hacían, se sería con ellos más benévolo que con su compañero impostor, o no tan severo. El descubrimiento, unido a los rumores que había habido tras su muerte de que hasta Heydrich era ‘medio judío’ – ‘Heydrich’, pensé, ‘que murió lentamente y entre grandes dolores, por las balas envenenadas untadas’-, lo llevó a sospechar, según supe más adelante, que su purísimo cuerpo se hubiera convertido, de hecho, desde la promulgación de las Leyes de Nuremberg, en un refugio de *Mischlinge* y aun de ‘medio judíos’, con el siguiente razonamiento, propio de una mente tan enferma como la suya: ¿Qué mejor escondite para las presas que camuflarse de cazadores? O no tan enferma, si se piensa en la de Delmer o sobre todo en la de Jefferys, capaces de urdir los más enrevesados planes y maquinaciones. O en la mía, no lo sé, teníamos todas mentes de guerra, en la guerra no queda una sana y algunas no se recuperan nunca. Pero volviendo a la carta: María había logrado saber que Rendl, y ese fue el castigo ejemplar, había sido trasladado a un campo de concentración como prisionero, pese a no ser en realidad más que ‘cuarto’, y que un día la Gestapo se había presentado en su casa de Munich, donde ahora vivían, y se había llevado las niñas. Al niño no porque no estaba, cuando ocurrió estaba en

Melk con sus abuelos, y luego, pasado el inicial momento de ira, no se molestaron demasiado en buscarlo. Cuando Ilse preguntó horrorizada a qué se debía aquello, lo único que le contestaron fue que las niñas eran judías y que contra ella no había nada; si quería acompañarlas, era asunto suyo. En propiedad aquellas niñas eran sólo ‘octavo de judío’, y normalmente habrían sido ‘alemanas’ a todos los efectos. Pero esa fue la represalia, ese fue el escarmiento: convertir en ‘judíos plenos’ a los descendientes del que había engañado, del que se había burlado. Al fin y al cabo, como dijo Göring, o Goebbels, o quizá fue el propio Himmler, ‘Es judío quien yo digo que lo es, eso es todo’. Nada de esto trascendió, claro está, habría causado una impresión pésima; se hizo saber solamente a los oficiales de las SS, para que anduvieran con cuidado, y por eso PWE no tuvo apenas noticia. Las SS eran muy dadas al secreto y a los rituales pueriles. –Dijo ‘*secretly*’, no ‘*secret*’; algunos dirían hoy ‘secretismo’-. Según los vecinos que asistieron a la escena, Ilse se montó con sus niñas en el coche que se las llevaba, y nunca más se supo, de ninguna de las tres. Era de suponer que, una vez en un campo de concentración, se habría perdido su rastro y también se habría olvidado su ‘origen’, es decir, el porqué de que estuvieran allí, y habrían pasado a ser, efectivamente, nada más que otras judías, o ‘disidentes’ en el de los casos; no, mejor no: su destino era el mismo. María no quería engañarse con fantasías, no tenía ninguna esperanza. Las daba por muertas, sobre todo desde que se había sabido de las cámaras de gas, ya sin lugar a especulaciones ni dudas, y de los exterminios masivos. Así que eso era lo que contaba la carta, Jacobo. María se despedía diciendo que ignoraba si Valerie seguía viva y si alguna vez llegarían a sus ojos aquellas líneas. Pero le rogaba que, de ser así, le diera noticias y le echara una mano, sobre todo con el hijo de Ilse, con el pequeño Rendl. Tendría entonces once o doce años. –Wheeler hizo una pausa, tomó aliento y añadió: Ojalá nunca hubieran llegado a sus ojos, aquellas líneas. Ojalá no le hubieran contado. Yo no la habría visto matarse. Ni me habría quedado solo y triste. (pp 651-657)

... –me respondió Peter-. ‘No sé cómo’, había escrito María en su carta, y Valerie, desde que la leyó, no dejó de repetir, incluso a veces en alemán como si hablara con ella: ‘Yo sí sé cómo, yo sé cómo si hablara con ella: ‘Yo sí sé cómo, yo sé cómo, lo sé muy bien, en realidad fue yo quien se lo hizo saber a las SS’. Y también se reprochaba insistentemente. ‘Los niños. Cómo no pensé en Ilse y los niños. Debí haber pensado en ellos, cómo es posible. Y en cambio ni siquiera los tuve en cuenta’. Los últimos días de su vida los pasó atormentada, en un verdadero infierno, y en ningún momento pensó contestar a su amiga. ‘Prefiero que me crea muerta’, decía, ‘No podría soportar confesárselo.’ ‘¿Y si no se lo confesaras y te limitaras a ayudarla?’, trataba yo de convencerla. ‘Quizá se podría hacer algo por el niño, conseguirle algún tipo de permiso, y una beca, no sé, yo podría hablar con gente, y echarle una mano económicamente.’ Siempre he tenido dinero de familia, mi abuelo materno, Thomas Wheeler, vendió con provecho los periódicos de los que era propietario en Nueva Zelanda y Australia, y a Toby y a mí, aún muy jóvenes, nos tocó una buena herencia a su muerte. Hasta le propuse que lo adoptáramos, al joven Rendl, con el nulo entusiasmo que me provocaba la idea. Pero Val estaba paralizada por el horror y el pesar, no quería saber nada, no reaccionaba. Se pasaba las noches en vela, y si algún rato caía rendida, se despertaba sobresaltada en mitad de la noche, llorando y empapada en sudor, y me decía con una angustia exaltada: ‘Esas niñas. Si al menos yo hubiera averiguado la historia por mis propios medios, quizá habría tenido algún derecho, quizá, no lo creo. Pero la sabía por María, y la traicioné sin pensármelo, cómo pude hacer eso, cómo no caí en la cuenta. Y esas niñas muertas por mi culpa en un campo, no entenderían nada, y su madre que se montó con ellas, qué otra cosa iba a hacer la pobre, santo cielo...’. –Wheeler se paró un momento y se mordisqueó el dedo índice, pensativo y tenso. (‘El pesar rondó tu cama’, cité yo para mis adentros.) Luego dijo -: La traición no estaba en su esencia, y la delación aún menos. Es más, esas eran las últimas cosas de que habría sido capaz

en circunstancias normales. Era una persona excelente, en la que se podía confiar a ciegas. Era la antítesis de la mala fe, de la insidia, no sé cómo decírtelo: era una persona limpia. Pero la gente lo trastorna todo, o crea dobles lealtades inconciliables. Tampoco estaba en su esencia regatear esfuerzos, no colaborar con su país al máximo cuando su supervivencia estaba en juego. Ya tenía la espina clavada de no haber tenido valor para infiltrarse en territorio enemigo, así que habría sido imposible que se guardase aquel dato, el de Hartmut Rendl, una vez convencida de que aportarlo era importante y de que podía salvar vidas inglesas. Pero ahora su perspectiva había cambiado, como ocurre siempre en tiempo de paz, excepto para los que sabemos que el de guerra acecha constantemente y está a la vuelta de la esquina, aunque casi nadie más lo crea; y que lo que en la paz nos parece condenable, espantoso y exagerado, podría repetirse mañana con el consentimiento de la nación entera. ‘Crímenes de guerra’, se llama hoy a cualquier cosa, como si la guerra no consistiese en la comisión de crímenes, de antemano perdonados en su gran mayoría. Pero ahora Valerie no lograba ver la utilidad, de qué modo lo que ella había contado, la idea que había dado, habían contribuido a la victoria. O mejor dicho, estaba segura de que si se hubiese callado el resultado habría sido el mismo. Y sin duda no le faltaba razón, como la habrían tenido todos los demás británicos respecto a su particular grano de arena, con excepciones muy contadas. Es lo que también pasa en las guerras, Jacobo. Se hace todo lo necesario, y eso incluye lo innecesario. Pero quién distingue lo uno de lo otro en su día. A la hora de destruir al enemigo, incluso sólo de vencerlo, es imposible medir qué es matarle los caballos, o alancear moros muertos, como decís vosotros o hacer leña del árbol caído. –Y estas dos últimas expresiones las dijo Wheeler en mi legua-. Yo intenté hacerle ver eso por todos los medios: ‘Valerie, era la guerra’, le decía, ‘y en ella los soldados matan a veces hasta a sus compañeros, sabes lo que es el fuego amigo; o los mandos sacrifican a sus propias tropas, los envían al matadero y no siempre eso sirve de nada: piensa en Gallípoli, en Chunuk Bair, en Suvla, y no te quepa duda de que con los años sobremos de casos periclitados e igual de sangrantes en esta Guerra nuestra recién ganada. En todas caen inocentes y se comenten errores y frivolidades, y siempre hay políticos y militares imbéciles o desaprensivos, en todas partes. En todas hay superfluidades. ¿Qué te crees, que no he hecho cosas repugnantes, si las miro ahora, o en el futuro, que tal vez me podría haber ahorrado? La hice en Kingston, y más en Accra, y en Colombo. Lo son ahora y lo serán más dentro de un tiempo, cuanto más lejanas, pero no lo eran entonces. Y eso es lo que no puede hacerse, mirarlas fuera de sus circunstancias y en frío. La vista no se vuelve atrás después de una guerra, ¿no lo entiendes? Para poder seguir viviendo’.

Wheeler se paró de nuevo, esta vez, más que nada, para tomar aliento. Era obvio que lo necesitaba. Tenía la mirada algo extraviada, vuelta hacia la escalera sin verla. Lo sentí muy cansado y a la vez agitado, como si hubiera revivido más de la cuenta aquellas palabras dichas a Valerie un siglo antes, quizá en la cama rondada, quizá cuando ella lo despertaba con sus llantos y sus pesadillas que se correspondían con la realidad, y esas son las que no se aguantan, [,,] Esperé, esperé. Y por fin dije:

- Entiendo que no sirvió de nada.

- No, no sirvió, y lo peor es que yo ya lo sabía. Sabía que todo sería inútil, que la vida se le había torcido del todo y que ya nunca se le enderezaría. Por entonces yo ya formaba parte del grupo, que se creó demasiado tarde para salvarle la vida. No es que mi don, mi capacidad de interpretación fuera menor antes de eso, claro está, pero uno acopla su visión a la tarea que lleva a cabo, y la agudiza, y se acostumbra a desentrañar y a ahondar en lo que vendrá mañana. Tú también habrás notado ese cambio, ese aumento de la perspicacia, desde que estás con Tupra, ¿me equivoco?

- No, no se equivoca. Ahora estoy más alerta. Y tiendo a interpretarlo todo, hasta cuando estoy trabajando y nadie me va a pedir un informe de lo que perciba. –Y aproveché para preguntarle

algo que no me encajaba [...] -: Si no recuerdo mal, Peter, la primera vez que me habló del grupo me dijo que Valerie ya había muerto [...]

Wheeler pareció desconcertado, perplejo. Se quedó pensando unos momentos y luego dijo en español, con el rostro iluminado de quien ha dado con la solución a un pequeño enigma (hasta el final disfrutó de las curiosidades lingüísticas):

- Ah. Ah. Debió de ser un problema de ambigüedad, o de mala comprensión tuya, Jacobo. Si lo dije como lo has dicho tú ahora, '*she was already dead*', sin duda eso equivalía en su lengua a 'estaba ya muerta', pero en el sentido coloquial, figurado, de que estaba ya condenada, no de que ya había muerto literalmente. -Y aquí pasó al inglés de nuevo, porque a aquellas alturas era evidente que lo fatigaba más hablar en una lengua extranjera-. Lo que quise decir fue probablemente que para entonces ya era demasiado tarde, que ya había hecho lo que luego la llevaría a matarse, que su suerte estaba echada. Y esa fue la cosa: de haberse creado el grupo antes, puede que alguien hubiera dictaminado, seguramente yo mismo con la mirada acechante, entrenada, lista, que así como Valerie no habría ido lejos como espía, y de eso ella era consciente, tampoco estaba facultada para la propaganda negra, demasiado sucia para sus escrúpulos y para su aversión al engaño. Menos aún para poner en peligro o sacrificar vidas de inocentes, por alemanas que fueran. Ya sabes: paso a paso uno va haciendo cosas para las que no tiene estómago o no está capacitado, y en la guerra se estira mucho de las personas, o son ellas mismas las que se estiran más allá de sus fuerzas, aunque sólo se rompan cuando todo ha terminado... (pp 660-665)

... Cómo fui tan estúpidamente optimista, confiado, inconsciente, cómo nada me lo avisó. Mucho tiempo, ¿no? En lo que a uno más atañe, nunca quiere atender a los avisos, porque lo cierto es que siempre los hay. De todo. Uno nunca está dispuesto a ponerse en lo peor. -Ahora Wheeler se tapó los ojos con una mano [...] Volvió a hablar Wheeler con la vista oculta-. Pero pensé que se le pasaría o le amainaría antes o después, como a casi todo el mundo se le pasó lo que había visto o hecho en la Guerra, lo que había perdido y lo que había sufrido. Hasta cierto punto, claro está, lo suficiente para vivir. Es una de las cosas que trae el tiempo de paz para la gente que no sigue en guerra, a algunos nos toca seguir, vigilar. Trae el olvido, al menos el superficial, o la sensación de que todo fue un sueño. Aunque se repita todas las noches y durante el día aceche: sólo un sueño malo. Pésimo. Pero lo habíamos ganado, al fin y al cabo. 'Valerie', le dije, eso fue lo único que me dio tiempo a decir... (p 669)

... Pero por lo menos ahora puedo decirte, sin temor a equivocarme, que tú sí podrás vivir con lo tuyo, con lo que me has venido a contar, porque te cuesta creerte responsable, a diferencia de lo que le pasaba a ella. -'Sí', pensé, 'yo siempre podré decirme mañana: 'Oh no, yo no quería, yo fui ajeno, ocurrió sin mi voluntad, como en las humaredas tortuosas de la fiebre y de la sombra y el sueño, eso fue cosa de mi vida teórica o entre paréntesis, de mi existencia paralela y brumosa que en realidad no cuenta, no pasó más que a medias y sin mi consentimiento pleno, al fin y al cabo yo no me sé ni me veo, no me ausculto ni me investigo, no me prestó atención y he renunciado a entenderme, según el informe del viejo fichero con el encabezamiento '*Deza Jacques*'. Y además fue en otro país'. Y entonces el juez diría: "Aquí no hay causa, no ha lugar"-'. Y además estás hecho de otra pasta y perteneces a otro tiempo, Jacobo, mucho más ligero. No, tú no eres como Valerie, descuida. De hecho nadie más lo ha sido, durante todos estos años... (p 672)

'... Contigo no estoy tan seguro, en cambio, y así lo dejo a tu elección. Quizá prefiero que calles, bien puede ser. Pero a la vez me tranquiliza pensar que contigo mi historia aún podría...'. Volvió a buscar otra palabra mejor, pero siguió sin dar con ella: '... Sí, aún podría flotar. Y en verdad no es más que eso, Jacobo: sólo flotar'.

Y yo pensé, y seguí pensándolo ya camino de Paddington, en el tren: ‘Me ha escogido como cerco, como lo que se resiste a salir y a borrarse y a desaparecer, lo que se aferra a la loza o al suelo y más cuesta sacar. Ni siquiera sabe si quiere que me encargue de limpiarlo yo –“la constitución del silencio”-, o que no frote con demasiada fuerza y deje una sombra de huella, un eco de eco, un fragmento de circunferencia, una mínima curva, un vestigio, una ceniza que pueda decir “Yo he sido”, o “Soy aún, luego es seguro que he sido: tú me ves y tú me has visto”, e impida que los demás digamos “No, esto no ha sido, nunca lo hubo, no cruzó el mundo ni pisó la tierra, no existió y nunca ha ocurrido”. (p 688)

... Si no vivo solo sino semisolos es porque saco o visito a los niños casi a diario, y Luisa viene a mi casa algunas tardes, dejándolos con otra canguro, la severa polaca Mercedes se casó y se estableció por su cuenta, al parecer montó un negocio.

Eso es lo que Luisa quiere, que cada uno tenga su casa, y quizá por eso no ha llegado a decirme lo que yo deseaba oírle o leerle durante mi tiempo solitario de Londres, y aturdidor más tarde: ‘Ven, ven, estaba tan equivocada antes. Ocupa de nuevo este lugar a mi lado, aquí tienes tu almohada que ya está sin huella, no había sabido verte. Ven. Ven conmigo. Aquí no hay nadie, regresa, ya se fue mi fantasma, puedes ocupar su sitio y ahuyentar su carne. Se ha convertido en nada y su tiempo no avanza. Lo que fue ya no ha sido. Así que entonces, supongo, quédate aquí para siempre’. No, eso no me lo ha dicho ni nada que se le parezca, pero sí en cambio otras cosas, a veces desconcertantes: en los momentos mejores o más encendidos o alegres, cuando viene a verme a mi casa como debió ir a la de Custardoy durante muchos meses, me dice: ‘Prométeme que seguiremos siempre así, como estamos, que nunca más viviremos juntos’. Quizá tenga razón, quizá sea la única forma de que permanezcamos atentos: no darnos por descontados, ni siquiera por presentes. (pp 692-693)

Un día me acerqué por su zona, por la de Custardoy, normalmente procuro evitarla en la medida de lo posible, que no es mucha, en pleno centro. No por nada, es sólo que los lugares quedan marcados por lo que uno hizo en ellos, más incluso que por lo que le hicieron a uno, y entonces se produce algo levemente parecido –una mera sombra, un remedo, una ridiculez, incomparable- a la inquina a los sitios, al odio espacial, el que sintieron los nazis por la aldea de Lidice que redujeron a escombros... (pp 694-695)

... Es lo malo de los venenos inoculados, así entren por los ojos o por los oídos, no hay manera de extirparlos, ahí se instalan y no hay remedio y reaparecen mezclándose con cualquier cosa o persona y contaminando, y diciendo en cada ocasión, repitiendo, insistiendo: ‘Pese esto sobre tu alma’. (p 699)

Sí, me había ocurrido algo malo, y no, no me había ocurrido nada malo. Nada anómalo, en todo caso. A uno le hacen daño y se convierte en enemigo. O hace uno daño y se crea un enemigo. Basta con respirar, ambas cosas suceden mucho más de los que nos imaginamos, a menudo sin querer y sin que nos demos cuenta, conviene estar atento y mirar los rostros, y aun así no nos enteramos demasiadas veces. Yo me había enterado bien aquella tarde, y enterarse ya es una ventaja. Pero a Luisa no podía decírselo, no podía hablarle de eso, no podía contarle mi encuentro. No nos hemos preguntado apenas sobre nuestro tiempo de separación absoluto, mejor no hacerlo. Ella no me ha hablado nunca de Custardoy, no a ella tampoco, nunca sabré cuánto lo quiso o cuánto lo temió. Es quizá lo único sobre lo que jamás le podré decir nada, ni siquiera cuando yo sea pasado o mi final avance ligero y llame ya a la puerta con insistencia, porque creo conocer su rostro y me lo juego todo, hasta su manera de recordarme. Quizá por eso, y también porque yo estoy contento normalmente, tarareo o canturrio a veces como hace ella, y tengo una querencia a entonar o silbar aquella canción con

tantos títulos, irlandesa o el Oeste (Nanná naranniaro nannara nanniaro', así suena o va la melodía siempre), *'The Bard of Armagh'*, que vaticinaba: 'Y cuando me abracen los fríos brazos del Sargento Muerte'; o *'Doc Holliday'*, que primero se justificaba: 'Pero los hombres que yo maté deberían haberme dejado en paz', y después se lamentaba: 'Pero aquí estoy ahora solo y abandonado, con la muerte en mis pulmones me estoy hoy muriendo'; *'The Streets of Laredo'*, cuya letra es la que mejor me sé y la que por tanto canturreo en voz alta o para mis adentros, quién sabe si como recordatorio, sobre todo esa estrofa que termina rogando: *'But please not one word of all this shall you mention, when others should ask for my story to hear'*. O lo que es lo mismo en mi lengua: 'Pero ni una palabra de todo esto mencionarás, por favor, cuando otros pidan escuchar mi historia'.

- No, nada malo. (pp 704-705)